La práctica de la astrología

Dane Rudhyar

Sirio, s.a.

Dane Rudhyar

LA PRÁCTICA DE LA ASTROLOGÍA

Editorial Sirio, S.A.

© Dane Rudhyar
de la versión en lengua inglesa.

© Editorial Sirio, S.A.
Panaderos, 9 - 29005 Málaga
Telf. 224072

Primera edición: Junio 1985

Depósito Legal B-13.348-1985
ISBN 84-86221-11-0

Impreso en España
Printed in Spain

Producciones Gráficas Editoriales
Cerdeña, 173 - 08013 Barcelona

INTRODUCCION

Los libros de texto sobre astrología, que se han escrito en los últimos setenta y cinco años, revelan una evolución definitiva en el pensamiento astrológico e incluso en el carácter de las técnicas astrológicas. Durante el siglo XIX, los astrólogos ingleses se hallaban al frente del movimiento para el restablecimiento y popularización de este antiguo sistema de pensamiento, pero éstos no hicieron más que seguir estrictamente los pasos de sus predecesores de la Edad Media y del Renacimiento, los cuales, a su vez, hicieron poco más que repetir lo que ya había afirmado Ptolomeo en la época del Imperio Romano, cuando se terminaba una vasta era de desarrollo humano, que había asistido al nacimiento, expansión y triunfo de la astrología. Hoy, sin embargo, cuatro tendencias básicas se manifiestan en la astrología de una forma definida.

La primera tendencia es una popularización de los elementos más básicos de la astrología, aquellos que se refieren a la posición del Sol y de los planetas en el Zodíaco y a sus «tránsitos» sobre los puntos importantes de la carta natal. Esta tendencia parece mezclar en diferentes proporciones los métodos fundamentales de la astrología más antigua y la medieval, con el amplio conocimiento psicológico que se ha extendido por los Estados Unidos.

La segunda tendencia se muestra como un intento de establecer los descubrimientos astrológicos sobre una base estadística y empírica que pudiera darle un carácter más «científico» y que quizás aseguraría el reconocimiento eventual de la astrología por los pensadores académicos.

La tercera tendencia, que sólo aparece de vez en cuando, es

el resultado del deseo de relacionar la astrología con doctrinas «esotéricas», nuevas o antiguas, dentro de las líneas del ocultismo, oriental u occidental.

La cuarta tendencia tiene su origen en el reconocimiento del carácter simbólico de la astrología como una técnica para la comprensión básica de la naturaleza y, sobre todo, de la naturaleza humana. De acuerdo con este enfoque (al cual se adhiere el autor), la astrología aparece, esencialmente y desde el principio mismo de la civilización humana, *como el resultado de un intento del hombre para comprender la confusión y el caos aparentes de las experiencias de su vida, comparándolas con los patrones ordenados de actividad cíclica que se descubren' en el firmamento.*

La astrología nace de la acuciante necesidad de orden que se esconde en cada ser humano. Los fenómenos celestes revelan dicho orden, y el hombre, usando este orden como reloj y medida, comparando con él todo lo que ocurre a su alrededor y dentro de sí mismo, satisface finalmente su anhelo de armonía. Aprende a identificar su consciencia y voluntad con los patrones y ritmos celestes. Se une con el principio del orden universal, al cual muchos llaman «Dios». Y, llevando una vida ordenada, se convierte en una persona integrada: un hombre sabio. Aunque las energías contrarias de su propia naturaleza y de la sociedad puedan incidir en su consciencia a través de las puertas de sus sentidos y sus sentimientos, él, sin embargo, como Ser centrado e integrado, está en paz. Para él, incluso la más destructiva tormenta tiene su lugar y su función dentro del orden de su destino, o del destino de la humanidad. Y por «destino» él entiende el ciclo completo de una vida.

En esta concepción de su carácter y uso, la astrología es una técnica para la adquisición de sabiduría a través de la comprensión del orden que existe en la naturaleza humana y en todos los fenómenos que el hombre percibe: *una técnica de comprensión.*

La astrología es una técnica para la comprensión del hombre; ésta es la característica más profunda y vital que puedo establecer sobre este sistema de pensamiento del que tanto se ha abusado y que tan mal uso ha tenido. Sin embargo, no es mi propósito despreciar las posibilidades de predecir el futuro, que, indudablemente, la astrología ofrece al que domine este dificil arte y, ciertamente, nadie, que esté familiarizado con «la astrología horaria», podrá negar sus sorprendentes potencialidades. Pero para poder utilizar estas potencialidades, de una forma sabia y constructiva, el astrólogo necesita haber adquirido más que una mera habilidad técnica -adquisición ésta ya de por sí dificil-. Debe haber alcanzado un alto grado en comprensión humana, ya que lo que el cielo revela no es otra cosa que *materia prima para la comprensión humana.* Todo depende finalmente de la comprensión individual. Esto es así en la astrología, como lo es en la terapia médica o psicológica. En estos campos no son suficientes los conocimientos. Se necesita sabiduría.

Generalmente, los libros de texto de astrología, antiguos o modernos, están llenos de datos informativos que deben memorizarse para asegurar la retención de los conocimientos. En cambio, la sabiduría es un factor que se escapa. No se puede enseñar. Se puede transferir parcialmente de persona viva a persona viva. Al estar basada en la plena comprensión de situaciones y experiencias vividas sin reservas, sólo puede adquirirse viviendo, mediante el dolor, mediante la exposición honesta y con coraje de uno mismo ante cualquier experiencia que sea significativa.

Aún así, los conocimientos pueden utilizarse para llegar a la sabiduría. En esta obra, mi propósito es presentar los conceptos y hechos fundamentales con los que se trabaja en la astrología moderna de una forma tan clara y simple como sea posible, sin apartarme de la meta final de esta clase de astrología: el desarrollo de la comprensión humana. Cada capítulo de este libro se ha concebido para resaltar un paso fundamental hacia la sabiduría astrológica. Si el lector no está aún familiarizado con los métodos usados comúnmente en astrología, lo que aquí se dice puede servirle de base para un estudio más amplio y detallado. Si el lector ya conoce las técnicas astrológicas en profundidad, confío en que aquí encontrará el estímulo para ampliar sus razonamientos y para la búsqueda de valores humanos más profundos en el uso de dichas técnicas.

PASO N.° 1

Comprender la naturaleza y el propósito de lo que se va a estudiar

Se pueden adquirir conocimientos, sin preocuparse de la naturaleza del tema que se va a estudiar o del propósito de dicho estudio, pero la sabiduría elude al hombre que está satisfecho con la sola acumulación de factores y datos técnicos. La sabiduría está basada en el *conocimiento útil* y en su apropiado uso. Por lo tanto, un acercamiento a la astrología sin propósito alguno o el acercamiento basado en la mera curiosidad personal debería ser reemplazado por un claro reconocimiento de la naturaleza y la meta de la astrología, si el estudio de esta ciencia debe conducir hacia una comprensión más profunda de la naturaleza humana y de todas las manifestaciones de la vida. Cada estudiante -por casual que sea su estudio- debería preguntarse honestamente a sí mismo· ¿Qué significa la astrología para mí? ¿Cuál es mi propósito al desear conocerla más a fondo?

Nadie puede contestar estas preguntas por él, pero las consideraciones que siguen deberían ayudarle a darse cuenta de la naturaleza y las limitaciones del pensamiento astrológico y de la práctica de la astrología.

Astrología y Astronomía

La astronomía es el estudio científico de los fenómenos celestes. Estudia *cómo* tienen lugar las cosas en lo que llamamos universo.

La astrología, por su parte, es una técnica de simbolización y pronosticación en la que ciertas series de datos astronómicos seleccionados se usan como *indicadores* de la conducta de las actividades funcionales básicas, dentro de «conjuntos orgánicos» y de las características estructurales que presentan estos conjuntos. La astrología no intenta describir cómo tienen lugar los hechos de una manera científica, ya sea en el cielo o respecto a los seres humanos. La astrología no describe los fenómenos* los acontecimientos, ni trata de determinar la cadena de causas y efectos en ninguna de las materias de las que trata. La astrología, como yo la entiendo, no se ocupa de si una conjunción de planetas *es la causa* de que ciertas cosas le ocurran a una persona o a una nación; ella sólo *indica* la posibilidad o probabilidad de que un determinado tipo de acontecimientos tengan lugar en una determinada localidad a una determinada hora. No nos dice por qué o cómo ocurren los sucesos, como un reloj al dar las doce del mediodía no nos dice el por qué o el cómo de la sensación de hambre que se produce en un trabajador acostumbrado a comer en ese momento del ciclo del día. La conjunción y el sonido del reloj simplemente agudizan la común expectativa que hay en la conciencia del hombre: que ciertas cosas ocurren a una determinada hora.

La astrología es fundamentalmente un método para la interpretación, a varios niveles, del enlace entre series de fenómenos no relacionados entre sí. Esto significa simplemente que la astrología «interpreta» la combinación observable entre fenómenos celestes y cambios más o menos definitivos en las vidas de individuos aislados o grupos de éstos, pero no se ocupa del estudio científico de la causa de tal combinación, excepto a un nivel puramente filosófico o metafísico. Un estudio científico tal se podría intentar y algunos astrólogos están llevando a cabo el intento sobre unas premisas sin fundamento; pero el éxito o el

fracaso del intento no afecta a los descubrimientos astrológicos, ni añade nada de valor a la astrología como «técnica para la comprensión humana». La astrología es un estudio del paralelismo que se puede observar entre los acontecimientos en el universo y en la consciencia individual. Es un estudio de indicadores, ya que en astrología, cada planeta, junto con el Sol y la Luna, son relojes que nos permiten establecer en el tiempo el estado de desarrollo (el punto de madurez) de las diferentes actividades y funciones orgánicas dentro de cada organismo viviente.

Definición de «Organismo» y «Conjunto Orgánico»

Un organismo es un ser vivo que nace, llega a la madurez y muere, o se transforma en alguna otra forma de vida. Una célula, una planta, un animal y un ser humano son organismos. Además de estas entidades vivas, existe lo que llamaremos «conjuntos orgánicos». Estos son sistemas de elementos y actividades, relacionados mutuamente, en constante interacción y que tienen algunas señas de identidad más o menos. permanentes. Una nación, una empresa de negocios e incluso una situación personal bien definida, provocada por la reunión de varios individuos que se mantienen íntimamente relacionados, constituyen «conjuntos orgánicos». También puede decirse que éstos nacen, se desarrollan y maduran, para luego desintegrarse según un ritmo establecido. Tienen una *estructura* básica definida.

El término «estructura» se entiende aquí en su sentido más general, pudiendo modificarse por términos más específicos relacionados con determinados grupos de factores. Con la palabra «estructura» no sólo nos referimos a una organización particular de la materia física -como cuando se habla del esqueleto como base de la estructura del cuerpo. También se puede hablar de la estructura de un campo electro-magnético: es decir, de la trama de «líneas de fuerza» que sólo se hace visible cuando se introducen limaduras de hierro en dicho campo. A menudo

mencionaré la estructura de la psique, de la mente; la estructura de las funciones, en uno u otro nivel.

Por estructura entendemos el resultado más o menos permanente del funcionamiento de un principio de organización. Hace referencia a la trama de relaciones dentro de los límites de un conjunto orgánico; al *lugar* que ocupan los diversos órganos en este conjunto, al *orden* de sus operaciones conjuntas: estructura en el espacio -estructura en el tiempo. La primera, estructura en el espacio, es la Forma; la segunda, estructura en el tiempo, es el Ritmo. La Forma perfecta y completa es la Esfera; el Ritmo completo se manifiesta como Ciclo.

El término «función» describe aquellas actividades específicas, ordenadas y periódicas y que forman parte de la vida de un organismo, ya sea a nivel fisiológico o psicológico. Las actividades de los órganos y de las células del cuerpo están en relación con el comportamiento del organismo completo, manifestando una interacción y una interdependencia. De igual forma, las actividades que se encuentran bajo las categorías de pensar, sentir, desear, etc., hay que considerarlas como «funcionales», ya que siempre deben remitirse a la personalidad completa y estudiarse dentro de sus relaciones mutuas.

Las funciones del cuerpo han adquirido, a través de la evolución humana durante siglos, una estabilidad notable, y su interdependencia está tan bien organizada que toda clase de mecanismos automáticos mantienen y defienden constantemente la salud (o sea, la integridad) del organismo. Estos mecanismos para el autorrestablecimiento de la totalidad y la salud aún no están desarrollados adecuadamente en los niveles psiquicomentales de la actividad humana. Así el problema de la integración psicológica personal es frecuentemente agudo, incluso cuando la persona es, supuestamente, sana y goza de éxito. Esto ocurre especialmente hoy día, en una época de trastornos sociales y políticos de alcance mundial.

¿Cuál es el tema principal de la Astrología?

La persona humana individual, considerada como un organismo íntegro que incluye actividades físicas, psíquicas, mentales, sociales y espirituales, de muchas clases y a varios niveles. Los términos cuerpo, mente, sentimientos, alma, definen muy superficialmente estos diversos tipos o categorías. Todas estas actividades son actividades «humanas» porque a pesar de que algunas puedan parecer muy similares a las que aparecen en los otros reinos de la vida (animal, vegetal, etc...) están sin embargo subordinadas a un patrón y a un propósito característicos del reino humano y son exclusivas de éste. Puede que el hombre digiera sus alimentos como otros mamíferos, pero, al ser consciente de su proceso digestivo y poder intervenir en él -para bien o para mal- la digestión en los hombres es «humana».

El campo de la interpretación astrológica se extiende a cualquier grupo de personas humanas, relativamente permanente, o a cualquier situación dentro del flujo de la experiencia humana. Grupos o series de fenómenos naturales -como por ejemplo los relativos al tiempo- también pueden analizarse y su desarrollo se puede interpretar por medio de cartas astrológicas, pero esencialmente, sólo en la medida en que son parte de la experiencia colectiva de los seres humanos.

El propósito básico de la astrología es brindar un poco de orden al aparente caos de la experiencia humana. Y así ayudar al individuo o al grupo a conseguir un mayor grado de integración, salud y juicio. Constituir un acercamiento más consciente a la vida humana y una comprensión más profunda de las características estructurales y del comportamiento cíclico de todos los organismos. Es grande su importancia ya que el hombre tiene el privilegio y la obligación espiritual de hallar el «Camino de la Consciencia».

Sin embargo, la astrología no ofrece ningún atajo, por ser, la integración de cualquier conjunto orgánico un proceso gradual que depende, por una parte, de la intensidad del sentimiento de «orden» y de la realización del «centro» en las diferentes partes

del conjunto y, por la otra, de la apropiada disposición del Principio espiritual, conectado con este organismo en evolución, para animar e iluminar los esfuerzos de éste hacia una completa y armónica organización. Además, cada factor de la carta astrológica puede contribuir a la integración o a la desintegración personal. La carta natal presenta de una forma especial los datos informativos que los psicólogos y los médicos usan en sus terapias.

El carácter de esta presentación, sin embargo, arroja una luz nueva sobre las partes componentes, funciones, estímulos y potenciales de la persona individual. Mediante el uso de esta nueva luz, una persona que comprende bien su valor y la forma de manejarla, puede ser más objetivo respecto a sí mismo. Puede plantear gráficamente el curso de su desarrollo orgánico, elaborar la curva de sus poderes vivificantes, y *verse a si mismo reducido a la esencia.* Bajo la confusión de su experiencia diaria, llega a entrever un patrón de orden. Todas sus tendencias conflictivas se revelan como componentes complementarios de su personalidad integral. Se ve a sí mismo completo, en estructura y función.

Lo que ve, sin embargo, no es una imagen o retrato gráfico. Es tan sólo un símbolo. La carta natal es sólo un símbolo: el «nombre» de la persona. Pero si aprende a deletrear este «nombre», el individuo puede descubrir -si es sabio- cómo esforzarse, a su manera, hacia una integración real y demostrada día tras día. El astrólogo-psicólogo sólo puede señalarle el camino. Sólo el individuo puede pronunciar el «nombre», símbolo de la conciencia íntegra de uno mismo. Lo pronuncia viviendo plenamente lo que él es, dentro del amplio marco de la sociedad y la humanidad.

El pronóstico viene como consecuencia de un desarrollo ordenado. Si en el universo existe un orden, entonces se puede predecir cuál va a ser la fase que seguirá a la presente. Si la predicción fuera una ilusión no habría ciencia, ni generalización, ni ley. Al ser la astrología una ciencia, debe, por tanto, incluir la predicción.

La astronomía es un sistema para predecir los fenómenos celestes. La astrología, sin embargo, no trata sobre la determinación de los fenómenos celestes, sino sobre su *interpretación* en

términos de carácter y conducta humanas. Cuando a un planeta se le dá un determinado significado en astrología, este significado está condicionado por los aspectos astronómicos en el sistema solar y por lo que representa en relación a la persona humana (o a la situación que afecta al individuo). Cualquier significado planetario presupone la existencia de *personas completas* como marco de referencia para tal significado. La astrología trata de la totalidad de la naturaleza humana, según se expresa en un individuo.

Ningún significado o juicio astrológico se expresa plenamente si no tiene en consideración al ser humano completo. Decir que dos planetas estarán en conjunción, en un determinado momento, es astronomía Añadir que la vida de un hombre, nacido en un determinado momento y lugar, experimentará una crisis en una fecha que puede averiguarse, es una afirmación astrológica. En esta afirmación el punto de partida es «la vida de un hombre». Cualquier predicción que no tome a esta entidad, «la vida de un hombre», como base o marco de referencia es, como mínimo, incompleta. En la mayoría de los casos es desorientadora, en algunos, realmente destructiva. Sólo tiene valor en relación al individuo completo *y a lo que contribuye al desarrollo de esta persona,* a un nivel u otro.

La astrología no predice «sucesos» sino sólo fases en el desarrollo de una persona. Cada individuo se desarrolla en unas líneas que en primer lugar son «genéricas», esto es, que son el resultado del simple hecho de que es un ser *humano,* miembro de este género, *horno sapiens,* en una época concreta de la evolución de la humanidad. Estas líneas de desarrollo determinan el patrón general del área de vida de cada hombre. Asimismo cada hombre posee unas características bio-psicológicas que determinan su *estructura genérica.* A este respecto la naturaleza humana, las razas y los individuos producen muchas clases de variaciones. Un hombre es en primer lugar humano, luego blanco, luego americano, californiano, de ascendencia anglo-francesa, metodista, demócrata, etc.; finalmente es un individuo nacido a una determinada hora en lugar específico.

El libre albedrío es la medida de la capacidad del hombre de ser y actuar como un individuo. El destino es la medida de su

dependencia de las normas colectivas y genéricas como estructuras determinantes.

La astrología trata en primer término de la naturaleza humana en un sentido genérico. Es por esto que, al ser el cliente un ser humano, experimentará de una forma más o menos aproximada el orden conocido de fases del desarrollo humano, y esto le da al astrólogo una base para la predicción. Pero ningún astrólogo deberla quedarse aquí. Debería llegar a definir y comprender la «ecuación individual» de su cliente -la forma en la que el cliente reacciona o puede esperarse que reaccione *como individuo ante* los básicos puntos clave de su vida. Esto sólo puede hacerse considerando la carta natal y su desarrollo en el tiempo *como un conjunto*. El individuo es el hombre completo, la persona integral. Y nadie puede determinar por adelantado las acciones y reacciones de una persona integral que ha llegado a individualizarse verdaderamente, ya que dicha persona ha llegado a ser libre, dentro de los límites de sus estructuras genéricas. La astrología puede definir los límites, pero sólo puede sugerir la libertad. Cada momento de la vida de un individuo es una mezcla de ambos factores.

PASO N.° 2

Asumir responsabilidad personal
por el uso de los propios conocimientos

La sabiduría es el conocimiento útil y apropiado, puesto en práctica en la vida diaria. Hay un tipo de conocimiento que, al ofrecer principalmente toda una serie de datos sin relación alguna para aprenderlos de memoria, complica y alborota el camino del individuo hacia la sabiduría. Pero existe otro tipo de conocimiento que va dirigido hacia un deseo vital de sabiduría y que conduce a una eventual realización de la totalidad e integridad de la persona. Este último tipo de conocimiento está basado en principios de orden que son válidos universalmente; su aplicación ilumina todos los temas de estudio. Es un conocimiento que apela al pensador que hay en cada hombre, mujer y niño; que saca a este pensador de su sueño y su pereza; que si se usa regularmente, hace del hombre un *poder* en el universo: un poder para bien, si el individuo se ve a sí mismo como consciente partícipe en las actividades de un conjunto más amplio, llámese sociedad, humanidad o Dios; un poder de destrucción, si el individuo busca tan sólo el propio engrandecimiento y no da valor más que a su tosco individualismo y soledad.

Lo que deseo presentar en este libro es un acercamiento gradual, paso a paso, al estudio de la astrología que conduce al pensamiento claro y a la clase de conocimiento que capacita al individuo no sólo a vivir en el camino de la sabiduría y la integración psicológica, sino también a compartir este conocimiento con otros de una forma constructiva. El primer paso en cualquier estudio válido es muy obvio: «comprender la naturaleza y el propósito de lo que se va a estudiar», y el capítulo precedente ya se ha dedicado a ese tema. Lo que sigue -el segundo paso en la adquisición de la sabiduría astrológica- no sólo tiene un carácter menos obvio, sinq que suele quedarse en la parte más escondida de la mente de la mayoría de los que van tras los conocimientos sólo y exclusivamente.

Una profunda consideración de este segundo paso nos conduciría a un análisis crítico de los propios fundamentos de nuestra moderna civilización. Esto queda naturalmente más allá del alcance del presente estudio, pero pueden fijarse unos puntos básicos de aplicación general a todos los campos del conocimiento.

El conocimiento conduce a la responsabilidad

Vivimos en un período de la civilización que se ha caracterizado no sólo por un tremendo aumento de los conocimientos humanos sino también por la incapacidad de que hacen gala los líderes de la humanidad para asumir responsabilidad alguna por dichos conocimientos. Durante los últimos siglos, el hombre ha desarrollado los medios para controlar las poderosas energías naturales y están a disposición de quienquiera que tenga la suficiente capacidad intelectual para aprender de memoria ciertos datos y seguir con atención ciertas recetas para la aplicación de estos públicos conocimientos científicos. Pero el científico y el inventor de las técnicas y los aparatos no se sienten responsables responsables en forma alguna por el uso que se hará de esos conocimientos que ellos esparcen. Ni los jefes de estado asumen

responsabilidad por lo que aquéllos, a los que guían y gobiernan, harán con lo que se coloca en sus manos

El hombre moderno es una persona que hace uso indiscriminado del producto de unos conocimientos de los que no tiene una comprensión vital y *humana*, y cuyo propósito fundamental ni siquiera se plantea. El hombre actual está interesado en la técnica y sólo en ella. *Cómo* usar los conocimientos tras un curso fácil de preparación; *cómo* conseguir rápidos resultados en términos de operación y aplicación efectivas -esto es lo único que cuenta para él-. Un hombre se compra un coche y lo conduce. No comprende la naturaleza de las energías y de los procesos mecánicos que hacen que el coche funcione. No entiende la relación de este coche y su poder con el universo, ni contempla la relación entre el uso de su coche y el bienestar de la sociedad, o el suyo propio. Usa los productos de los conocimientos prácticos pero no se hace responsable de dicho uso, aparte de lo que establece la ley para el caso de que alguien resulte herido; e incluso esta responsabilidad se transfiere a una compañía de seguros que hace su juego con la muerte.

El astrólogo actúa a menudo de una forma similar. Aprende una técnica. Aprende cómo leer sus tablas y cómo interpretar los símbolos. Podrá lograr la aplicación de las reglas astrológicas y usar, de una forma efectiva, los útiles intelectuales a su disposición, con la práctica, atención, un poco de perspicacia innata y no poca suerte. Podrá predecir la muerte de un presidente, el resultado de algún famoso pleito o un terremoto; si lo hace se le considerará un hombre de éxito, aún más, un «gran astrólogo». La gente se arremolina a su alrededor pidiendo su consejo personal, echando sobre él sus vidas inquietas en ansiosa anticipación de predicciones, de buenas noticias, de algo que rompa la monotonía y el vacío espiritual de la mayoría de las vidas actuales. Coloquialmente hablando, el astrólogo «sabe del tema» -y «se lo pasa a los demás». Da la información tal como la ve en las cartas. Cuando el cliente vuelve le da más información. Siempre más datos, más conocimientos. Puede que sean auténticos conocimientos; los hechos están ahí y él los lee correctamente. Sin embargo, puede que un problema no se le pase por la cabeza mientras transcurre el tiempo designado para la entrevista: ¿Qué va a hacer el cliente con esa información? Al cliente se le da un

coche de 12 cilindros; pero quizá sólo tiene una mente de 4 cilindros para manejarlo. La información era correcta. ¿Era sensato darla?

He definido la sabiduría como «el conocimiento útil y apropiado puesto en práctica en la vida diaria». Podría haber añadido que son éstos los conocimientos de los que somos responsables. Asumimos responsabilidad personal por ellos desde el momento en que rehusamos separar al conocimiento en sí mismo de su propósito en términos de valores ***humanos.*** Esta responsabilidad asumida falla si impartimos unos conocimientos sin preocuparnos de ver si van a ser ***asimilados*** correctamente por aquéllos a quienes se los damos y si, una vez asimilados van a conducir a la integración personal o del grupo. Esto no es seguir el camino de la sabiduría, sino el del intelecto. Supone la separación entre el pensamiento analítico y una vida íntegra, entre el intelecto y los valores morales, entre el cerebro y el corazón.

Nuestra civilización moderna y sus guerras devastadoras son el resultado de tal separación. La ciencia ha jugado sucio con la humanidad. Se dice que el conocimiento es poder, pero el poder en sí mismo no tiene sentido -igual que la velocidad en sí misma no tiene sentido. ¿Poder para qué? ¿Velocidad para alcanzar qué? El poder se «humaniza» sólo cuando su uso y su propósito son evaluados conscientemente y cuando se asume la responsabilidad de los resultados tras una clara comprensión. Esto no significa que los resultados que se pretenden deliberadamente vayan a ser siempre constructivos. Siempre habrá individuos que buscarán unos conocimientos con fines destructivos para las vidas o posesiones de otros. Pero en esos casos, como en la lucha entre virus y anticuerpos, está claro que el deseo de salud y cordura gana en la mayoría de los casos. Lo que sí puede ser mortal es la confusión que resulta al usar los conocimientos de forma irresponsable y con sólo buenas intenciones, al manejar los instrumentos y las técnicas con mentes sin madurez moral, sin la básica comprensión de la naturaleza humana y del desarrollo cíclico de dicha naturaleza, sin ser conscientes de los funestos resultados que puede tener una información dada de forma despreocupada, imprecisa, incompleta o a destiempo.

En esencia, yo pretendo ocuparme de la práctica de la astrología, ya sea para uno mismo o dirigida a solucionar los proble

mas de otras personas, amigos o clientes; pero obviamente lo que afirmo aquí se aplica también a psicólogos, psiquiatras, médicos -y también a educadores, jefes comunitarios u hombres de estado. Un médico, antes de recibir su título, hace el juramento Hipocrático. Está obligado por la tradición, la ley y la presión moral a usar sus conocimientos en beneficio de los demás y con espíritu de sacrificio. Sin embargo, muchos son los médicos que no llegan a comprender que la información que dan a sus pacientes sólo tiene valor según la capacidad del paciente para afrontarla de forma constructiva y asimilarla. No llegan a entender lo que cada psiquiatra y cada «guía espiritual» debería entender y a menudo no lo hace: que la posesión oficial de unos conocimientos les da ***autoridad.*** Poseer autoridad es más que poseer conocimientos. Es ***ser aceptados*** como un hombre con conocimientos, quizás sabiduría. Esto significa un importante incremento de la responsabilidad.

Autoridad y práctica astrológica

El psicólogo que ha obtenido su título o que ha escrito libros de renombre tiene autoridad como resultado de su reconocimiento más o menos oficial. El paciente que se le acerca está dispuesto a aceptar su diagnóstico y sus procedimientos técnicos como válidos. En el caso del astrólogo no hay garantía oficial de su preparación astrológica; por el contrario, los valores oficiales se oponen a la astrología. La práctica de la astrología puede incluso ir contra la ley de un estado o una ciudad. De todas formas el astrólogo tiene la autoridad del que trata, de forma comprensible y efectiva, con lo misterioso y lo incomprensible, lo oculto.

Una parte de la mente de cada hombre está insatisfecha con las cosas oficiales, con los conocimientos al alcance de todos.

Se puede tachar de escapismo la búsqueda de un campo de realidades y energías más allá de lo tangible, pero éste es el rasgo más profundo de la naturaleza humana. «El conocimiento del

umbral» -y todo ocultismo participa de este conocimiento- fascina al hombre, probablemente porque, como una vez escribí, la «grandeza del hombre es que siempre puede ser más grande». Pero para alcanzar «lo más grande» el hombre debe traspasar el umbral. Y para poder hacerlo debe tener un guía -ser guiado por alguien que presente los atributos de la autoridad. La astrología es un conocimiento del umbral. Aquél que es capaz de usar tales conocimientos posee la autoridad de lo incomprensible. Y esta autoridad hace recaer sobre el astrólogo una pesada responsabilidad personal, la admita él o no, se preocupe de actuar en consecuencia o no.

La astrología trabaja con símbolos -o según algunos, con fuerzas trascendentes y cósmicas. Desde Freud y Jung, el psicoterapéuta también trabaja con elementos que pueden parecer trascendentales y misteriosos- con «sueños», con «imágenes» o «complejos» psíquicos. Pero los sueños, después de todo, son los sueños del cliente. Ahora bien, cuando el astrólogo habla de Marte, Júpiter, Saturno, se trata de entidades misteriosas cuyos efectos quedan fuera de nuestro clásico ámbito de examen y escrutinio. Así, la persona que sea cliente de un astrólogo debe tener fe, o al menos el extraño sentimiento en que se mezclan la curiosidad, el escepticismo y el ávido deseo de creer. Mientras el astrólogo habla de estas remotas entidades, los planetas, el cliente común siente los poderes de Fuerzas misteriosas operando en su vida. Se le conduce al ámbito del «Conocimiento del umbral»; se le conduce, en la mayoría de los casos, con los ojos vendados y sin ningún apoyo. Y aquél que le conduce a este punto y llena su mente y su psique con datos informativos tiene, en la mayoría de los casos, muy poco sentido de responsabilidad *por lo que esta información pueda evocar en la conciencia del cliente.*

Todo conocimiento engendra responsabilidad, tanto para el que lo comparte como para el que rehusa compartirlo por miedo a la responsabilidad, pero impartir el «conocimiento del umbral» con sus potentes símbolos y misteriosas entidades o fuerzas, produce mucha más responsabilidad, porque el que lo recibe debe aceptarlo con fe en la autoridad -como un niño al que sus padres enseñan.

La responsabilidad personal del astrólogo para con sus clientes o amigos se rebela concluyente al tratar con la fuente de prácticamente todos los factores psicológicos negativos: el miedo. El miedo viene de la falta de comprensión y, aún más, del sentimiento de incapacidad. Siempre se teme una confrontación cuando uno se siente en desventaja, o cuando, con o sin razón, uno se cree a sí mismo falto de preparación. El hombre hace frente continuamente a la posibilidad de ser superior a lo que es en el presente, y a menudo evita dar ese paso adelante por falta de confianza en sí mismo y por sentirse en inferiores condiciones frente a la tarea o la oportunidad que tiene ante sí o porque está demasiado apegado a su último logro y a su felicidad establecida. En cualquiera de los casos aparece el miedo; ya que si un hombre rehusa avanzar porque es feliz donde está, en esencia teme perder su felicidad actual o teme ser incapaz de conseguir algo al menos tan satisfactorio como lo que ya tiene.

De todas formas, hay ciertos momentos en los que el hombre tiene la necesidad de cambiar -incluso en los aspectos en los que se muestra desesperadamente reacio al cambio-. En primer lugar, la inminencia de la crisis le inquieta; en segundo lugar, la presión de la vida que crece en su interior quebranta sus antiguas estructuras psicológicas, mentales o fisiológicas, sus creencias y sus hábitos -y esto le asusta-. Es entonces cuando el hombre ola mujer recurre a un psicólogo, a un guía espiritual o a un astrólogo. En algunos casos no hay un sentimiento consciente de crisis o miedo, a nivel individual, pero toda la humanidad ya está bajo las condiciones de una crisis colectiva. Es por esta causa que los hombres desean más que nunca alcanzar alguna clase de «conocimiento del umbral», ocultismo, astrología -cualquier cosa que les pueda conducir a un nuevo sentido de la vida, a una nueva comprensión-. Pero lo que ellos traen consigo al acercarse a este tipo de conocimiento es, sobre todo su miedo; de aquí su necesidad de una dirección personal.

¿El astrólogo común reconoce este hecho? No con mucha

claridad, si es que lo hace en absoluto. El ve algo que es muy obvio: la curiosidad del hombre y la mujer, su deseo de escuchar a alguien que les hable de ellos mismos, el deseo de saber «qué va a pasar». Pero todo esto no son sino máscaras sobre el turbio semblante del miedo. El cambio es inminente; el cambio ha llegado; el cambio remueve profundamente los asentados recuerdos del ayer. El cambio es dolor. El hombre clama a las estrellas porque está inmerso en el caos, en la oscuridad, en una envolvente niebla. La astrología debe dar respuesta a las preguntas sobre la existencia de un orden. Se derrumba el orden de la tierra y de la sociedad humana que conocíamos. Las almas que sufren angustia y oscuridad se vuelven hacia las estrellas -otras se vuelven hacia Dios y hacia sus supuestos representantes entre los hombres.

No estamos pintando la escena más negra de lo que es. Estamos hablando de hechos astrológicos. Los que se acercan a un astrólogo con seriedad a pedirle consejo son personas inseguras, y por ello, temerosas en potencia. Buscan la seguridad que un nuevo conocimiento puede darles, y buscan dirección y guía. El astrólogo que responde a sus preguntas les falla en lo más importante si no desea o no está preparado para asumir responsabilidad personal sobre la información y el consejo que da. Fracasa trágicamente si en lugar de ayudar al cliente a vencer sus miedos semiconscientes, los acentúa y les da un poder misterioso dándoles unas justificaciones contra las que no hay remedio alguno. «Saturno forma una cuadratura con tu Sol. ¡Ten cuidado!» La persona vino inquieta, confundida y advirtiendo las dificultades que se avecinaban; sale de la consulta del astrólogo con una reafirmada expectación de tragedia. «Saturno» está a punto de alcanzarle; quizás muera su esposa; quizás tengan que operarle del riñón. Saturno. ¿Qué puede uno hacerle a Saturno o contra Saturno? Aparentemente nada. El miedo tiene ahora forma y nombre. La expectación del desastre atormenta la mente. Es peor aún porque se conoce a medias, es evasivo, misterioso. Cada mirada preocupada en los ojos de la esposa puede ser el comienzo de su final; cada dolor de espalda quizás anuncie el avance del oscuro poder, Saturno, remoto allá en el inalcanzable espacio.

Y no servirá de ayuda decir que la «influencia» de Saturno

tiene la naturaleza de las ondas electromagnéticas; o que puede recogerse en promedios estadísticos. Es mucho peor saber que existe un 75 % de probabilidad de que tu propio marido se muera o se vuelva loco, que simplemente saber que *algún día* morirá o se volverá loco. La incertidumbre produce más miedo que enfrentarse a lo inevitable. Y no podemos decir que «si te han prevenido, puedes armarte de antemano». No se puede aplicar a este caso en que Marte, Saturno, las cuadraturas y las oposiciones se presentan como entidades maléficas que ejercen su influencia sobre el hombre en una forma muy concreta. No se puede aplicar donde hay miedo. Se le dice al cliente que el domingo puede sufrir un accidente que afecte a su cabeza. Precavido, se queda en la cama -y el soporte de un pesado cuadro sobre la cabecera de la cama se rompe y le hiere de gravedad-. O va por la calle vigilando por si cae algún ladrillo y, de tanta tensión, no repara en un hoyo del pavimento y cae de cabeza. Estos son casos reales. Sí, la predicción funcionó. El astrólogo ha tenido éxito. También podría haber augurado una operación quirúrgica -sólo que el paciente murió.

¿Qué significa todo esto? que el poder del miedo desbancó al elemento *humano*. El astrólogo con sus vaticinios ¿cristalizará y concentrará el miedo? ¿Ampliará el alcance de la confusión y desorden de su cliente? ¿O será capaz de dar, a quien, consciente o subconscientemente, anhela una dirección hacia un nuevo plano de orden, la fe de que este nuevo plano existe y puede ser alcanzado? ¿Se afirmará la astrología como una huida hacia una mayor confusión, o como una técnica de integración? No se realizará esta última a menos que el astrólogo sea plenamente consciente de su responsabilidad y sepa cuáles son los medios a través de los que deberá ejercerla. Lo que significa que el astrólogo debe ser un filósofo y un psicólogo -un hombre sabio.

Ya he dicho que toda predicción, que no tome *la vida completa de una persona* como base o marco de referencia, es incompleta y, a menudo, psicológicamente destructiva. La predicción tiene valor en cuanto contribuya al desarrollo y bienestar esencial de la persona. Si no se reconoce esto, la práctica de la astrología -como la práctica de la medreina y la psicoterapia- a duras penas puede justificarse en un sentido moral o espiritual. Y al decir esto, no aludo sólo a la información astrológica, sea remunerada o no; esto se aplica a todos aquellos conocimientos que traten del ser humano.

El tema de la «adivinación de la fortuna» es sólo una parte de un problema muy extendido. Es un intento desorganizado de predicción casual, basada en datos aislados e incompletos. Su propósito es, como mucho, satisfacer la aparente curiosidad del cliente; más a menudo, sacar provecho de su inseguridad y sus miedos. Incluso en manos honestas y donde no exista transacción monetaria, los peligros de esta adivinación son que está basada en una psicología equivocada que sólo considera algunos temas clave que son los más apropiados para impresionar la curiosidad y la vanidad de la gente y que no contribuyen a la salud o integridad psicológica del cliente. Parece alentar la dependencia del consejo externo y de la evasión, y sobre todo la dependencia de unos sucesos externos que no se relacionan en conjunto con la vida y el ser íntegros del cliente. Al no asumir responsabilidad por las reacciones psicológicas del cliente ante lo que le dice -excepto quizás en lo referente al tema de la muerte- también intenta destruir el sentimiento personal de responsabilidad del propio cliente.

Antes he afirmado que *los sucesos no nos ocurren a nosotros, nosotros les ocurrimos a ellos.* El individuo camina -o se deja llevar por caminos sociales determinados por la colectividad- hacia el futuro. Se encuentra con la vasta manifestación universal de acción y reacción. El se encuentra con el mundo, el mundo no se molesta en ir a encontrarse con él. Si mientras va

por una calle le cae un ladrillo en la cabeza, es su propia responsabilidad. El entró en el campo de caída del ladrillo. El le «ocurrió» al ladrillo, porque él es un individuo consciente y el ladrillo sólo un trozo de naturaleza universal. El hombre le ocurre a la naturaleza. El usa las fuerzas de la naturaleza, suya es la responsabilidad de los resultados. La naturaleza no considera nada, sólo lleva a cabo una acción y una reacción. Tiene poderes, o mejor dicho, es poder. Como escribió una vez un sabio: «todos los poderes de la naturaleza están ahí. *Tómalos*»... pero si los tomas, tuya es la responsabilidad de los resultados. Y si no los tomas, cuando llegue el momento de tu propia madurez espiritual, también será tuya la responsabilidad.

El astrólogo que confecciona una carta e intenta resolver los problemas de su cliente está usando un poder; poder nacido del conocimiento de los patrones estructurales de la naturaleza al desarrollarse cíclicamente. Lo que él hace es establecer una relación entre el ser individual del cliente y el despliegue de la estructura de su naturaleza -humana y universal; y las relaciones hacen que se manifieste un poder, el poder de construir o de destruir. Si el astrólogo cree que él sólo imparte datos sueltos y ahí queda todo, está muy equivocado. Ha establecido una relación. Ha colocado a su cliente ante una nueva forma de contacto con el universo. Ha hecho que algo vital empiece a fluir. Si para ahí, deja todo el *asunto sin terminar.* Todas las tragedias humanas, todos los accidentes aparentes, todos los conflictos son el resultado de algún «asunto sin terminar». El astrólogo, que recorre el camino de la sabiduría, tasa muy alto su responsabilidad ante su cliente y está ansioso de ejercerla de la mejor forma según su capacidad y sus oportunidades. Por esta razón, sabe cuándo permanecer silencioso. No obstante, guardar silencio cuando las palabras y el conocimiento pueden curar y sanar, puede también ser un «asunto sin terminar». El hombre no puede evadir su responsabilidad personal.

PASO N.° 3

Establecer un procedimiento de trabajo

Después de comprender la naturaleza y el propósito de la astrología, (paso n.° **1)** y habiendo aceptado por adelantado la responsabilidad ante el cliente, lo que es inseparable del sabio uso de cualquier conocimiento que se vaya a adquirir sobre los símbolos y técnicas astrológicos (paso n.° 2), el futuro astrólogo está preparado para dar el tercer paso. Debe aprender cómo establecer un procedimiento de trabajo, cómo realizar una serie de operaciones en adecuado orden, que le proveerán de los datos necesarios sobre los que basar sus interpretaciones psicológicas. Y, antes que nada, el astrólogo debe comprender bien la naturaleza de los instrumentos que va a usar; pues toda clase de actividad está siempre basada en unos instrumentos y condicionada por ellos, sean naturales o fabricados por el hombre. No darle la plena consideración a estos instrumentos sólo puede conducir a una ineficacia en la práctica y a la confusión mental.

La carta astrológica como cuadro simbólico

El primer procedimiento en astrología es siempre «levantar» una carta. Una carta astrológica puede tomarse como una especie de fórmula química en la que los planetas y signos son los «elementos» básicos, los cuales, en sus diversas combinaciones, componen la «química» de la personalidad. Entendida así, la carta nos mostrará de una manera simple cómo cada individuo constituye una forma especial de combinación de los factores, comunes a todos los seres humanos. La carta astrológica es, sin embargo, más que una fórmula, más que un «mapa». No es algo que pueda estudiarse con un intelecto analítico y frío. Es algo que hay que *sentir*.

Debe sentirse como un símbolo viviente del universo entero, *visto* desde un lugar determinado, en un momento determinado. Es la representación simbólica de una de las más básicas experiencias humanas; la experiencia del cielo, la experiencia del infinito y del orden. Es la «Firma» del Creador, la «instrumentación musical» de la Armonía universal que, bajo todas las tormentas, todos los miedos y todas las victorias tumultuosas, es paz y grandeza. El músico mira una partitura y oye los tonos, con toda su variada cualidad. De igual forma, para el astrólogo, una carta natal debería «evocar» a la persona viva; y los planetas y signos deberían ser los actores de una escena cósmica tan significativa como las escenas religiosas, descritas en innumerables Crucifixiones o Natividades, que suscitan las emociones del justo y son alimento simbólico para la intuición del sabio. La carta astrológica es un cuadro simbólico de una realidad cósmica. Debería llegar a la imaginación tanto como al intelecto. Debería ser algo *vivo*.

Toda carta astrológica es una carta natal. A la astrología se la ha llamado justamente «la ciencia de todos los comienzos» (Marc Jones) porque está basada fundamentalmente en el estudio de la *semilla-estructura de los potenciales de vida y de crecimiento, manifiestos en el primer momento de cualquier ciclo de actividad orgánica. La* semilla es el punto de encuentro del pasado y el futuro; en ella finaliza un ciclo y de ella emerge otro nuevo. Pero la astrología trata principalmente de ese aspecto de la semilla en que la estructura del futuro organismo se revela como un conjunto de potenciales vitales nuevos y relativamente únicos.

El momento en que tiene lugar el primer llanto es el importante para el cálculo del tema de una persona (horóscopo), porque marca el comienzo de una existencia relativamente *independiente* -y no puede darse un conjunto de potenciales vitales nuevo y original a no ser que haya al menos un rudimento de independencia y expresión orgánicas. El primer llanto es el primer acto de expresión orgánica integral al ser la respuesta del organismo al aire que penetra en él. Este aire inhalado trae con él la «firma» del pasado completo del universo, pero cuando el recién nacido deja sentir su primer llanto, expresa su propia respuesta al universo. Comienza a crear su futuro. Esta respuesta se hace cada vez más *individual* -una nueva contribución a la vida- al crecer y hacerse mayor; cuando esto se produce, lo que en el nacimiento era sólo un conjunto de potenciales, se vuelve gradualmente la actualidad concreta del carácter y la conducta consciente del individuo.

La etapa prenatal de la vida orgánica es tan sólo la suma del pasado de la raza, como anticipación del tiempo, en que un momento presente, que trae consigo el poder para que la vida comience (viabilidad), abra el camino a la revelación gradual del futuro. Lo que llamamos vida es la constante revelación del futuro a través de una serie de situaciones presentes: una revelación que comienza con el primer llanto.

También debo añadir que con la primera inhalación cambia el ritmo de la circulación sanguínea, y la sangre comienza a pasar por los pulmones donde se oxigena. Por tanto es sólo entonces cuando el corazón empieza a funcionar en la forma característica de un conjunto orgánico autosuficiente.

La carta natal y sus elementos

La carta natal es una representación gráfica bidimensional del universo tal como éste es, aunque no es una representación completa. Se seleccionan unos factores, considerados más importantes, y se excluyen otros muchos -de la misma forma en que una fórmula química se centra sobre una cierta reacción molecular e ignora muchos otros factores. La astrología selecciona, entre toda la información astronómica disponible, aquellos datos que pueden incluirse en ciertos *«marcos de referencia»* e ignora el resto.,,*

*,, La estructura completa de un ciclo, por ejemplo, la vida de un hombre, desde su principio a su final es un marco de referencia para todos los momentos y sucesos dentro de dicho ciclo. Una casa es un marco de referencia para estimarla función, sentido, tamaño y valor de las habitaciones que contiene. Cada factor de la experiencia humana puede sólo encontrar su sentido cuando se le incluye en la estructura superior del ser total de la persona y de la humanidad. Por tanto, lo que cuenta ala hora de evaluar o juzgar las acciones de un individuo no son los intrincados detalles de los sucesos, sino, por el contrario, la forma en que encajan en el marco de la conciencia social, ética, religiosa y personal de dicho individuo y de los que le rodean. Incluso el acto de matar puede evaluarse como denigrante y ruin o como un acto glorioso dependiendo del momento y el lugar -según el marco social de referencia que se use para estimar el significado y la motivación del acto.

La astrología trabaja con cuerpos celestes en movimiento -o, de una forma más precisa, con los movimientos periódicos de puntos y discos luminosos en el cielo. Estos movimientos sólo se pueden calcular y determinar en el espacio y el tiempo si las posiciones, en continuo cambio, de los cuerpos celestes se miden respecto al horizonte y al período de un día, respecto a las posiciones del sol durante los equinoccios anuales, o respecto a los valores relativos de los períodos planetarios. Estos tres marcos de referencia se conocen en astrología como el sistema de casas, los signos del zodíaco y el patrón general del sistema solar (del cual se deriva el significado atribuido a cada planeta). Cada uno de estos tres marcos de referencia tiene un carácter y un sentido muy concretos y al combinarse producen la carta astrológica -el principal utensilio en astrología.

El horizonte y el meridiano

El horizonte, generalmente hablando, es la línea de aparente unión entre la tierra (o el mar) y el cielo. Psicológicamente también conlleva el significado de «límite de la observación o la experiencia» (Diccionario de Funk y Wagnalls). El horizonte es la base de la astrología, ya que la astrología trata de conjuntos orgánicos y cada conjunto orgánico opera dentro de alguna clase de límites. La astrología sólo puede trabajar de una forma efectiva con ejemplos específicos y casos particulares. Interpreta las limitaciones según su contribución a la totalidad del organismo, o a una situación específica con la que este organismo se encuentre. La astrología es «la ciencia de todo comienzo» porque cada caso particular comienza en un momento determinado, y la naturaleza de dicho caso está simbólicamente determinada o caracterizada *por la potencia de vida creativa que hay en este globo en ese preciso momento*.

El meridiano es el círculo vertical que tiene como uno de sus diámetros al eje polar de la tierra y sobre el que el sol se encuentra al mediodía. En este círculo también se halla el punto más alto (el zenit). La línea trazada desde este punto al centro de la tierra es la línea de gravedad. El horizonte y el meridiano forman siempre un ángulo de 90 °. Al prolongarlos en el espacio constituyen dos planos celestes que dividen al universo en cuatro partes de idéntico tamaño. Todos los objetos celestes se encuentran en uno u otro de estos cuadrantes.

Al proyectarlos en un papel como dos líneas, horizontal y vertical, el horizonte y el meridiano forman los dos ejes principales de la carta astrológica. Estos ejes constituyen «el marco de la personalidad» porque todas las experiencias humanas recaen en los apartados básicos de la vida que ellos mismos perfilan. En la práctica común cada uno de estos cuatro departamentos de experiencia está dividido en tres secciones de 30 °. *de espacio* (no de zodíaco) y así se forman las doce casas del tema.

La Eclíptica

Todos los cuerpos parecen moverse en relación al horizonte y el período cíclico de tal movimiento es el «día sideral», que tiene aproximadamente 23 horas y 56 minutos -el período de tiempo necesario para volver a tener a una estrella particular sobre el mismo meridiano. Al estudiar el movimiento cíclico de los cuerpos celestes, en referencia a la cruz formada por el horizonte y el meridiano, vemos que se dan dos categorías básicas, cada una de las cuales requiere un «marco de referencia» especial. Las estrellas fijas adelantan sus posiciones a través del ciclo del día sideral sin producirse cambios apreciables en su relación mutua. Pero el sol, la luna y los planetas establecen una relación mutua de constante cambio. Los patrones que forman en el cielo cambian incesantemente. Para analizar estos cambios se constituyó el zodíaco, como círculo de referencia.

El zodíaco es el círculo descrito por el sol en su aparente movimiento anual entre las estrellas «fijas». La luna y los planetas avanzan en diferentes direcciones y con diferentes velocidades, pero mantienen sus órbitas dentro de este recorrido solar, sin alejarse demasiado por cualquiera de los dos lados. Por lo tanto es conveniente describir sus movimientos refiriéndolos siempre a dicho recorrido.

El ecuador es el mayor círculo de latitud terrestre, pero, a la vez, se le considera una especie de horizonte general para la raza humana en su conjunto. Si se extiende indefinidamente, el plano del ecuador cruza el plano formado por el recorrido anual del sol, alrededor del cielo. La línea formada por su intersección es *la línea de los equinoccios.* Los extremos de dicha línea son los puntos equinocciales. El punto que marca la posición del sol al comienzo de la primavera en la latitud norte se toma como punto de partida para el círculo que señala la longitud -siendo el grado O de longitud, el primer punto de Aries, el comienzo convencional del zodíaco. El círculo donde se señala la longitud se divide en 360 grados y doce *«signos»* de 30 grados cada uno: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario, Piscis. Estos signos no deben confundirse con las constelaciones de la época griega, que llevaron y aún llevan los mismos nombres. Hubo un tiempo en que los signos y las constelaciones coincidían, no ocurriendo así ahora debido al movimiento separativo de las constelaciones.

El círculo de la longitud también se llama *eclíptica,* debido a que todos los eclipses tienen lugar cuando la luna está cercana a él durante la luna nueva o la luna llena. Todas las posiciones planetarias se describen en las efemérides astrológicas en referencia a la eclíptica -en términos de longitud zodiacal y, asimismo, de latitud celeste (su distancia al norte o al sur de la eclíptica). La relación entre el horizonte (en un momento y lugar determinados) y el círculo del recorrido anual del sol también se da en términos de la longitud zodiacal de ambos extremos del horizonte: ascendente y descendente. Se aplica igualmente al meridiano y a las «cúspides» de las doce casas de la carta astrológica.

En algunos cálculos astrológicos las posiciones de los cuerpos celestes se miden en referencia al ecuador celeste (en lugar

de a la eclíptica), pero éste no es el método más usual. De todas formas, entre los diferentes apartados que aparecen en la mayoría de las «efemérides» y revistas astrológicas, se suelen encontrar los «paralelos de declinación».

El prcedimiento básico de trabajo

La información que el astrólogo utiliza está tomada de unas efemérides y de una «tabla de casas», ambas calculadas por astrónomos y que son datos científicos y precisos. Componen la materia prima que usará el astrólogo en sus interpretaciones. En las técnicas astrológicas, que prevalecen hoy día en América, estos datos tratan casi exclusivamente de las *longitudes* (o posiciones zodiacales) de los planetas, las cúspides de las casas y de los nodos de la luna, es decir, de sus distancias a los equinoccios. Hoy día, la astrología es de tipo equinoccial. Está basada en las secuencias periódicas de las estaciones -un factor de control en la vida y cultura humanas. Lo que llamamos el zodíaco es en realidad el ciclo de las estaciones, proyectado en el cielo.

Muchos astrólogos europeos reconocen la importancia de este factor equinoccial y sobre esta base levantan sus cartas astrológicas. A la izquierda de la rueda astrológica emplazan *siempre* 0° Aries y cada una de las doce secciones corresponde a un signo zodiacal. El horizonte y el meridiano del nacimiento se indican con líneas de puntos, encuadrándose en estas secciones según su longitud. En otro tipo de esquema que se ha hecho popular recientemente -«la astrología solar»- el grado zodiacal del Sol en el nacimiento se coloca a la izquierda de la rueda y se adjudican 30° zodiacales a cada sección. De esta forma, si el Sol natal está en 12° Cáncer, las «cúspides solares» de esta carta solar de nacimiento estarán en 12° Cáncer, 12° Leo, 12° Virgo, etc.

Aunque estos procedimientos pueden tener una justificación, las cartas que se levantan de estas dos formas presentan un gran fallo: no reflejan el universo tal cual aparece en el momento del nacimiento desde el lugar en que éste ocurre. No recoge en

símbolos un *hecho actual y experimentable*. El factor básico del nacimiento es que uno nace en un marco particular definido por el horizonte y el meridiano. El verdadero «horóscopo natal» es una representación del espacio que rodea al organismo recién nacido y la verdadera «rueda natal» es una proyección bidimensional de dicho espacio. Sus doce radios (las cúspides de las casas) cortan el espacio en segmentos angulares idénticos -pero el *contenido zodiacal* de esos *ángulos de 30°* de espacio generalmente no es idéntico. Hay que determinar en primer lugar cuántos grados del zodíaco contiene cada uno de estos «ángulos de espacio» o casas. Esto se hace calculando el *tiempo sideral* de nacimiento y hallando en la «tabla de casas» para la latitud geográfica de nacimiento las longitudes de las doce cúspides para ese preciso momento.

Los cálculos que se deben hacer para determinar las posiciones de los diversos elementos de una carta natal no se pueden detallar aquí. Estos cálculos y sus fundamentos se pueden encontrar explicados ampliamente en muchos libros de texto y manuales para principiantes. Sólo mencionaré de forma simple las operaciones a realizar y concluiré con algunas observaciones generales cuya importancia no se puede sobreestimar.

1. Determinar la longitud y latitud geográfica del lugar de nacimiento.

2. Determinar la hora media local de nacimiento. Esta difiere en la mayoría de los casos de la hora del reloj la cual puede ser «hora standard» u «hora de verano» y la diferencia depende de la longitud de nacimiento.

3. Determinar el «tiempo sideral» de nacimiento. Esto se hace usando como base la «hora sideral de Greenwich» que se recoge para cada día en las efemérides del año de nacimiento y corrigiéndola para el momento exacto del «primer llanto» y para la longitud del nacimiento.

4. Por medio de la «tabla de casas» para la latitud del nacimiento, calcular las posiciones zodiacales del horizonte y el meridiano y de las cúspides de las doce casas para la hora sideral

de nacimiento -y anotar estas posiciones zodiacales en el correspondiente lugar de la carta natal, sin olvidar los «signos interceptados», en caso de que los haya.

6. Determinar la «hora media de Greenwich» del nacimiento, teniendo en cuenta si las efemérides usadas dan las posiciones planetarias para mediodía o para medianoche.

7. Calcular las posiciones zodiacales del Sol, la Luna, los planetas y los nodos de la Luna para esta hora media de Greenwich para el nacimiento, a partir de las posiciones que aparecen en las efemérides. El uso de los logaritmos simplifica estos cálculos si se desea mayor exactitud. Se debe prestar una especial atención a los planetas que tengan movimiento retrógado.

8. Calcular la posición de la «parte de la Fortuna».

Estos son los siete pasos necesarios para establecer la información básica que constituye la carta natal. Los siguientes pasos tratan de la *organización* de esta información en términos de «conciencia interpretativa».

A. Señalar los «aspectos» de los planetas de forma apropiada (por ejemplo, con lápices de colores y establecer el significado fundamental de la configuración completa.

B. Determinar el poder de los planetas, individualmente o en grupos, según las «dignidades» y las «regencias» de las casas. Se debe destacar todo aquello que sea índice de un centro de gravedad de un énfasis o tendencia básica que pueda servir como medio para enfocar la interpretación e indicar el principal «nivel» en que el individuo funciona de forma natural.

C. Considerar cada una de las casas de la carta y su contenido planetario y zodiacal, según el departamento particular de la vida que simbolizan, percibiendo el «toque personal» de la actividad de cada planeta en el lugar donde se encuentra.

D. Calcular las «posiciones progresadas» de los planetas para el momento de estudio y anotarlos en la carta fuera de la rueda natal (en diferente color). Calcular las posiciones de los

planetas para el momento de estudio y anotarlas fuera del círculo de las «progresiones», como «tránsitos». Estos dos tipos de cálculo son de importancia, incluso en la primera etapa de interpretación de la carta, ya que brindan un inmediato foco de atención al problema de la interpretación. En otras palabras, el hecho de que la carta se estudie *en un momento determinado* arroja una luz sobre el *propósito* de estudio y sobre la clase de ayuda que el cliente necesita (y ésta puede no ser la que él o ella «piensa» que necesita).

E. Una vez definidos todos estos factores, hay que buscar el acercamiento al ser total de aquello que la carta represente, ya sea una persona o una situación. Hay que aproximarse a la carta como un artista se aproxima a una pintura, con una apertura consciente y positiva, con la clara determinación de *evocar* su significado -y de ayudar al cliente a alcanzar el más alto estado de integración consciente. Hay que aproximarse a la carta con la plena aceptación de la responsabilidad personal y con una actitud de «plegaria», pidiendo una dirección interna y una sabia comprensión.

Con estas cinco fases de la interpretación -a las que se pueden añadir otras cuando surjan problemas especiales y se deba estudiar con todo detalle la vida del cliente- hemos cubierto los factores astrológicos que se estudiarán en capítulos posteriores. No obstante, he mencionado estas fases para establecer un marco preliminar dentro del cual pueda operar con un máximo de estabilidad y plenitud el proceso de interpretación astrológica.

Debemos hacer hincapié en la necesidad de claridad y talento tanto al hacer la carta como ante los problemas de la interpretación. Cada astrólogo debe hacer uso de cualquier medio que le facilite la lectura de los diferentes elementos de la carta. Los símbolos, la numeración de los grados y la disposición general de la rueda puede ser llevada a cabo según el criterio personal de cada astrólogo. La carta natal debe ser en sí misma un símbolo, un símbolo vivo que evoque la realidad de la persona. La práctica de la astrología es un arte y también es, en esencia, una terapia. Cada astrólogo, que sea juicioso, sabe que, le guste o no, es también un astroterapeuta.

PASO N.° 4

Tener una clara comprensión del significado de los signos y las casas zodiacales

Generalmente, el libro de texto astrológico hace de los diversos cuerpos celestes, cuyo movimiento periódico constituye el material básico de la interpretación astrológica, unas entidades muy definidas. Ciertamente nuestra comprensión de los planetas no difiere demasiado de la actitud de los antiguos astrólogos y de los «adoradores de las estrellas». A algunos de estos planetas les damos género masculino o femenino. Hablamos con facilidad de que «mi Saturno me hace cosas terribles» y de la «hermosa Venus». En otras palabras, asociamos a los cuerpos celestes con los cuerpos o «vehículos» de dioses cuyas voluntades «influyen» en los asuntos humanos -como la voluntad de un dictador o la autoridad religiosa de un pontífice influye en las acciones de sus seguidores.

Así, todavía consideramos a los signos y las casas zodiacales de la carta natal como entidades separadas, con privilegios y carácter propios, más que como secciones de ciclos (o círculos) completos que sólo tienen sentido *como partes de un todo.* Esto atañe especialmente a los signos del zodíaco, porque la mayoría de los devotos (y de los críticos) de la astrología no han compren-

dido aún que los signos del zodíaco no tienen nada que ver con las estrellas y constelaciones de ahora, sino que simplemente son doce fases de la relación cíclica entre la Tierra y el Sol.

No obstante, no es suficiente hacer una distinción esencial entre las *constelaciones*, que son grupos de estrellas, y *los signos del zodiaco*, que son doce divisiones de la eclíptica (el recorrido aparente del Sol, o círculo de longitud). La clase de comprensión y de «sabiduría astrológica» de que habip requiere que entendamos un principio básico: el principio de *la prioridad del todo sobre las partes de este todo*.

Esto significa que el camino anual del sol viene antes y los doce signos del zodíaco vienen después; que estos signos sólo tienen sentido en términos de su emplazamiento dentro de la eclíptica como un todo. Significa que cada casa de la carta es significativa por ser una expresión particular del espacio total que rodea a un hombre que vive en la superficie de nuestro globo -espacio dividido inevitablemente en dos mitades (tierra y cielo) por el horizonte. Una casa es una sección del espacio-tierra o del espacio-cielo, y su importancia puede determinarse por el hecho de que precede y sigue a otras casas; es decir, tiene importancia como un factor dentro de una serie cíclica de factores.

El significado de los planetas, según mi visión astrológica, tiene una base similar. Cada planeta adquiere su significado por el hecho de ocupar un lugar preciso en la secuencia de planetas que se desarrolla a ambos lados de la órbita terrestre. Marte tiene un significado definido en astrología porque es el primer planeta *externo* en relación a la órbita terrestre; Venus, porque es el primer planeta *interno* en relación a la órbita terrestre. Este es el significado fundamental de Marte y Venus, ocurriendo lo mismo con los demás planetas. *Lo principal* es el sistema solar en conjunto. Este conjunto tiene una estructura típica definida por la relación de sus partes con el propio conjunto y por la relación de las partes entre sí. Y al ser nosotros, seres terrestres, los que estudiamos y damos sentido a este conjunto del sistema solar, tenemos, obviamente, que relacionar los significados que atri

buyamos a cualquier parte del conjunto *con nosotros mismos*. * Es por esta razón que damos un significado a las series planetarias en relación a la tierra como punto de partida -de la misma forma que decimos que Aries tiene un carácter particular en el ciclo zodiacal por ser el primer signo tras el equinoccio de primavera; Tauro, por ser el segundo signo, etc.

Pero la calificación de «primero», «segundo», «tercero», etc., es puramente abstracta; y presentaríamos a la astrología, como una «técnica de comprensión humana», bajo un enfoque erróneo si pensáramos en ella simplemente como en un tipo de numerología. La astrología, repito, está basada en la experiencia común de los seres humanos y en la respuesta del hombre al factor fundamental de la existencia humana: el contraste entre la tierra y el cielo, entre el caos de la experiencia terrestre y el majestuoso orden del ámbito celestial.

La astrología primitiva enfatizó esta respuesta básica y construyó a partir de ella la única vía posible para la mentalidad primitiva; esto es, haciendo de cada elemento celeste una entidad -un dios, un lugar, una *«casa»*, algo sólido y personal. Pero con la llegada de una nueva era de desarrollo mental, alrededor del siglo VI a.C. (la época de Pitágoras) el hombre comenzó a pensar -titubeante- en términos de ciclos en lugar de «dioses» y «poderes»; y nació una nueva astrología, pero que nunca alcanzó la madurez.

Es esta «nueva» astrología la que deberíamos expresar ahora con una completa madurez, libre de todo compromiso con las tradiciones arcaicas. Y la única forma que conozco para llevar a cabo esta expresión con completa madurez es aceptar que *el todo es* de mayor importancia que las partes, en su potencial y su

* Incluso en la llamada «astrología heliocéntrica» relacionamos las posiciones de los planetas y todos los demás elementos con nosotros mismos, seres terrestres; pero en lugar de considerar a la tierra como un objeto central, o tratar sobre la posición de uno mismo sobre la tierra, tratamos (como ya he explicado anteriormente) sobre *la órbita de la tierra como un conjunto*. El Sol se toma como «centro» de dicha órbita y sirve de centro para los cálculos necesarios, pero el auténtico marco de referencia es la órbita en su conjunto.

significado. El árbol y todas sus partes tienen su origen en la semilla; los complejos órganos del cuerpo humano *son divisiones especializadas* de un óvulo fecundado. De igual forma, los signos del zodíaco son «divisiones especializadas» del espacio que rodea al hombre sobre la tierra; y los planetas son «órganos» especializados del conjunto del sistema solar.

Nosotros no reunimos el hígado, el estómago, el corazón y el cerebro para componer un hombre. De la misma forma no deberíamos reunir entidades planetarias separadas para componer el sistema solar -o los diversos Actores que encontramos en una carta natal para elaborar un juicio completo. Deberíamos buscar la comprensión del conjunto a nivel de su funcionamiento completo y la función de las partes se revelará mediante un proceso natural de desarrollo progresivo y acentuación rítmica. Así tendremos un conocimiento práctico y *funcional*, no un mero conocimiento intelectual y abstracto; y la sabiduría es para el conocimiento funcional lo que las flores son para las hojas. Dentro de la flor nace la nueva semilla; de igual forma, de la sabiduría proviene el sentido. Una vez establecido el sentido, se convierte en poder creativo, la Palabra o *Logos*. El auténtico astrólogo es aquél que puede «evocar» en su mente el sentido de una carta; y al establecer este sentido mediante las palabras adecuadas libera poder creativo, el poder de dar a su cliente un mayor sentido de la vida, la personalidad, la integración y la felicidad. Una meta que raramente se alcanza, pero que es la meta suprema de toda interpretación astrológica válida.

El zodíaco y el círculo de las casas

El zodíaco y el círculo de las doce casas son dos marcos de referencia básicos que tienen muchas cosas en común no obstante, deben quedar claramente diferenciados en la mente del estudiante de astrología si pretende que no le falte agudeza y

validez a su interpretación. Los signos y las casas zodiacales se consideran generalmente como factores de espacio, esto es, se dice que constituyen compartimentos dentro de los que se enmarcan los cuerpos celestes; que adquieren coloraciones especiales y rasgos característicos, siendo reforzados o debilitados en su acción. Tenemos además doce signos y doce casas y en ambas series se dan secuencias de significados paralelos. Así Aries, al ser el primer signo, tiene características similares a las de la casa primera de la carta astrológica; Cáncer, el cuarto signo, con la casa cuarta, etc.

En la enseñanza de la astrología esto es tan evidente que los signos del zodíaco se han llegado a designar como «las casas del Sol» y también como las «mansiones» diurnas o nocturnas de los planetas. Los astrólogos que tienen una profunda visión religiosa comparan los signos zodiacales con las «moradas» de la casa del Padre, de las que Jesús habla en los Evangelios. El zodíaco en conjunto se ha interpretado como una especie de «aura» o esfera electromagnética que rodea la tierra, representando cada signo una sección de este aura. También la tradición ha establecido una correspondencia entre cada signo y una parte específica del cuerpo humano, diciéndose que el zodíaco completo representa el cuerpo del macrocosmos, el Hombre Celeste.

Esta interpretación del zodíaco como espacio está justificada y yo he desarrollado anteriormente algunos de sus rasgos en mi libro «El latido de la vida». Pero, si admitimos este punto de vista, debe quedar claro que el espacio relacionado con el zodíaco difiere del espacio del que tratan las casas. El zodíaco es una «matriz universal» y por lo tanto un *lugar;* pero una matriz no es un espacio cualquiera. Es un «campo» electromagnético sobre el que se concentran Poderes vitales. Es una substancia viva que sufre un proceso de transformación para llegar a ser un organismo. No es una «casa» o una colección de espacios definidos, sino el *crisol de la vida.*

El zodíaco es el reino de la vida en formación donde el Sol astrológico es la fuente de todos los procesos vitales. Es el reino del nacer, del crecer, del madurar, del envejecer y del morir; donde la sustancia se hace y se deshace; donde fuerzas complementarias y opuestas (luz y sombra, integración y desintegración) operan de forma dinámica, intensa e incesante. Podemos pensar

que un signo del zodíaco es una región donde se concentra un aspecto de la fuerza solar, pero cometemos una gran equivocación si creemos que es una zona estática. La esencia del zodíaco es actividad y dinamismo concentrado en la formación de la sustancia, de las energías electromagnéticas, de los procesos vitales. El Sol es el poder inagotable que hace posible dicha actividad; los planetas canalizan ese poder obedeciendo a unas estructuras definidas. Y el zodíaco es el campo en que esta actividad se manifiesta como energía y sustancia. Es el «mundo astral» de los libros teosóficos (por ejemplo, de «La luz en el sendero») -el mundo de las fuerzas, el aspecto activo y generativo de la naturaleza. En la tradición antigua había una correlación entre cada signo del zodíaco y una Jerarquía celestial, una Hueste de Arquitectos cósmicos.

Así, puede ser desorientador el decir que el signo de Tauro corresponde al cuello en el cuerpo humano. El signo «rige» las funciones vitales que se manifiestan a través de los elementos diversos, contenidos en el área del cuello. Tauro da energía y fuerza al cuello y sus órganos (por ejemplo, la glándula tiroides y las cuerdas vocales). Pero Tauro *no es* el cuello. Tauro representa una fase de actividad solar. Es una forma de poder, un aspecto de la vida. La actividad o liberación de energía creativa es el factor esencial; el lugar en que esta liberación de energía está localizada es de importancia secundaria.

Esto explica por qué un signo del zodíaco no puede asociarse permanentemente con un grupo de estrellas (constelación), e indica la forma en que tiene lugar la precesión de los equinoccios y la sucesión de las doce grandes Eras (era de Aries, de Piscis, de Acuario, etc.). Todo en el Universo actúa bajo el principio de la «permutación de funciones». A su debido tiempo, cada lugar puede y debe convertirse en el campo de operación de todo tipo de funciones vitales o actividades cósmicas. La función de Aries queda enfocada, simbólica o cósmicamente, en una cierta época, sobre el grupo de estrellas denominado el Carnero, en otra época sobre la constelación de los Peces, más tarde sobre la del Aguador. *La función* -el signo zodiacal es lo básico-, el *propósito* y las *agencias* a través de las que trabaja son, en un sentido, secundarios y están simbolizados por los grupos de estrellas o constelaciones.

Usaremos otro ejemplo: John F. Kennedy muere, Lyndon B. Johnson llega a la Casa Blanca -pero la función Ejecutiva de la Presidencia es el factor clave. En una época, esta función pudo ser desempeñada por un hombre como Kennedy (una determinada constelación), en otra, por un hombre como Johnson (otra constelación). Y como resultado tenemos la precesión de las Edades, durando cada una de ellas unos 2.100 años aproximadamente. Los signos del zodíaco son «cargos» del gobierno, el poder gobernante es el Sol. La Presidencia es un «cargo», que no se puede identificar totalmente con una estructura o lugar, la Casa Blanca. Es una función, no un lugar en el espacio.

Por otra parte, al considerar las casas de la carta astrológica nos encontramos con secciones de espacio más concretas. El círculo del horizonte (la línea que une al Ascendente y al Descendente en la carta astrológica bidimensional) divide el espacio que rodea al nativo (la persona cuya carta es objeto de estudio) en dos mitades o hemisferios. Una mitad es el cielo, la otra es la tierra. La división es concreta e ineludible -como la distinción entre el día y la noche. La diferencia entre los signos del zodíaco es una cuestión de *más y menos*, de predominio relativo de dos polos de energía que están siempre presentes en todas partes y en todo momento. Pero el cielo y la tierra son opuestos; son dos lugares diferentes que sólo pueden unirse en una estrecha línea, la superficie de la tierra, el lugar donde nace la conciencia; así, la línea del Ascendente-Descendente representa la conciencia, con sus polos subjetivo y objetivo.

Es esencial captar la diferencia entre estos dos conjuntos, el zodíaco y el círculo de las casas, que suelen ser confundidos a menudo. En muchos artículos publicados en revistas he disertado sobre el significado de las casas y vuelvo a repetir aquí que las casas representan los doce tipos de experiencia con las que un ser humano se encuentra *en su movimiento por el espacio*, encuentro que le transforma en un «individuo».

El hombre tiene el privilegio fundamental de poder moverse en el espacio. La habilidad de desplazarse no existe en el reino vegetal. Se desarrolla a través del reino animal. Se perfecciona en el género humano; primero a través de los músculos, más tarde a través de las máquinas y finalmente mediante el desarrollo más especializado de los poderes mentales y espirituales. Al

desplazarse, el hombre se individualiza verdaderamente. Abandona la casa de sus antecesores, su lugar de nacimiento, su país; y a cada paso es más un «ser individual». La base del propio desarrollo está en el poder de reorientarse uno mismo en el espacio, lo que significa literalmente «encontrar un nuevo oriente». La reorientación, en su sentido más profundo, significa percibir al Ser (el Ascendente, el horizonte oriental) desde un nuevo punto de vista en el espacio. El hombre pasa de una casa a otra y, al hacerlo, se ve a sí mismo, y al mundo exterior (Descendente), de distinta forma.

¿Cómo se realiza este desplazamiento de una casa a otra? Simplemente trasladando el foco de la propia atención de un departamento de experiencia humana a otro. Cada casa representa un departamento básico de experiencia y, por ello, el *potencial* de una conciencia diferente. De hecho, el círculo de las casas trata de la conciencia y sus cambios fundamentales; es, esencialmente, una expresión del *cambiante horizonte*. El horizonte se traslada alrededor del cielo una vez al día. De igual forma, un individuo sólo puede encontrarse a sí mismo y a la humanidad plenamente si viaja alrededor de sí mismo y de su mundo. Y cada período de 24 horas proporciona al hombre la oportunidad de realizar ese viaje global. La sucesión de días y noches y las actividades diarias despliegan ante el hombre todas las facetas de su ser y todos los niveles de su conciencia, desde el sueño más profundo a la más activa vigilia.

El Sol se desplaza cada día por cada una de las doce casas, brindando al individuo la posibilidad de actuar en todas y cada una de ellas. El astrólogo marca en las cúspides de las doce casas de su carta un determinado signo y grado del zodíaco. Estas indicaciones zodiacales se refieren, en esencia, a la posición del Sol por encima o por debajo del horizonte. El signo y grado del zodíaco añaden tan sólo más detalles a esta indicación básica -y también revelan la latitud en que se desenvuelve la persona, lo cual afecta su habilidad para recibir la energía del Sol.

El zodíaco no es más que una expresión múltiple de la actividad solar -una forma de medir el carácter de dicha activi-

dad en cualquier momento dado-. Pero la posición del Sol en una casa indica el *lugar* sobre el que este poder solar incide -y la posición de los planetas en las casas nos permite localizar el principal foco de acción planetaria.

Si se comprende, bien esta distinción fundamental entre el zodíaco y el círculo de las casas, ya no hay obstáculos para percibir el significado exacto y detallado de cada signo y cada casa. Las diversas partes muestran las características del conjunto, pero nadie puede entender la importancia de cada parte sin abarcar primero el completo sentido del conjunto. Cada casa de una carta nos remite a un tipo de conciencia que se alcanza mediante la propia orientación del individuo en el espacio, mientras realiza las actividades diarias de la vida personal y social. Y cada signo zodiacal es una expresión de la *fuerza* de vivir y experimentar que tiene su fuente en el Sol.

PASO N.° 5

Las Luminarias

Hablar del zodíaco, como «el reino de la vida en formación donde el Sol es la fuente de todos los procesos vitales», no revela suficientemente el carácter de la actividad solar. El Sol no libera «vida», sino «luz» -mejor aún, es la capacidad de producir efectos definidos en cualquier sustancia tocada por los rayos del Sol-. Estos efectos se pueden clasificar dentro de varias categorías. Al experimentarlos sobre la superficie de la tierra nos encontramos con tres tipos fundamentales.

En primer lugar, podemos hablar de *la luz del Sol* y de su poder para iluminarnos y para revelar la presencia, forma y color de las sustancias, cuerpos y objetos físicos. Este es el efecto más directo (o más directamente aprehendido) de la actividad solar sobre los seres humanos y sobre otros organismos. Tenemos también *el calor solar* que, al calentar a todas las criaturas vivientes, hace posible su existencia. Sin embargo, el calor no es un producto directo de la actividad solar. En el espacio interestelar no hay apenas calor y la generación de calor depende en gran medida de las condiciones de las tenues sustancias que rodean la superficie de la tierra.

La región que rodea a nuestro planeta -la masa de aire, de nubes y de estratos ionizados sobre la estratosfera- fue denominada por los antiguos astrólogos-astrónomos, la «región sublunar». En esta región la Luna ejercía supremo dominio y, mediante el control del calor (incluso de la intensidad de la luz) a través de la humedad y las nubes, marcaba la aparición de la vida, su flujo y reflujo. Este dominio resultaba particularmente evidente en el amanecer de la vida sobre la tierra, cuando la superficie terrestre estaba envuelta en una espesa masa de niebla y nubes. La luz tenía que filtrarse por esta envoltura lunar y sólo podía experimentarse de manera indirecta, a través de la región lunar y sus fuerzas.

Cuando finalmente se disipó la envoltura de niebla -durante el período de la «Atlántida»- y el disco solar podía verse directamente como fuente de luz, apareciendo también la Luna en el claro cielo nocturno, mostrando al hombre primitivo el asombroso espectáculo de sus fases periódicas, el dualismo de la luz solar frente ala luz de la Luna, se convirtió en el fundamento de la naciente astrología al igual que de todas las mitologías y cosmologías. Se reconocieron dos tipos básicos de actividad cósmica: la actividad solar como marca del «espíritu» creativo y la actividad lunar unida a la aparición y disolución de la «vida» en los seres terrestres.

El espíritu solar es el polo opuesto al de la energía-sustancia y los signos del zodíaco presentan los doce tipos básicos en los que la actividad solar polariza esta energía-sustancia universal. En astrología, la Luna no trata directamente con la sustancia misma -con electrones, átomos y moléculas- sino con la generación de organismos vivos, de especies, géneros y razas. La «vida» es el poder que forma estructuras orgánicas características y les capacita para adaptarse a sus respectivos medios ambientales. Hoy día algunos filósofos definen este poder como «evolución creativa». Los hombres en la antigüedad lo designaban como el gran dios lunar, *el Demiurgo* (Jehová para los gnósticos), el arquitecto del universo material de los seres vivos.

Para el astrólogo resulta esencial tener una clara comprensión de los valores fundamentales que se desprenden de estas dos clases de actividad, la solar y la lunar. Esta comprensión debe incluir el estudio de los procesos históricos que condujeron

a la humanidad a establecer, como resultado de su experiencia colectiva, las bases de este simbolismo celeste. Y también, el estudio psicológico del poder ejercido por estas dos grandes «Figuras» -el Sol y la Luna como fuentes de «luz» y «vida»- sobre el inconsciente colectivo de los hombres. La astrología tan sólo puede desarrollar su trabajo de integración personal sobre esta base, capacitando al individuo maduro para asimilar y hacer suyas las energías cósmicas latentes en la naturaleza *humana.*

El Sol como «potencial» de vida y conciencia personal

Los rayos del Sol pueden causar la muerte tanto como la vida. Constituyen una posibilidad de vida, pero, a menos que estén íntimamente asociados a otros factores, la vida no puede manifestarse. La luz del Sol conlleva el potencial de la visión y la conciencia, pero, a menos que existan unas estructuras orgánicas especiales para recibir los rayos de luz, no puede haber vista. La actividad solar se extiende por el espacio de forma universal e indiferente. Conmueve todo lo que toca, siempre que haya algún agente capaz de absorberla, asimilarla y hacer uso de ella. Se puede comparar al Sol con el combustible que hace funcionar un motor; si una persona nace con el Sol en Tauro, esto quiere decir que el «motor» de la personalidad de este hombre (su cuerpo y su mente) funciona con una energía o combustible bio-psicológico de tipo Tauro.

Generalmente, un combustible de buena calidad no mejorará el funcionamiento de un motor defectuoso, estropeado por el uso o de mala fabricación; por el contrario, acelerará el mal funcionamiento o hará explotar el motor. La gasolina con un cien por cien de octanage sólo representa una gran velocidad en potencia, que nunca llegará a ser un hecho real a menos que se construya un motor de gran resistencia.

De igual forma, el emplazamiento del Sol en una carta astrológica no garantiza el tipo de vida que se va a llevar, tan sólo define unas ciertas características, en potencia. Y a nivel psíquico-mental o «espiritual», el Sol representa tan sólo la capacidad de desarrollar un tipo particular de conciencia propia en referencia a un propósito específico. La potencia de este propósito, al encaminar a la personalidad a su realización, es lo que llamamos «voluntad». El Sol representa el ser, el propósito y voluntad de una persona, pero sólo en su estado latente, como «potencial» espiritual y energía-substancia virgen.

Este potencial se hará una realidad cuando la energía-substancia se transforme en una actividad de tipo oscilatorio, con fases de crecimiento y decrecimiento, o aún en alguna otra clase de actividad más compleja de funcionamiento en grupo. La primera alternativa nos remite a la Luna; la segunda, a los ciclos combinados de todos los planetas del sistema solar.

La Luna como «arquitecto» de las estructuras de vida y conciencia

Lo que se ha dado en llamar vida es la capacidad de un organismo para mantener y reproducir sus características estructurales y sus ritmos funcionales. Esta capacidad opera a nivel de «género», más que individualmente, y es, principalmente, un factor inconsciente. En todas las etapas avanzadas de la evolución, se lleva a cabo mediante el dualismo del «sexo», usando este término en su significado más amplio. Este dualismo en la polaridad está claramente expresado en astrología por el simbolismo de las dos Luminarias -el Sol y la Luna-. El primero es el principio que fecunda y da vida; el segundo representa el polo receptivo y generativo, que se caracteriza por ser variable y oscilatorio.

La principal función de la Luna es trabajar *el calor solar*, combinándolo con *la humedad*. La vida orgánica depende de la interacción de estos dos elementos o polaridades. La «humedad» de la llamada «región sublunar» que rodea a la tierra recoge la energía solar en forma de calor y, a través del ciclo lunar, esta energía solar se distribuye a la substancia terrestre que completa el proceso con la generación de células y organismos.

Esta puede parecer una forma muy poco científica de exponer el tema de la vida sobre la tierra, pero es así como lo refleja, y de manera importante, el simbolismo astrológico tradicional. Este se aplica tanto al nivel psicológico-mental del hombre como al dominio de lo puramente biológico y físico. En el nivel psicológico-mental, la Luna representa la «humedad» propia de la naturaleza humana interna, es decir, la capacidad de *sentir*. Y es a través de la estructura de los sentimientos que la conciencia del ser individual emerge..., para bien o mal.

Esta última afirmación puede resultar sorprendente para aquellos que han sido educados en la creencia de que la conciencia y el ser individual son de naturaleza mental. No obstante, tal creencia no tiene fundamento en el plano de la dualidad que, hablando estrictamente, es el ámbito de la vida. En ese ámbito, todo depende de la dualidad de la actividad solar y lunar. En él, la «mente» funciona como el poder de adaptación frente a la experiencia y es una extensión y un desarrollo abstracto de la capacidad de sentir, *que es la capacidad de generar estructuras de conciencia*. El ego es la más básica de estas estructuras y así tenemos la conexión astrológica entre la Luna y el ego, entre la naturaleza «lunar» y la conducta «personal» del hombre. Bajo este punto de vista, los complejos psicológicos también son estructuras de conciencia de tipo lunar; están estrechamente relacionados con las frustraciones y represiones del ritmo orgánico de los instintos y, de forma particular, con aquellas frustraciones que inciden sobre los instintos relacionados, directa o indirectamente, con las funciones sexuales.

Los sentimientos son expresiones psicológicas de instintos biológicos, que no son más que las fases de ondulación y calma en el flujo de las fuerzas lunares que actúan sobre la «humedad» del cuerpo y de la psique del hombre. Este flujo se representa en astrología mediante el ciclo de las lunaciones y las fases de la

Luna. Estas fases deben entenderse no como cambios en la propia Luna, *sino en la relación de la Luna con el Sol*.

Las lunaciones indican los flujos y reflujos del calor solar dentro de la «humedad» lunar, la expansión y contracción de las fuerzas generativas. Estas fuerzas generan (o construyen) estructuras psicológicas, así como las biológicas ya mencionadas. Crean el ego personal (una estructura de conciencia de los sentimientos individualizados) y el delicado equilibrio de las glándulas endocrinas del cuerpo -un equilibrio basado en patrones definidos (aunque cambiantes) del «cuerpo lunar» del individuo (el cuerpo astral que menciona el ocultismo moderno).

Los sentimientos son las reacciones de un organismo como conjunto ante la experiencia humana interna o externa. Este organismo funciona en primer lugar y fundamentalmente a través de todos los *fluidos* del cuerpo -la sangre, la linfa y las secreciones glandulares-. Se ha dicho que el cuerpo humano está, en su mayor parte, compuesto por agua salada. Todas las criaturas vivas nacieron del mar y éste es la vasta reserva de sustancias primordiales e indiferenciadas de la que han surgido todas las estructuras orgánicas y todos los organismos que han superado la etapa primaria del proceso de su propia evolución como tales organismos. Es, por ello, el símbolo del Inconsciente colectivo, la fuente en la que se originan todos los factores y reacciones comunes del hombre y a la que éstos vuelven transformados en recuerdos y patrones instintivos. De igual forma la naturaleza interna del hombre está constituida en su mayor parte por sentimientos; éstos representan el elemento «líquido» (humedad o agua) de un mar, lago, río o pozo a nivel de la conciencia individual y el ego. La aparición de culturas y civilizaciones y las diversas modalidades de intercambio humano, comercio y viajes, dependen de la existencia y la utilización del agua; de forma similar las reacciones psicológicas, las imágenes mentales y las estructuras de pensamiento de un individuo provienen de los sentimientos. Se transmiten a través de *sentimientos formulados conscientemente* mediante símbolos o palabras capaces de despertar las respuestas y emociones orgánicas de otros hombres.

El Sol proporciona el impulso vibratorio original, el «tono» o ritmo de fecundación. La energía solar actúa como respuesta a la

necesidad de la tierra y de toda la sustancia material que, como restos de una integración anterior, anhelan poder experimentar una vez más la plenitud orgánica y el espíritu. Pero esta materia no puede recibir *directamente* la energía del Sol, la visión o idea creativa que emana de la fuente espiritual. Es, por tanto, tarea de la Luna recibir esta energía fecundadora del Sol durante la fase del novilunio y formar los órganos o instrumentos capaces de recibir y retener el impulso, idea o propósito solar, a través de la fase creciente de la lunación. La recepción de dicho impulso solar tiene lugar, en forma simbólica, durante el plenilunio, cuando el disco lunar refleja plenamente al Sol. Las criaturas terrestres absorben, simbólicamente, esta luz, y la plena realización de la idea y el propósito solar tiene lugar, en los hombres y en las mentes, cuando la Luna entra en su fase decreciente. Los individuos asimilan esta energía solar en forma de conceptos y pensamientos, extrayendo de ellos un significado que, al ser formulado a través de palabras y símbolos, sirve para edificar la estructura consciente de la civilización humana -y para crear, en la vida del individuo maduro y espiritualmente desarrollado, la trama de su «cuerpo espiritual» inmortal que vence a la desintegración física y a la muerte.

El horizonte y las «luminarias»

La necesidad de la tierra y de todos sus habitantes es el factor fundamental que da sentido y propósito a la acción recíproca y cíclica de las fuerzas solares y lunares. La Luna provee a las criaturas terrestres de las estructuras orgánicas (biológicas y psicológicas) que les son necesarias para asimilar la luz del Sol. Y el Sol mismo, en relación con el zodíaco, sólo tiene sentido en términos de la energía que emite para bien de la tierra.

La tierra es la base de la actividad recíproca del Sol y la Luna; y en las cartas natales de los individuos, esta base se representa por la línea del horizonte, que une al Ascendente (Este) con el Descendente (Oeste). Es por esto que las posiciones del Sol y la Luna en relación al horizonte son de primordial importancia, especialmente en todos aquellos asuntos que traten sobre la vida y sobre la capacidad fundamental del hombre para sentirse a sí mismo como entidad orgánica. A su vez, esta capacidad se manifiesta como la habilidad demostrada por un individuo para irradiar lo que llamamos «personalidad» y para ser feliz.

Pueden darse cuatro combinaciones esenciales entre el Sol, la Luna y el horizonte.

1. *El Sol sobre el horizonte y la Luna bajo éste:* el horizonte es el «eje de conciencia que separa el ámbito subjetivo del ser individual (la tierra), del mundo objetivo de existencia social y colectiva (el cielo). Por lo tanto, en esta primera combinación, la vida del ser humano se desarrolla a través de unas estructuras internas e individualizadas (la Luna) que revelan un propósito colectivo, racial o social (el Sol). Durante toda su vida y especialmente en tiempos de crisis, la persona tiende a dar un sentido individual al propósito racial y social`o a los ideales colectivos. Ejemplos: Napoleón I, Nietzsche, Walt Whitman, Einstein, Henry Ford.

3. *El Sol bajo el horizonte y la Luna sobre éste:* en esta combinación, la vida del ser humano está dedicada a dar al propósito y a la voluntad individual una expresión de tipo colectivo y social. En éste, como en el caso anterior, aparece un definido dualismo de la conciencia. Puede dar como resultado una vida equilibrada en que ambas partes, la interna y la externa, cooperan entre sí; pero también puede indicar un conflicto psicológico entre las fuerzas «solares» y «lunares», entre el propósito espiritual y el deseo personal. Ejemplos: F. D. Roosevelt, Conde Hermann Keyserling, Wendell Wilkie, George Bernard Shaw, Luther Burbank.

4. *El Sol y la Luna sobre el horizonte:* la vida se enfoca principalmente en el mundo externo. Tanto el propósito esen-

cial como los rasgos biopsicológicos característicos del individuo están determinados por ideales raciales, culturales y sociales o por valores espirituales colectivos. Ejemplos: Washington, Gandhi, Mussolini, Carlos Marx, Zar Nicolás II, Ricardo Wagner.

4. *El Sol y la Luna bajo el horizonte:* en este caso la vida del individuo se desarrolla desde su interior, de una forma subjetiva, y hacia la realización de la voluntad y el propósito del ser, por medio de estructuras de conducta, pensamiento y sentimientos altamente individualistas. Esto puede conducir a la introversión o a la originalidad creativa. Ejemplos: Cromwell, Robespierre, Chopin, Liszt, Papa Pío XII, Lenin, Stalin.

Otra forma de interpretación de las posiciones del Sol y la Luna, en relación al horizonte, es el estudio de la «Parte de la Fortuna» como índice de la capacidad individual para mantener unas relaciones satisfactorias y, como resultado para lograr el éxito social. La posición de la Parte de la Fortuna en las casas de la carta depende de la fase de la Luna, esto es, de la relación angular entre el Sol y la Luna. Está bajo el horizonte durante la fase creciente de la lunación y sobre el horizonte cuando la luz

* En mi obra titulada «El ciclo de las lunaciones» presento un estudio detallado de la relación cíclica del Sol y la Luna y de la Parte de la Fortuna.

PASO N.° **6**

El estudio del sistema planetario en su conjunto

Los Planetas y el Sol

En la moderna astrología es costumbre unir bajo el nombre de «planetas» a todos los cuerpos celestes en movimiento que pertenecen a nuestro sistema solar, incluyendo al Sol y a la Luna. Esta práctica se deriva del uso de las efemérides, donde las posiciones del Sol, la Luna y los planetas vienen dadas en listas paralelas, lo que sirve de justificación. No obstante, los astrólogos de la antigüedad establecieron una clara distinción entre las dos Luminarias (Sol y Luna) y los planetas propiamente dichos. Debo repetir aquí que las Luminarias tratan del ámbito concreto de la vida en sí misma -un ámbito de dualidad y de interacción entre dos tipos básicos de fuerzas (solar y lunar)-; un ámbito que revela los cimientos del proceso de la vida y el propósito de este proceso universal. El Sol representa el propósito espiritual que trae a la vida a cada organismo vivo y el impulso original del que procede toda la energía que animará a este organismo. La Luna simboliza a las fuerzas evolutivas que, sucesivamente, generan, iluminan y desintegran los rasgos genéricos y raciales del orga-

nismo, formando y destruyendo células y órganos, a través de los cuales el potencial solar puede actualizarse como actividad biológica y psicológica. Estas fuerzas solares y lunares están dirigidas a cubrir la *necesidad* de la sustancia terrestre para que, mediante su actividad, puedan volver a experimentar la vida y el estado de plenitud orgánica o integración espiritual.

Básicamente estamos tratando con tres factores inseparables: el Sol, la Luna y la tierra (convirtiéndose esta última en la línea del horizonte de la carta astrológica). Los tres constituyen la «realidad» al hablar de la vida pura y simple. No hay necesidad de añadirles nada más. El Sol es el «propósito», la Luna es la «vida». La relación periódica de la Luna con el Sol (las lunaciones) nos revelan el «propósito de la vida» (los valores solares que hay tras la actividad de la Luna) así como el carácter especial o individual del deseo de vivir (la expresión lunar del propósito solar). Este deseo de vivir (esencia de toda la actividad biopsicológica) es, por una parte, *la potencia del propósito* y, por otra, *los sentimientos y reacciones* hacia las fuerzas vitales de los que emerge la conciencia de ser. Ciertamente, este ámbito de la vida *per se* es, en cada uno de sus aspectos, el dominio de la dualidad. Es el mundo de la polaridad, del sexo, de la personalidad (el esplendor o pesadez de la vida bio-psicológica), de la felicidad -y del drama que pueden causar los conflictos.

Existe, sin embargo, otro ámbito de desarrollo humano que no está regido por la dualidad, sino por el principio de *la integración de las múltiples funciones.* Es aquí donde el sistema solar en su conjunto opera a través de su estructura interplanetaria, condicionando en cada momento la *calidad* de la emanación solar, de potencial de vida y de propósito. Estas emanaciones solares fecundan la esfera lunar y despiertan en ella las energías evolutivas que forman el cuerpo del individuo humano y que, más tarde, concretarán sus estructuras psicológicas. Estas fuerzas lunares, al desarrollar las células y órganos del futuro ser humano, siguen *inconscientemente* el patrón latente que reside en las emanaciones solares. Lo hacen en la misma forma en que una bellota se convierte en una encina, manifestando como raíces, tronco, hojas y flores, aquellas estructuras que, de alguna mane-ra, contenía la semilla.

Este potencial de vida -este patrón-semilla- es proyectado o emanado por el espíritu creativo (en astrología, el Sol); *pero está determinado o condicionado* por el estado del sistema solar en su conjunto, esto es, por las complejas relaciones de los planetas entre sí y con el Sol. Pensar que un planeta, individual y separadamente, ejerce su influencia sobre un organismo sobre la superficie de la tierra enviándole una especie de «rayo» misterioso, resulta, sin duda, ingenuo. Lo que «influencia» la formación, generación y desarrollo de las criaturas terrestres es *el estado total del sistema solar,* según éste se manifiesta durante cada una de las fases del proceso vital; especialmente en lo relativo a los seres humanos que, con la primera respiración, alcanzan la condición de existencia independiente. Este «estado total del sistema solar» actúa en forma directa *sólo a través del Sol,* fuente de todos los procesos vitales. Pero la emanación solar recibe una forma arquetípica o «calidad» del conjunto del sistema solar y, por lo tanto, de la agrupación de todos los planetas. Podríamos decir que los planetas constituyen la Legislatura, mientras que el Sol es el Poder Ejecutivo; en cuyo caso tendríamos que considerar a la Luna como las múltiples agencias gubernamentales y despachos administrativos que se ocupan de aplicar las leyes y las decisiones ejecutivas.

La emanación solar puede compararse a las notas musicales, cada una de las cuales representa a todo un complejo grupo de vibraciones secundarias. La *estructura interna* de estas notas, que les da su carácter, ritmo y calidad propios, se simboliza en astrología por la estructura planetaria de la carta natal. El Sol representa el propósito de una vida; pero cada propósito efectivo viene condicionado por un plan operativo. El propósito determina el plan y, a la vez, él mismo está determinado por la doble posibilidad de que el plan sea factible o no; de igual forma que las notas musicales están condicionadas por las limitaciones de los instrumentos. Los planetas, considerados en grupo, constituyen el plan de acción y también las agencias que supervisan el trabajo.

Cuando se le pregunta a un astrólogo cómo han llegado a recibir los planetas el significado y las características que se le atribuyen en astrología, la respuesta suele ser que estas características son el resultado de cientos y miles de años de observaciones, en los que se han comprobado Ciertas conexiones entre las posiciones planetarias y determinados sucesos y características personales, y que han quedado finalmente establecidas por su repetida evidencia. Sin embargo, a nivel histórico y filosófico, la astrología sólo presenta unas muy inciertas reivindicaciones para alcanzar la condición de «ciencia», tal como este término se entiende hoy día. De hecho, su posición dentro del amplio campo del conocimiento y la sabiduría humanos es más significativa que la de una ciencia utilizada por los antiguos gobernantes, inmadura y lejos de ser exacta. He definido a la astrología como una técnica para la comprensión humana y he afirmado que su método esencial es ir *del todo a las partes;* por ejemplo, del recorrido solar anual a los doce signos zodiacales, del espacio que rodea al recién nacido a las doce casas que son divisiones especializadas de este espacio. Al analizar el significado individual de los planetas, debemos seguir el mismo método y considerar en primer lugar al sistema solar en su conjunto, como organismo cósmico en el que cada planeta ocupa un lugar particular y desempeña una función determinada.

Los signos de Aries y Géminis poseen ciertas características esenciales por ser respectivamente el primer y el tercer signo que siguen al equinoccio de primavera (el comienzo del «zodíaco natural»); de igual forma, el significado básico de cada planeta se deriva del lugar que ocupa en la estructura completa del sistema solar *según éste es visto y comprendido por el hombre.* Este significado viene determinado por el orden en que se encuentran los planetas en las dos series que se extienden desde la tierra al Sol y desde la tierra hacia el espacio exterior de la galaxia. Así, el significado astrológico de Venus es una consecuencia del hecho de que Venus es el primer planeta en la serie que va desde

la tierra hacia el Sol; mientras que Marte, por ser el primer planeta dentro de la serie en dirección al espacio galáctico, recibe unos atributos opuestos y complementarios. En dirección al Sol, después de Venus, se encuentra Mercurio. Este factor sirve para establecer las características fundamentales de Mercurio; mientras que el cinturón de asteroides, que separa a Marte de Júpiter y Saturno, establece una distinción básica entre Marte y los dos gigantes del sistema solar.

El tamaño del planeta, las peculiaridades de su movimiento rotatorio, el número de sus satélites y los factores individuales de cada uno de ellos, también aportan a nuestra comprensión de la «función» del planeta, siempre desde nuestro propio punto de vista. De todos estos datos se deriva el significado y las características esenciales de cada planeta (incluso en el caso de los que han sido descubiertos recientemente), mediante un proceso de deducción que es una expresión del «conocimiento de las diversas funciones» que ya he mencionado antes, y que, en suma es la manifestación de la sabiduría astrológica.

Los planetas actúan como agentes que imprimen sus decisiones de grupo sobre los tipos básicos de energía que fluyen constantemente del Sol. Debo repetir aquí que los planetas no emiten energía ellos mismos, sino que actúan, en la simbología astrológica, acentuando o atenuando aquellas fuerzas vitales que les son afines. Por ejemplo, Marte no «genera» lo que los seres humanos experimentan como deseo, iniciativa o agresividad. Esta fuerza emana del Sol junto con otras clases de fuerza; pero al ser Marte el planeta más próximo a la tierra por la parte externa de su órbita, se le atribuyen las características de iniciativa y deseo impulsivo *en lo que respecta a las criaturas terrestres.*

Saturno representa, para todas las criaturas terrestres, el poder de contracción y limitación por ser el planeta que sigue a Júpiter en la sucesión planetaria. Júpiter, a su vez, recoge la impulsividad marciana y la hace madurar en el contexto de la relación social y la responsabilidad de los grupos. Pero Marte, Júpiter, Saturno o cualquier otro planeta, no generan vida. Simplemente actúan como «transformadores» de la compleja energía solar, separando cada uno de los hilos de energía y dándole a cada uno la especial intensidad y el carácter, que le corresponde de acuerdo con el plan general que revelan las agrupaciones

de planetas en el cielo, en el momento mismo del nacimiento,

Podríamos ilustrar mejor la acción de los planetas, comparándola con un prisma que separa los diferentes colores que contiene la luz solar y los extiende en el espacio de acuerdo con un patrón definido (el espectro de la luz solar). Las casi concéntricas órbitas de los planetas actuarían como una retícula de difracción (instrumento usado en física de similares características al prisma), dispersando o diferenciando la luz solar, descomponiéndola en las diversas energías de que está formada. Cada planeta correspondería a un color del espectro, según el lugar ocupado en la «retícula» del sistema solar. Pero no se debe usar esta analogía para conectar a cada planeta con un color determinado, ya que la secuencia planetaria no corresponde a la escala de colores.

Al resultar esta interpretación de la función planetaria bastante abstracta, el astrólogo se ha visto obligado a hablar en términos semimitológicos y a hacer de cada planeta una entidad con el poder de «influenciar» a los organismos terrestres y a las mentes humanas, como si fuera una especie de dios. Pero ha llegado el momento de que todas aquellas personas interesadas en la astrología exijan una interpretación que no considere a los planetas como Poderes separados que decretan la tragedia o la fortuna del hombre, sino como un grupo de factores o mediación colectiva que recoge la compleja y latente energía de la luz solar, la diversifica y la dispersa en forma de rayos coloreados, cada uno de los cuales realiza una función específica en los cuerpos y mentes de los seres humanos. Los planetas no son los «rayos», sino *los indicadores dentro del proceso* que diversifica la luz solar convirtiéndola en «rayos» o modalidades de fuerza orgánica en acción.

Clasificaciones planetarias

Este proceso de diferenciación y concentración sobre las diversas partes del organismo viviente (producido por la fuerza generativa de la Luna), puede dividirse en varias fases. El carácter de estas fases viene dado por las variadas formas en que los planetas pueden emparejarse o unirse en grupos. Y el significado astrológico de todos y cada uno de los planetas no llegará a ser una *realidad viva* en la consciencia del astrólogo hasta que éste no comprenda estos diversos tipos de relaciones interplanetarias.

En uno de estos tipos de relación, los planetas están emparejados en dos series que toman direcciones opuestas partiendo desde la tierra: Marte y Venus, Júpiter y Mercurio, y Saturno (que queda en suspenso, en espera de un posible planeta más allá de Mercurio, Vulcano). Este emparejamiento es más significativo en su sentido más profundo, el relativo al equilibrio universal entre las fuerzas *centrífugas* (Marte, como cabeza de la serie externa) y las *centrípetas* (Venus, como cabeza de la serie interna), que en su sentido popular, en que Marte y Venus representan respectivamente los polos masculino y femenino de la sexualidad. De hecho, esta polaridad Marte-Venus recibe su sentido fundamental de «la tendencia hacia lo externo» y «la tendencia hacia lo interno», encontrándose estas dos direcciones de crecimiento y desarrollo dondequiera que haya vida y consciencia.

El primer factor a tener en cuenta al estudiar los planetas es esta doble polarización del potencial solar, siendo Marte y Venus su primera y más personal expresión. Representan la dualidad más íntima del ser humano. Este no llega a la total comprensión de dicha dualidad como resultado de cambios sucesivos de una polaridad a otra. No se pueden separar entre sí, sino que hay que comprenderlas unidas una a la otra. En lo que respecta a la creación generativa lunar podemos distinguir una alternación de las polaridades: una clase de actividad sigue a otra, de forma periódica. Pero al tratar con los planetas nos encontramos con actividades *simultáneas*. El mundo lunar es un mundo de dura-

ción o permanencia de la dualidad, experimentable en fases sucesivas. El mundo planetario es el ámbito de la «integración de las múltiples funciones»; los planetas actúan siempre, aunque la *intensidad relativa* de la actividad planetaria se vea constantemente modificada, como muestran las «dignidades», es decir, sus posiciones en los signos y casas zodiacales.

Esta diferencia existente entre el dominio lunar y el planetario es de capital importancia. Cuando el factor básico es la *sucesión de cambios* en el proceso de la vida, la conciencia se ve aprisionada por el tiempo. Pero cuando se da una *simultaneidad de expresión*, cuando un factor decrece mientras otro se desarrolla y todos ellos se equilibran y se compenetran mutuamente en multitud de formas, es entonces cuando la consciencia puede perpetuarse y constituir su propio vehículo de expresión. En tal vehículo se mantiene, se apoya y se reproduce la conciencia individual de un hombre o de un grupo de ellos.

Cuando se trata de un grupo de hombres, dicho vehículo es una «cultura», la suma total de las creaciones inspiradas por la respuesta típica del grupo a las experiencias de la vida. En el caso de una persona, la consciencia del ser puede llegar a inmortalizarse en el «cuerpo espiritual», del que hablan místicos y ocultistas, y que puede considerarse como un entramado planetario de energías solares establecido al nivel de la mente creativa. En este nivel del más puro ser planetario, libre de los cambios del mundo lunar, el espíritu solar se expresa a través de una concertada organización de fuerzas creativas planetarias -a través de la «hermandad universal» de los planetas.

Para el astrólogo que desea interpretar la carta natal de un individuo es de gran importancia comprender todo esto. Mucha de la confusión que se suele encontrar en los análisis astrológicos se debe a la incapacidad del astrólogo para separar en su mente la esfera de acción de la vida (el ámbito de la actividad solar y lunar) de la individualidad o identidad esencial del hombre (el ámbito de los planetas). Obviamente, estas dos esferas ejercen una acción y reacción recíproca; están interrelacionadas en cada uno de sus puntos. Y a la vez, se relacionan con dos tipos diferentes de procesos que tienen lugar dentro del ser humano. Quizás sea ésta la más importante tarea para aquel que desee mostrar una madurez y una consciencia verdadera: integrar ambas esferas.

La distinción entre las series planetarias internas y externas, con la tierra como punto de partida, establece una polaridad ya reconocida en la astrología tradicional de Ptolomeo. Marte es activo y masculino; Venus, receptiva y femenina; Júpiter encuentra en Mercurio su polo negativo. Y este principio de polaridad se expresa en la «regencias» de los planetas sobre determinados signos zodiacales, como veremos en un capítulo posterior.

Otra clase de emparejamiento reune a planetas cuyas funciones se complementan recíprocamente pero de forma diferente a la anterior. Las parejas están formadas por dos planetas sucesivos en la serie que se origina en el Sol y se extiende hacia el exterior: así tenemos a Mercurio y Venus, la Tierra y Marte, Júpiter y Saturno, Urano y Neptuno, Plutón y «X» (%Proserpina?). Este emparejamiento encuentra su sentido en una astrología de tipo heliocéntrico, en que la inteligencia humana tiende hacia una comprensión del universo plenamente objetiva y «desapegada»; pero también se puede aplicar a una visión astrológica más tradicional y familiar, es decir, geocéntrica. La unión de dos en dos es significativa en términos del *trabajo* que los planetas realizan, simbólicamente hablando. Mercurio y Venus son tan inseparables en sus funciones como la electricidad y el magnetismo; a su vez, Júpiter y Saturno constituyen los dos polos de toda actividad social y se encuentra a Urano y Neptuno en todo proceso de metamorfosis (orgánica y psicológica). Marte y la Tierra están relacionados, por su parte, de forma similar a la relación entre masa y fuerza.

Otra clasificación los divide en dos grupos: en el primero se hallan todos los planetas hasta Saturno, éste incluido, y en el segundo se incluyen los que quedan más allá de éste, los transaturniales. La primera categoría incluye a todos los planetas que, al ser visibles a simple vista, son materia de experiencia común, genérica, biológica y sensorial. Puede denominárselos como «planetas de la vida orgánica» o «planetas de lo consciente». La segunda categoría recoge a los planetas que han sido descubiertos mediante telescopios, cálculos matemáticos o investigaciones fotográficas, es decir, mediante los diversos tipos de productos de la actividad intelectual abstracta y de la ingeniería. Estos planetas remotos (Urano, Neptuno, Plutón, etc.) son los «planetas de la actividad trascendental» y simbolizan las funciones

cuyo propósito evolutivo es hacer al hombre mayor de lo que es normalmente como entidad biológica terrestre. Dichas funciones actúan a través de canales en su mayoría inconscientes y de visitas espectaculares y transformadoras. Actúan tanto en forma constructiva como destructiva, rasgando y disolviendo lo conocido para conducir al hombre a lo desconocido.

Este tipo de clasificación es probablemente el más básico porque se funda en el hecho de que cada conjunto es parte de otro mayor. Por esta razón hay dos fuerzas operando dentro de cada conjunto y afectando a sus partes componentes: la fuerza de su centro de gravedad y la atracción hacia un «conjunto mayor», esto es, hacia lo Desconocido, lo Trascendente. Así, el Sol y la Galaxia son los dos polos de la actividad planetaria. Un grupo de planetas está polarizado por el Sol, aquellos a los que llamamos «planetas de la vida orgánica». El otro grupo, los «planetas de la actividad trascendental», más allá de la órbita de Saturno, sirven de unión entre el mundo solar y el reino cósmico de las «Estrellas Fijas». Estos planetas constituyen el «sendero» que va desde el orden de vida *natural* hasta el estado de emanación creativa que asociamos con las estrellas que irradian luz; y este sendero se convierte en muchos casos en un campo de batalla.

1. LOS PLANETAS DE LA VIDA ORGANICA

Estos planetas pueden dividirse en tres pares, cada uno de los cuales tiene sus propias características. Mercurio y Venus están dentro de la órbita terrestre y no tienen satélites. La Tierra y Marte tienen, respectivamente, uno y dos satélites. Júpiter y Saturno son de gran tamaño y van acompañados de un gran número de satélites. Considerados desde un punto de vista geocéntrico, Mercurio y Venus simbolizan el «ser interno» del hombre. Marte concreta todo aquello que ha alcanzado el estado material sobre la tierra, a través del poder creativo de la Luna. Júpiter y Saturno tratan del establecimiento de un «marco de referencia» más amplio, en donde las entidades terrestres puedan, por separado, encontrar su lugar y función y, así, dar un sentido consciente a su existencia.

Estos seis «planetas solares» constituyen un grupo orgánico, un conjunto estructural a través del que la onda de actividad solar opera incesantemente. El fallo de los astrólogos ha sido no comprender que esta marea solar *tiene un reflujo además de un flujo*. Dentro de este sistema de planetas se da una circulación de radiaciones solares que podría compararse a la circulación sanguínea. La sangre sale del corazón por las arterias y vuelve a él por las venas tras haber activado la función característica de cada órgano. En el sistema solar puede o no haber algo similar a las arterias y las venas, pero la circulación de las radiaciones solares está indudablemente relacionada con el ciclo de manchas sola-

res, que tiene una duración de 11 años. Puede decirse que cada planeta al que toca tiene una actividad y una función de tipo «arterial» y «venosa». Las características de dichas funciones se derivan, lógicamente, del *lugar* que cada planeta ocupa en la secuencia «arterial» (Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno) o en la secuencia «venosa» (Saturno, Júpiter, Marte, Tierra, Venus, Mercurio).

La circulación «arterial» de irradiaciones solares constituye el proceso de *involución;* la «venosa», el proceso de *evolución.* El proceso de *involución* puede ilustrarsé al analizar cómo la inspiración de un compositor (su necesidad emocional de crear música) toma forma y se convierte en un tema musical de matices definidos; más tarde, llega al complejo desarrollo armónico y polifónico; después, se convierte en una partitura orquestada y, finalmente, en una sinfonía, que se interpreta ante el público. La *evolución* trata del crecimiento y multiplicación de la entidad orgánica y del desarrollo de la conciencia, de los valores y de la creatividad del hombre.

A. *La irradiación solar externa*

En principio tenemos la actividad solar, que es un homogéneo «potencial» de ser. Corresponde al planeta el disgregar y extender este potencial solar, transformándolo en diferentes tipos básicos de fuerzas.

Mercurio produce la primera disgregación y el resultado es la *electricidad;* no el tipo de electricidad que se manifiesta en el rayo, sino ese otro tipo al que se considera como factor determinante de todos los procesos orgánicos y celulares, después de diversos estudios llevados a cabo por científicos tales como el Dr. Crile. El recorrido de Mercurio en el cielo, visto desde la tierra, muestra un movimiento cuyos puntos más importantes son sus conjunciones con el Sol. Este movimiento es similar al proceso de inducción de impulsos eléctricos en una corriente alterna.

La electricidad no se manifiesta aisladamente. La ciencia ha descubierto que cada organismo vivo es un «campo electromagnético», o como dirían los ocultistas, una «matriz astral», una «trama de fuerzas». Mercurio suministra la electricidad, Venus es el símbolo de todos los procesos magnéticos. Al hacer pasar una corriente eléctrica por un solenoide (el cobre es el metal de Venus) se produce magnetismo y se crea un campo electromagnético. Este campo es una zona de influencia donde las partículas de muchas sustancias están obligadas a asumir unos patrones definidos, a lo largo de las invisibles «líneas de fuerza» del campo.

Venus, al recibir la energía solar después que ésta ha sido transformada por Mercurio en corriente eléctrica, produce un campo magnético que libera las fuerzas creativas, latentes en las emanaciones solares. La forma arquetípica del organismo (en estado de semilla) se produce dentro del campo venusino (una especie de matriz dinámica que no debe confundirse con el seno lunar). Venus es, por lo tanto, el poder que controla directamente la formación de todas las semillas. Establece el patrón de la encina en cada bellota, el «patrón del Hombre» en cada óvulo humano fecundado y, en un nivel superior, la «Forma Divina» (el *Augoeides* de los místicos platónicos) dentro de cada alma humana «impregnada» por el espíritu.

Con Marte alcanzamos el ámbito de la actividad orgánica dirigida hacia el exterior. La irradiación solar actúa ahora desde un cuerpo orgánico (a nivel psicomental *y* partiendo de una conciencia individual) como desde una nueva base de operaciones; y la naturaleza sólida, densa y firme de esta base terrestre es tal, que se llega a olvidar la existencia de la fuente solar, pasando a actuar el cuerpo y el ego como *sustitutos* del espíritu solar creativo, a la vez que la impulsividad de Marte reemplaza al «deseo» solar. Mientras que éste último actúa siempre en respuesta a una necesidad externa y con objeto de restablecer la armonía y la totalidad cósmica, los deseos de Marte son generalmente los anhelos del organismo terrestre (ego) de llegar a la «expresión de su ser» o de liberarse de una tensión interna incapaz de soportar, sin importar las consecuencias que pueda acarrear tal liberación sobre otros individuos. Marte controla

todos los mecanismos de liberación física y psicológica, los músculos del cuerpo y la voluntad personal.

Después de Marte nos encontramos con los asteroides y, más allá, con Júpiter. Marte, al ser una acción dirigida hacia el exterior teniendo a la tierra como centro, supone una conquista del espacio. Pero el espacio no está vacío. Está lleno, en el mejor de los casos, de los restos de mundos desintegrados (los asteroides) -restos que el conquistador marciano puede subyugar- o por el contrario, puede estar lleno de toda una hueste de entidades que obstaculicen su marcha hacia adelante. En el primer caso debe encontrarse la manera de *asimilar* el enfrentamiento con los restos del pasado; en el segundo, es necesario establecer alguna clase de *cooperación* con las fuerzas que se oponen al avance. Estas dos alternativas representan las funciones básicas de Júpiter, en relación a la secuencia centrífuga de la actividad solar. En el cuerpo, Júpiter representa los procesos de asimilación de los alimentos (hígado, páncreas, duodeno, etc.). En lo referente a la colectividad humana, Júpiter expande la esfera de actividad personal del individuo y la pone en contacto con las tentativas y empeños de otros hombres. Las relaciones conducen al «sentimiento» de cooperación en grupo, a un aumento de fuerza y, como resultado, a una vida mejor y llena de logros. Aquí nace la vida social y el hombre se da cuenta de que pertenece a un conjunto más amplio y que puede usar el poder de este conjunto cuando lo necesite.

El próximo paso será hacer *más permanente* este sentimiento de pertenecer a una comunidad y la intensificación personal a través de las relaciones de grupo. Esta es la tarea de Saturno. Saturno edifica todos los tipos de estructura social o de grupo que se puedan concebir -todas aquellas estructuras que definan el «lugar» que ocupa el individuo dentro del grupo-. A nivel mental, Saturno se manifiesta como el poder del pensamiento lógico y riguroso que señala que cualquier idea o afirmación debe ir precedida o seguida de otras ideas o afirmaciones.

Saturno hace que el lugar del individuo en el conjunto no sólo esté bien definido, sino que además sea seguro e intocable. Garantiza a cualquier hombre que seguirá siendo lo que es; y esto significa que podrá conservar su lugar, sus características básicas y su posición a pesar de la presión de los cambios y

especialmente, a pesar de las intrusiones de otros individuos más poderosos que él. Saturno le garantiza que no es una persona aislada y solitaria. La fuerza de toda la comunidad -de sus leyes y su policía- le respaldan, siempre que él se mantenga en el lugar que le corresponde. A nivel orgánico, Saturno representa el esqueleto, por ser función del esqueleto mantener a cada órgano en el lugar que le corresponde de acuerdo con la «ley» del organismo humano.

Al llegar a Saturno, alcanzamos el polo opuesto al Sol. El Sol es una fuente de donde constantemente fluye el potencial de la luz y de la vida. Es pura creatividad. Saturno es justamente lo opuesto: fija a cada clase de actividad diferenciada en un lugar definido e inmodificable. Es pura estabilidad; negativamente, es rigidez absoluta. No obstante, Saturno cumple el propósito del Sol, ya que cada emanación solar, considerada como una fuente individual de procesos vitales, desea satisfacer su necesidad de integrar ciertas partículas de materia, o determinados restos psíquicos. La verdadera integración no sólo requiere un arquetipo venusino que defina el patrón solar de integración orgánica y un organismo concreto formado en el interior del seno lunar; exige también que el organismo sea capaz de expresar su ser integrado (o ser natural), ya que un hombre sólo llega a ser *consciente* de sí mismo por medio de la «expresión», ya sea ésta producto de la enemistad o de la cooperación en grupo.

Esta consciencia aumenta cuando el individuo reconoce su lugar en el conjunto social. Al reconocer su lugar y su función en este conjunto, también conoce cómo los demás le ven a él. «Con-sciencia» significa literalmente «conocer juntos». Sólo puede haber conciencia para un hombre cuandó éste sabe cómo los demás hombres -sus iguales, sus superiores, e incluso sus inferiores- le consideran a él. La conciencia es el resultado de la percepción compartida del ser; de la percepción del propio ser que demuestra y responde a la percepción que de su existencia tienen los demás hombres. Saturno define los fundamentos de la conciencia (así como los del ser individual), *emplazándola en un marco de referencia estable.* Saturno se vuelve negativo y supone un obstáculo para el crecimiento humano sólo cuando la necesidad de estabilidad se convierte en deseo de seguridad a cualquier precio. Entonces el marco de referencia saturniano se

convierte en una prisión, el pensamiento claro y lógico se vuelve dogma, la conciencia del propio ser se torna una coraza y el ego, un tirano.

B. *La irradiación solar interna*

La conciencia se eleva sobre los cimientos de Saturno y vuelve de nuevo al Sol. Este es el reflujo de la vida. El organismo viviente y el ego viviente, establecidos sobre una estructura permanente, experimentan el desarrollo de sus fuerzas individuales. Experimentan el crecimiento orgánico.

Ser consciente del lugar y la función que nos corresponde dentro del propio grupo, de la propia nación, de la propia raza -y, finalmente, dentro de la humanidad como conjunto orgánico- y sentir la estabilidad que ello encierra, significa haber comprendido que uno es un ser individual. Cuanto más «única» sea esta posición, tanto más agudo será el sentimiento del propio ser individual. Como «ego personal», el hombre sigue siendo efímero e inseguro. Como genio, cuya fama permanece durante siglos, el individuo alcanza la inmortalidad social -la permanencia en lo colectivo-. Como «Identidad espiritual», cuya conciencia sigue existiendo más allá de la muerte, el individuo alcanza la meta de la inmortalidad cíclica, manteniendo su puesto a través de un ciclo completo de desarrollo de la humanidad. A cada paso el hombre dice «Yo»; pero este «Yo» significa cada vez más. Significa una mayor integración y el cumplimiento, cada vez más auténtico, del propósito solar original.

Conocer el propio ser no es suficiente. Este conocimiento estaría vacío si no estuviera alentado por el sentimiento de la propia participación, constante en la vida de la comunidad, y, finalmente, en la vida de la humanidad y del universo. Y carecería de sentido si los otros miembros del grupo no respondieran a esta participación. Aquí es donde entra Júpiter, para transfigurar el ego en alma, la cooperación social en comunión religiosa, la conciencia individual en la experiencia mística de unidad que los

hombres llaman Dios. La conciencia del «Yo» saturniano se vuelve *más comprometida y significativa;* y Júpiter derrama sobre el reflujo de energía solar, el fermento de la compasión y la comprensión. Cuanto más comprometida sea la unidad, más se manifestará la vida del conjunto a través de la actividad de dicha unidad. El individuo se convierte en representante, investido con «autoridad».

Cuando el individuo lleva a la práctica el compromiso jupiteriano, en mayor o menor grado, mediante sus acciones conscientes, la función de Marte se manifiesta como un fuerte impulso hacia el espíritu solar. Marte es, entonces, el poder de la devoción y del sacrificio -y, negativamente, el poder del fanatismo-. Es fe; y la fe siempre está basada en un sentimiento de seguridad interna (Saturno) y de participación con los demás o con el universo (Júpiter).

En relación con la Tierra, la «fe» conduce a las «obras». En la astrología geocéntrica no se considera a la Tierra corno planeta; en su lugar, la Luna -especialmente durante la luna llena, *fuera* de la órbita terrestre- recoge la sustancia producto de los esfuerzos y luchas internas de los planetas externos y *genera* «organismos de conciencia». Se convierte así en la Musa, la mujer que trae la inspiración, la enviada de los dioses. Trae a la conciencia del hombre Imágenes de actividad espiritual. Es el *ánima* de la psicología de Jung. Refleja, incluso, lo que ha tenido lugar más allá de las fronteras de Saturno.

El reflujo solar alcanza, entonces, los dominios de Venus y se produce el florecimiento de todo lo que en ellos se encuentra. Es el ámbito de la belleza y del amor consciente, porque es, por encima de todo, el ámbito de la *valoración.* La cultura y el arte nacen de este sentido de la «valoración», como lo hacen también la moralidad y el ánimo de compartir, los cuales iluminan el regreso de la conciencia a su fuente solar. Venus es «magnetismo», pero, en términos de conciencia, esto se traduce por «amor», y el verdadero amor es el sentimiento que emerge desde el individuo hacia objetos de valor, ideales y manifestaciones culturales. Se establecen unos patrones *comunitarios* que polarizan a los patrones *orgánicos* que Venus había formado anteriormente, en el correspondiente nivel del flujo solar externo.

Mercurio generaliza en forma de conceptos y abstracciones

aquellos valores que Venus ha hecho florecer. Mercurio es la memoria y las asociaciones mentales. Es el granero en donde cada factor vital en estado de semilla recibe un significado claro y expresable. Lo que era estructura (Saturno), sentimiento de participación (Júpiter), fe (Marte) y valoración (Venus) alcanza ahora el estado final de crecimiento y pensamiento. Las imágenes se transforman en ideas, y las ideas -como las semillas- se pueden transferir. Se pueden llevar a todos los hombres, sin límites de espacio y tiempo, mediante el lenguaje y las palabras. Son las semillas del ser inmortal, el final del viaje.

La irradiación solar vuelve al corazón del Sol tras realizar su trabajo; después de haber dado *la vida* a las esferas planetarias y haber recibido de ellas *el sentido*. Lo que en un principio era *poder* se ha convertido, al final, en *conciencia*. Y esta conciencia es la causa de que una nueva marea de enormes olas de poder creativo emerja del inagotable corazón del Sol para efectuar de nuevo todo el proceso en un nivel superior.

2. LOS PLANETAS DE LA ACTIVIDAD TRASCENDENTAL

La grandeza del hombre es que siempre puede llegar a ser aún más grande. Esta necesidad de ser superior, este deseo de ampliar horizontes y de traspasar las fronteras de lo conocido, está siempre latente en cada individuo. Golpea la conciencia o los sentimientos de aquellos hombres que son más atrevidos o más inquietos, más evolucionados o más anormales. Se apodera de ellos la pasión por lo supremo y la rebeldía contraria a tradiciones y limitaciones. Arremete contra los «marcos de referencia» establecidos por Saturno con una insistencia no siempre libre de cólera y furia.

Este deseo de metamorfosis se expresa en astrología mediante los remotos planetas Urano y Neptuno. Junto con Plutón, constituyen aquello que podemos conocer, hoy día, de los aún misteriosos dominios que vinculan al sistema solar (visto desde la Tierra) con el mundo cósmico de la Galaxia, la «Hermandad Universal de las Estrellas». Estos tres lejanos planetas nos hablan de una región intermedia y de un proceso de transición. En términos de conciencia y experiencia individuales, definen la naturaleza del «sendero» que, según los místicos y los ocultistas de todas las edades, el hombre debe recorrer para llegar a ser «más que humano», esto es, una expresión de lo divino en forma humana.

Estos planetas son, aparentemente, parte del sistema solar; pero, más que «pertenecer» al sistema solar, podría decirse que

están unidos o adheridos a él. En un sentido muy real, son los embajadores y representantes de la Galaxia. Se encuentran aquí, en los dominios del Sol, para llevar a cabo una tarea muy definida: la tarea de mostrar, a quienquiera que desee elevarse por encima de la marea solar, *el camino que va más allá.*

Urano despeja el camino que conduce a través de las fronteras de Saturno. Neptuno disuelve cada sentimiento personal que todavía permanezca adherido al que se aventura en el más allá. Plutón produce un nuevo patrón de integración, olvidando incluso los recuerdos del pasado, pulverizando las viejas estructuras y formando, con los restos, una especie de pantalla sobre la que proyectar la nueva Imagen. Urano es el que inspira la sublevación, el rayo que, en un breve momento cegador, revela la perspectiva que oculta nuestro propio deseo de seguridad. Tales momentos pueden transformar todas las implicaciones de la existencia. Neptuno, por el contrario, es el «disolvente universal», que trabaja lentamente, atacando la sustancia de la vida rutinaria y de la conciencia centrada en el propio ego. Hace que lo particular se disuelva en lo universal y, cuando esto ocurre, son frecuentes las ilusiones y los milagros más extraños y fantásticos.

No obstante, estos planetas sólo destruyen para volver a crear. Son los planetas de la metamorfosis. Traen al ámbito de los planetas solares y a los individuos terrestres el hálito de las estrellas. Este hálito está lleno de poderes creativos de carácter superior, que no podrán hechar raíces en el hombre a menos que su naturaleza se libere de las características *negativas* de Marte, Júpiter y Saturno -lujuria o cólera, avaricia y egoísmo.

Urano y Neptuno han sido designados como «octavas más altas» de Mercurio y Venus. Lo que sí debe decirse es que el hombre tan sólo puede recibir los constructivos regalos de Urano y Neptuno cuando las fuerzas simbolizadas por Mercurio y Venus se hayan desarrollado plenamente durante el reflujo de la marea solar. Estas fuerzas son las únicas que pueden establecer una base firme para el posterior desarrollo de una conciencia «de tipo estelar» bajo la dirección de Urano y Neptuno. Este necesita el sentido de valoración y la capacidad de compartir en el amor que Venus posee, para poder edificar «los principios universales», las estructuras de compromiso y compasión, que son los

vehículos de expresión del espíritu universal; y Urano sólo puede traer una clara visión del mundo estelar a aquél que tenga una fuerte y continua capacidad de pensar en términos de ideas y abstracciones (Mercurio).

En lo que se refiere a Plutón, parece probable que este planeta recién descubierto sea sólo el primero de un par o una trinidad de planetas muy distantes, con cierta similitud con los cometas y, probablemente, con órbitas que acusan una amplia elongación. Tales planetas tratan del proceso de reconstrucción que sigue a la metamorfosis, a la acción de grupos más que a la de individuos. Plutón representa el «estilo» de un período artístico, más que las características de artistas individuales. Si también simboliza la muerte es porque no tiene consideración alguna hacia los individuos y está dispuesto a destruir cualquier organismo para poder emplear sus sustancias físicas y psíquicas con un nuevo propósito. Plutón es la disciplina impersonal del Partido, de la Iglesia, de la Congregación. Unicamente superando estas pruebas puede el individuo llegar a la suficiente «transubstanciación» y convertirse en el nuevo organismo universal que procede de la extraña matriz de los tubos de ensayo neptunianos.

PASO N.° 7

Adquirir el sentido de la Forma y la Acentuación

En la primera parte de este estudio, he definido el término estructura como el resultado de la obra que el principio de organización lleva a cabo dentro de un conjunto orgánico cualquiera. He hablado de la «trama de relaciones» establecida dentro de los límites de este conjunto y que determina el lugar que cada parte ocupa en relación con las demás. La palabra «forma», en el sentido general y abstracto de la palabra, tiene casi el mismo significado que estructura; pero se aplica, más específicamente, al resultado de la percepción de un individuo ante el conjunto completo. Una fotografía y un cuerpo «tienen forma», si se tiene una visión completa de ellos. Por lo tanto, puede considerarse a la forma como la manifestación externa de una estructura interna. El sentido de la forma es la habilidad de ver objetos y cuerpos como conjuntos estructurados, de percibirlos como entidades equilibradas y proporcionadas, esparcidas por el espacio.

El sentido de la forma se encuentra en su aspecto más alto y significativo en el artista -pintor, escultor, arquitecto-. Para él, el espacio es, en sí mismo, un útero lleno de formas vivas. El sentido de un objeto en el espacio depende de su relación con cada uno de los demás objetos. Cada vez que el artista abre sus

ojos, el mundo que percibe es una reunión orgánica de formas. Estas formas se compenetran en la medida en que reaccionan las unas a las otras dentro del campo de la visión. No sólo los colores, sino también las luces y las sombras transmiten reflejos de un objeto a otro, e incluso las masas estructurales de dichos objetos no pueden considerarse aisladamente o por separado.

Como algunos pintores europeos pudieron descubrir hace unos sesenta años, si vemos a un hombre sentado en un sofá, el hombre y el sofá se compenetran y se influencian mutuamente, esto es, las formas de ambos reaccionan entre sí, al percibirlas juntas, como un conjunto compuesto. Es más, incluso los más débiles trazos de color pueden adquirir, dentro de un cuadro, unas características especiales o un determinado sentido estético según el lugar que ocupen en el lienzo. Un trazo rojo sobre un paisaje verde sobresale con una intensidad exagerada, atrae la atención; y diversos pintores, como por ejemplo Corot, utilizan constantemente estas juxtaposiciones de color para expresar lo dramático, o simplemente para enfatizar ciertos valores estructurales, distorsiones, etc.

Este principio de la «percepción de la forma» ha sido el tema de estudio de una corriente psicológica. La escuela alemana de psicología de la *Gestalt* está basada en el estudio de la percepción humana de la forma. *Gestalt* significa forma, estructura u organización espacial.

Para el psicólogo dedicado a este tipo de enfoque psicológico, el sentido de la forma aparece como uno de los elementos básicos de la percepción humana y como un factor importante en el desarrollo de la personalidad individual. Se puede clasificar a los individuos según sus respuestas típicas ante diferentes grupos fijos de puntos, líneas, espacios y objetos. El fenómeno de las ilusiones ópticas, aplicado recientemente en el llamado *op art*, es una manifestación del deseo de profundizar en la naturaleza de nuestro sentido de la forma. En ella simplemente se acentúa lo que, de alguna forma, ocurre cada vez que abrimos los ojos y vemos objetos en el espacio.

Cuando el hombre nace en un determinado punto de la superficie de la Tierra, se encuentra rodeado, no sólo de objetos terrestres, sino también de la infinidad de cuerpos celestes que se mueven por el espacio. La carta natal es una proyección bidimensional del universo y, particularmente, de nuestro sistema solar y sus planetas, tomados desde el lugar del nacimiento en el momento preciso de la primera inhalación, o mejor aún, como se verían desde ese lugar si pudiéramos ver a través del sólido globo terráqueo. Esta carta natal recoge las posiciones del Sol, la Luna y los planetas. Todos ellos son objetos dispuestos en el espacio (el espacio del cielo mismo y el espacio definido por el círculo del recorrido anual del Sol, o sea, el zodíaco). Por la noche pueden verse algunos de estos planetas sobre el horizonte, mientras que otros son invisibles. En la carta astrológica podemos visualizar sus posiciones a nuestro alrededor. Si uno de estos cuerpos celestes se encuentra solo sobre el horizonte y el resto está debajo de éste, nuestro sentido de la forma debería estar lo suficientemente desarrollado para darnos cuenta de este peculiar equilibrio. El objeto que se encuentra solo es percibido rápidamente y la atención se enfoca sobre él de idéntica manera a cuando aparece un punto rojo sobre un paisaje verde.

Sin embargo, sólo hay un verdadero enfoque cuando se considera la carta en su totalidad, como si fuera un cuadro o una fotografía. Hasta muy recientemente, esta forma de considerar una carta era prácticamente desconocida entre los astrólogos. Es verdad que se estudiaban los «aspectos» entre los planetas; y éstos son la expresión de la relación espacial entre los objetos celestes. Pero también es verdad que estas relaciones angulares se estudiaban una a una y por separado. Anteriormente incluso, la utilización de una carta astrológica dividida en recuadros dificultaba la «visión» de la carta en su conjunto, como una imagen del universo real. Cada planeta era una unidad aparte y su naturaleza era siempre la misma, experimentando simplemente algunas *modificaciones* según el lugar que ocupaba en el espacio zodiacal y en el círculo de las casas, y por la influencia de

los «rayos» de otros planetas, cuya naturaleza dependía de los «aspectos» que formaban. Ciertamente, no tenía sentido alguno el levantamiento de la carta, ya que una simple lista de las posiciones planetarias y de los aspectos nos mostraba todo lo que había que saber.

La utilización de la carta circular nos ha llevado a comprender que el elemento forma o *gestalt* es esencial en astrología. Los astrólogos comenzaron a hablar del «patrón planetario» en su conjunto y a darle un significado, *independientemente* de qué planetas se encuentran formando aspectos. La más importante contribución de Marc Edmund Jones a la astrología fue fijar este principio de la forma; en primer lugar, acentuando el concepto del «equilibrio del peso» y la influencia «simple», y, en segundo lugar, clasificando las cartas según el esquema general que producen la disposición de los planetas en el círculo de las casas y, secundariamente, en el Zodíaco.*

La clasificación de los patrones planetarios en siete tipos básicos, realizada por Marc Jones, puede o no considerarse como esencial; también puede haber diferentes puntos de vista respecto a la importancia de los nombres de estos siete tipos básicos. El hecho es que se ha establecido un *principio de evaluación y sentido astrológicos*, desarrollado con consistencia y lógica, y esto sí que resulta importante. Ciertamente, este hecho no puede seguir siendo ignorado por aquellos que participan del pensamiento del siglo XX. El sentido de la forma astrológica debería asentarse entre nosotros, ya que su uso práctico es indispensable para alcanzar la «sabiduría astrológica». Lo único que puede discutirse es su importancia relativa entre los otros utensilios más tradicionales que el astrólogo usa en sus interpretaciones.

* Otro tipo de técnica astrológica que trata de manera diferente el sentido de la forma y la visión figurativa o pictórica del estudio de la carta natal es el llamado «Sistema Uraniano» desarrollado por Alfred Witte y su Escuela de Hamburgo, en Alemania. En América se le ha prestado mucha atención y algunos de los puntos que da a conocer son de gran importancia, en especial los «puntos medios».

El problema puede expresarse de la siguiente manera: ¿Es mejor enseñarle a un niño a leer reconociendo a primera vista la forma de las sílabas y las palabras, o por el antiguo método de deletrear laboriosamente una letra después de la otra? ¿Es mejor aprender el resultado de la suma de unos elementos separados, abstractos y sin sentido propio (letras) o mediante una rápida percepción de ciertos patrones típicos pero complejos, que tienen un significado asociativo? Los pájaros jóvenes aprenden a volar cuando ven volar a sus padres. Todo aprendizaje instintivo es un aprendizaje por imitación; lodo desarrollo biológico se lleva a cabo por etapas completas. No se llega a alcanzar una verdadera eficiencia en la vida hasta que se pueda afrontar *una situación en su conjunto* con toda la capacidad de supervivencia que el individuo tenga; de igual forma, no hay verdadera comprensión y sabiduría humanas hasta que el individuo en estado de desarrollo asuma que existe para afrontar el desafio de situaciones generales o particulares que son únicas y, por ello mismo, significativas. La mente moderna se ve forzada a tratar con situaciones, hechos urgentes de vital importancia, conductas en conjunto, símbolos generales de una personalidad específica, más que con listas de características, sumas totales de rasgos catalogados y virtudes o defectos bien definidos, junto con una serie de juicios abstractos añadidos a la forma convencional de una personalidad humana.

Júpiter en Leo, el Sol en la tercera casa, Marte en cuadratura a Saturno, no significan nada *definitivo* por sí mismos. Todo lo más, pueden ser la materia prima mediante la cual el esfuerzo perceptivo y la habilidad intuitiva del astrólogo podrán descubrir el significado final de todo ello. Las letras A, M, O, R, no significan nada al deletrearlas por separado; es su asociación y el orden en que aparecen lo que nos hace ver su significado. De igual forma, ninguna carta astrológica tiene sentido hasta que se convierte en un todo vivo y completo en la conciencia del astrólogo, hasta que su «forma» recibe un significado. Y el significado reside en el conjunto, no en las partes separadas.

El concepto de «acentuación» es casi inseparable del concepto de forma. Siempre que una serie de factores orgánicos están en relación dentro de los límites de un organismo, suele haber un factor o grupo de factores que, de una forma o de otra, desempeña una función dominante. Está acentuado. Y esta acentuación, en un organismo sano, suele ser sólo temporal. Cambia de uno a otro factor, de una función orgánica a otra; y estos cambios son, o deberían ser en la mayoría de los casos, periódicos. Si tenemos en cuenta el ciclo anual de la vegetación, podemos ver cómo, cada mes, cambia la función que la luz lleva a cabo en el desarrollo de la planta. En una época, la vida parece enfocarse totalmente en la semilla o en la raíz; en otra, la mayor parte de las energías de la planta se emplea para el desarrollo de las hojas; y en una etapa posterior, son las flores y los frutos los que aparecen como más significativos, recibiendo el énfasis vital o acento temporal.

De forma similar, después de una copiosa cena, las actividades metabólicas del sistema digestivo son las funciones acentuadas dentro del organismo humano. Si un individuo, con el estómago lleno, realiza un trabajo mental complicado, se produce un conflicto orgánico entre dos funciones diferentes. Una función lucha contra la otra, el pensamiento contra el metabolismo y viceversa. La salud natural requiere que sólo haya una función acentuada en el organismo biopsicológico de la personalidad en un momento determinado. Así, aparece el concepto de la *permutación de los acentos funcionales,* lo cual significa simplemente que cada función va a recibir el acento vital, periódicamente y en el momento que le corresponda.

Esto se expresa en astrología mediante las posiciones zodiacales o en el círculo de las casas. Si el Sol se encuentra en Cáncer, podemos deducir que las funciones orgánicas que Cáncer representa (metabolismo, asimilación, la fundación del hogar, la estructuración del ego) reciben aquí *el acento solar.* Esto no significa que las otras once funciones zodiacales no estén activadas.

Indica simplemente que la atención del ser está enfocada sobre la función canceriana. Al mismo tiempo, las demás funciones reciben energía de los restantes planetas. Júpiter en Leo muestra que la conciencia social (Júpiter) busca la necesaria liberación de toda su energía, principalmente, a través de la función imaginativa y creativa de Leo y de sus órganos correspondientes, ya sean biológicos o psicológicos.

Cada signo del zodíaco o cada casa en la que se encuentre alojado un planeta, recibe una acentuación. Recibe un énfasis dentro del marco de la personalidad. Estos acentos cambian constante y cíclicamente al mismo tiempo que los planetas, el Sol y la Luna giran en el espacio. No obstante, estas son, en cierto sentido, acentuaciones menores. De acuerdo con la tradición astrológica, la más fuerte acentuación se establece cuando el cuerpo celeste en movimiento se encuentra en uno o dos signos zodiacales determinados. A esto se le designa como «regencia» y «exaltación». Se dice que cada planeta «rige» uno o dos signos del zodíaco, y que es «exaltado» en otro; de cualquier forma, este tema da lugar a mucha confusión y necesitaríamos mucho espacio para tratarlo adecuadamente. Por medio de procedimientos técnicos de este tipo, el astrólogo puede determinar la relativa «fuerza» de cada planeta en una carta y, por lo tanto, el grado de acentuación o debilidad de las diferentes funciones básicas de la personalidad, ya se encuentren en unos signos o en sus contrarios.

Tal acentuación no supone, sin embargo, un énfasis en la conciencia, sino más bien en la actividad en potencia. El Sol en Leo es muy «fuerte», pero una persona que tenga al Sol en Leo puede muy bien no expresar dicha acentuación solar. El astrólogo puede determinar que el Sol está «debilitado» por su posición en una casa concreta (se considera que algunas casas representan funciones algo más débiles), a pesar de ser «fuerte» por estar en el signo de su regencia, Leo. De todas formas, la atribución de dichas características de fuerza o debilidad a las casas es muy discutible. Sólo parece tener sentido si aceptamos como criterio básico a la actividad *externa*, ya que existen factores escondidos o introvertidos en la persona que adquieren una importancia extraordinaria y que rigen la vida por la misma ausencia de sus actividades naturales. Están acentuados, no por lo que manifies-

tan, sino por el vacío que crean en la conciencia del individuo. Puede haber una acentuación en el vacío, al igual que en la plenitud, en los cambios críticos (sexta casa) al igual que en la autoafirmación (casas primera o décima).

Más aún, el problema real de la acentuación vital no depende del lugar en que se encuentra un planeta, sino más bien del tipo de relación que mantiene con el resto de los planetas. El punto rojo en el paisaje verde es tan sólo una pequeña mancha de color, pero logra atraer la atención, revela el carácter dramático de todo el cuadro. Es una acentuación que da una nueva intensidad a todo lo demás. De no estar ahí, el cuadro no resultaría tan verde.

Un planeta «aislado» dentro del contexto de la carta tiene un valor similar. Este planeta solitario acentúa la función que representa *en la conciencia del individuo* y quizás, como resultado, en su contribución a la vida, de tal forma que la persona no puede librarse de ella. De hecho, este enfoque tiene a menudo un carácter apremiante que puede afectar a todo lo demás.

Como ejemplo tenemos el caso de Freud, fundador del psicoanálisis. En su carta, Marte retrógrado se encuentra solo en la cúspide de la casa cuarta en Libra, mientras que todos los demás planetas están sobre el horizonte en los signos que van de Piscis a Cáncer, siendo éste el signo ascendente. Según el que una vez fue discípulo suyo, Carl Jung, la aproximación de Freud a la psicología revela un temperamento típicamente extrovertido -lo cual está representado por el hecho de que la mayoría de los planetas están agrupados alrededor del Medio Cielo y, especialmente, en los tres signos de la primavera-. Sin embargo, en la conciencia de Freud, y conduciéndole a sus mayores logros, encontramos a Marte retrógrado, que urga, como un escalpelo, en las más profundas raíces de su vida interna, destruyendo los esquemas psíquicos producidos por las represiones sociales. Toda su vida estuvo dedicada a ello y su nombre se convirtió en el símbolo de esta cirugía del alma, introvertida y marciana; símbolo de todo aquello que es lo más íntimo y personal y que, a la vez, el propio ego no conoce.

En este ejemplo, Marte aparece como un factor intensamente acentuado en lo relativo a la «forma» de la carta completa, aunque, según su posición zodiacal y su carácter retrógrado, pueda parecer un Marte muy débil y poco efectivo. El astrólogo

que no tenga en cuenta este «sentido de la forma», no dará la suficiente importancia al elemento que controla la conducta de todos los factores de su natividad. La vida y la fama de Freud pusieron de manifiesto una extraordinaria agudeza y un desafio despiadado respecto a las tradiciones psicológicas más arraigadas. Nada puede revelar estos rasgos, excepto el patrón general de la carta y la acentuación de Marte. La relación entre Marte y los otros nueve planetas, agrupados dentro de una cuadratura de Neptuno y Júpiter sobre Saturno, supone la clave del destino de Freud.

Cuando se comprende y se aplica de forma apropiada, esta visión añade una nueva calidad a la interpretación de cartas astrológicas. Debe quedar claro que esta visión se basa sobre el principio fundamental de que *el todo es más importante que las partes*, en términos esenciales y espirituales. Este principio establece una diferencia entre sabiduría y conocimiento, entre facultades espirituales de comprensión e intelecto, entre la astrología del siglo XX y la del siglo XIX.

PASO N.° 8

Comprender los ciclos y aspectos planetarios

El paso anterior para el desarrollo de una actitud hacia la astrología y de una técnica de comprensión de la vida y la personalidad humanas, trataba sobre la adquisición de un sentido de la forma y la acentuación. Sin embargo, el término «forma» incluye mucho más de lo que yo he expresado hasta ahora. Antes he hablado de la forma *en el espacio*, de la forma como elemento estático, como algo que puede ser aprehendido en un simple acto de percepción, como por ejemplo, la forma en una pintura, el patrón decorativo de una alfombra, etc. Si consideramos una carta astrológica actual podemos ver de una sola ojeada su esquema circular, sus doce radios, los símbolos de los planetas, las indicaciones zodiacales, etc. Y ya he señalado que el significado primordial de una natividad únicamente puede extraerse cuando el astrólogo sea capaz de considerar e interpretar la carta como un conjunto «orgánico» y estructural. Primero viene la percepción del conjunto, después, el estudio analítico de las partes y de los detalles de la estructura.

No obstante, la forma se puede considerar también como un factor dinámico que opera *en el tiempo*, es decir, en términos de secuencia cíclica. Así la consideran, por ejemplo, los músicos experimentados, cuando hablan de la «sonata» o del diseño

estructural de una «fuga» de Bach. Una sonata y una fuga no pueden ser experimentadas mediante un solo acto de percepción. No podemos escucharlas, ni mirar las partituras y comprender su significado estructural en la misma forma en que podemos mirar una pintura. Se extienden en el tiempo; y se requiere un cierto tiempo para que el músico perciba la «forma» de la sonata mientras la escucha desde el principio hasta el final, incluso aunque sea capaz de leer con rapidez las páginas de la partitura impresa.

Asimismo, se requiere un cierto tiempo para que el astrólogo pueda recorrer las páginas de las efemérides y seguir, día a día, mes a mes, el movimiento zodiacal de los planetas. Las efemérides revelan el principio de la «forma» tal como lo hace la sonata de Beethoven. Esto es así porque los movimientos del Sol, la Luna y los planetas son cíclicos o periódicos y la constante combinación de estos movimientos cíclicos, el incesante entrelazado de los senderos planetarios en el cielo, produce *formas dinámicas.*

Una vez comprendido esto, pasaré a examinar lo que se denomina un aspecto de «cuadratura» entre Júpiter y Saturno, esto es, el hecho de que sus longitudes zodiacales disten 90 grados. El primer punto a considerar es precisamente uno que suelen pasar por alto los astrólogos que tanto repiten la importancia de una cuadratura. He dicho que voy a considerar una cuadratura, pero, *¿dónde* voy a considerarla? ¿En la carta natal de un individuo o en las efemérides?

Aquí puede que el lector exclame: ¿Acaso no se trata de la misma cuadratura? Es la misma cuadratura si sacamos a Júpiter y a Saturno fuera de los contextos en donde los encontramos (la carta natal y las efemérides); si los separamos de todo aquello que les rodea y los convertimos en entidades puramente abstractas. En realidad, la cuadratura tiene dos significados diferentes, según se la perciba en la carta natal (una estructura *espacial y estática)* o en las efemérides (una estructura *dinámica en el tiempo).* Percibimos la carta de una sola vez. Pero leemos las efemérides línea a línea, página a página. La carta representa un suceso fijo e inalterable; cada uno de nosotros, como organis

mos personales, nacemos una sola vez y nunca tendremos una nueva carta natal. Por el contrario, las efemérides recogen unos acontecimientos en constante sucesión, revelando unas «formas» que son el resultado de los caminos cíclicos y regulares de los cuerpos celestes.

Por esto, una cuadratura Júpiter-Saturno analizada en el contexto de una carta, es un factor estático y espacial; pero la misma cuadratura, considerada en las páginas de unas efemérides, se muestra como un factor dinámico, en el tiempo. En el primer caso, forma parte de algo que ha quedado establecido para siempre; en el segundo, es un factor que se repetirá periódicamente a lo largo de los siglos. En la carta natal, la cuadratura forma parte de la estructura completa de la carta *y debe considerarse como tal;* mientras que en las efemérides es parte de los cíclicos entrelazados de los dos planetas en movimiento, Júpiter y Saturno, y debe estudiarse *en referencia a dichas relaciones cíclicas.*

Como resumen diré que si un estudiante me preguntara: «El Sr. X tiene una cuadratura de Júpiter y Saturno en su carta. ¿Qué significa esto?» Le contestaría: «No puedo responder a esa pregunta sin estudiar la carta en conjunto y el lugar que la relación entre ambos planetas ocupa dentro de ella». Pero si el estudiante me preguntara: ¿Qué significado tiene la cuadratura entre Júpiter a 10° Leo y Saturno a 10° Escorpio?, entonces podría contestarle directamente ya que la pregunta trata de la relación entre Júpiter y Saturno, encuadrada dentro de una de sus fases repetidas periódicamente.

Para la mayoría de las personas resulta bastante difícil pensar en términos de «tiempo que avanza» y «conexión entre varias cosas». Después de muchos siglos de civilización en que se ha propugnado una aproximación intelectual a la vida, nos hemos acostumbrado a pensar en entidades separadas y permanentes, emplazadas en lugares distintos y muy definidos en un espacio estático. Estas entidades podrían cambiar de apariencia, pero en el pasado les hemos atribuido una integridad abstracta, una identidad inalterable. Ya fuesen jóvenes, maduras o seniles, ya se encontrasen en relativa soledad o implicados en profundas relaciones con otras entidades, se les ha dado un nombre preciso y hemos creído que siempre serán lo mismo.

Esta forma «clásica» de comprensión mental de la vida y de los hombres ha ido cambiando gradualmente en el presente siglo. Y la presión de dicho cambio está obligando a los astrólogos a reorientar y reinterpretar sus propias ideas esenciales y sus símbolos. Los libros de astrología suelen hablar generalmente de Júpiter y de Saturno -y de todos los demás elementos- como si fueran unas entidades determinadas que significan siempre lo mismo sin importar el contexto en que se encuentran. Es común en la enseñanza de la astrología considerar que las cuadraturas, los trígonos, las oposiciones, etc., tienen un significado general inmutable. De hecho, también los planetas y los aspectos han estado divididos durante siglos en dos categorías: los «buenos» y los «malos», los benéficos y los maléficos.

Obviamente, así se simplifican mucho las cosas. Se presenta frente a nosotros un claro panorama, un universo en blanco y negro, donde el bien y el mal luchan sin cesar para controlar las entidades separadas, que, individualmente, se salvan o se pierden, son glorificadas o destruidas. El pensamiento contemporáneo supone un desafio frente a esta filosofía de la vida «a la antigua» y a su individualismo atomista. Ahora se ve al universo como un conjunto cuyas partes están conectadas entre sí y dependen unas de otras, un organismo de alcance cósmico. Y la

realidad fundamental de este universo no es la entidad separada que va hacia su propia salvación o condenación, sino la relación entre todas las partes que componen el conjunto cósmico.

En términos astrológicos esto significa que la interrelación de todos los cuerpos celestes dentro del sistema solar (y en todo el espacio en general) es lo que cuenta verdaderamente, y que cualquiera de esos cuerpos *puede tener, bajo especiales condiciones de relación, prácticamente cualquier significado,* incluso el totalmente opuesto al aceptado tradicionalmente. De igual forma, el individuo humano más elevado puede, bajo la presión de una serie de relaciones especiales, llegar a ser muy destructivo *en sus acciones.* Esto se define diciendo que todo tiende a convertirse en su opuesto. Afirmación que resulta demasiado simplista, ya que una «entidad» no se convierte en lo opuesto de lo que es, sino que una «relación» puede invertir su polaridad, por ejemplo, el amor se convierte en odio, la pasión sensual se torna devoción mística, etc.

Es sobre la base de tal comprensión de la vida y de la interrelación universal donde la nueva astrología formula de nuevo el concepto de los aspectos planetarios. No considera a la ya mencionada cuadratura de Júpiter y Saturno como «algo en sí misma», sino, más bien, como una fase de la relación cíclica de Júpiter y Saturno. El hecho de que ambos planetas estén a 90 grados de distancia el uno del otro no dice lo suficiente como para considerarlo significativo. Lo que sf.es significativo es que un *ciclo especifico* de la relación entre Júpiter y Saturno ha llegado a una *fase especifica* de su desarrollo.

En mi obra EL CICLO DE LAS LUNACIONES expongo que una «cuadratura creciente» y una «cuadratura decreciente» tienen distintos significados; esto es, si Júpiter (el planeta más rápido) está a 10° Leo y Saturno a 10° Escorpio la cuadratura que forman es una cuadratura decreciente (simi?ar a la cuadratura del «último cuarto» o cuarto menguante del ciclo entre la Luna y el Sol, el ciclo de las lunaciones); pero si el planeta más lento, Saturno, se encuentra a 10° Leo y Júpiter está a 10° Escorpio, entonces su cuadratura es creciente (del primer cuarto). En otras palabras, el ciclo de relación entre Júpiter y Saturno comienza con su conjunción y termina en su oposición. *Cualquier fase de este ciclo,* esto es, cualquier aspecto formado por Júpiter y Satur-

no durante el período que va de una conjunción a otra, debe considerarse dentro del marco de referencia del ciclo completo. Posteriormente, en un estudio más amplio, deberían considerarse también dentro del marco de referencia general del vasto ciclo de interrelaciones planetarias donde se incluyen todos los componentes del sistema solar.

Es evidente que esto proporciona a la teoría astrológica un carácter más complejo que el que aparece en la mayoría de los libros de texto. Al igual que la física de Einstein, es mucho más compleja que la de Newton. Si deseamos tratar de los sucesos físicos obvios para nuestros sentidos, las leyes de Newton funcionan satisfactoriamente; y la astrología clásica, que trabajaba con unos significados definidos para cada posición y aspecto planetario, también funcionaba bien en relación con el tipo de sociedad en que vivían las personas del siglo XVII.

Pero hoy nos enfrentamos con un mundo diferente, un mundo de energía atómica y de vastas metrópolis, de carteles y comercio, con relaciones sociales y personales tan complejas y fluidas que gran número de individuos se ven atrapados en dificultades sociales y en condicionamientos psicológicos ante los cuales las viejas técnicas nada pueden hacer. Para esta clase de mundo es para lo que necesitamos a la astrología, tal como los físicos necesitaron una nueva álgebra y una nueva física para controlar las transformaciones y las desintegraciones atómicas -incluso a pesar de que los conceptos clásicos de física y astrología siguen siendo de mucha utilidad en lo que respecta a situaciones y problemas típicos.

Aspectos buenos y malos

Entre los conceptos tradicionales de esta astrología que necesita una revisión y una nueva interpretación está la idea típica de que aspectos tales como las cuadraturas y las oposiciones son «malos», mientras que los trígonos y los sextiles son «buenos». Tal creencia no tiene sentido alguno en la clase de astrología que consideramos en este libro, ya que las cuadraturas son *fases tan normales y necesarias* en la relación cíclica entre dos planetas en movimiento, como lo puedan ser los trígonos o los sextiles. Lo malo, tal como lo entiende la persona media, deja de serlo cuando se puede demostrar que es tan normal y tan necesario como lo bueno.

Decimos que la enfermedad, el cáncer, son malos, y la afirmación es válida porque el cáncer no es normal ni necesario. Pero si decimos que la descomposición de la comida en sustancias químicas es un proceso maligno porque convierte a la zanahoria o al hígado de ternera en una pulpa amorfa; o si decimos que el reemplazo de células muertas por otras vivas, que se realiza en nuestro cuerpo, es «malo», tales afirmaciones no tienen validez alguna. Cada fase de la vida orgánica normal, cada función y cada proceso que sea parte integrante de una vida natural y saludable, tanto fisiológica como psicológicamente, debe ser bien recibido. No es ni bueno ni malo. Simplemente *es* un componente necesario de las actividades de la vida o de la personalidad. En cada organismo existe un equilibrio entre los procesos anabólicos (de formación) y catabólicos (de destrucción), pero llamar buenos a los primeros y malos a los segundos no tiene sentido. El desarrollo exagerado de cualquiera de los dos resulta perjudicial para la vida orgánica normal, para la salud del cuerpo y del alma.

Es cierto que el aumento progresivo de las actividades catabólicas con la edad conduce eventualmente a la muerte, pero decir que la muerte natural es mala carece de validez. Desde el punto de vista de la humanidad en conjunto, la muerte de seres humanos es una condición necesaria para el crecimiento evolu-

tivo, teniendo en cuenta el nivel psicomental de la actual conciencia humana media. El carácter de un individuo y los límites de su posible desarrollo suelen estar bien precisados entre los veinte y los treinta años. Si se mantuvieran fijos durante siglos podría llegar a ser incluso una tragedia para la humanidad.

El proceso de la muerte representa para la humanidad lo que los procesos catabólicos de limpieza periódica de células muertas significa para un organismo sano. Se ha dicho que todas las células de nuestro cuerpo se renuevan completamente cada siete años. De forma parecida, toda una generación de seres humanos dura teóricamente un período de unos setenta años. El reemplazo catabólico de una generación por otra no es ni bueno ni malo; es la ley del desarrollo y crecimiento de la colectividad humana. Y si pensamos en términos de un individualismo de tipo espiritual, la entrada en el cuerpo y la posterior salida (nacimiento y muerte) son simples fases normales y necesarias del desarrollo cíclico del espíritu reencarnado.

Las calificaciones como bueno o malo no tienen sentido alguno cuando se aplican a cualquier fase de un proceso cíclico; y, desde un punto de vista trascendente y universal, cualquier acontecimiento puede verse como una fase necesaria dentro de un proceso más amplio. Una pulmonía puede señalarse como maligna porque no constituye una fase normal de nuestra vida corporal, las guerras y las purgas políticas son malas porque no son fases normales de la vida social de una comunidad particular. No obstante, considerados dentro del marco del progreso espiritual de un alma (encarnación tras encarnación) o de la humanidad en conjunto, estos sucesos destructivos pueden aparecer tan necesarios y beneficiosos como la forzada expulsión de las sustancias que no pueden ser asimiladas por el cuerpo. Es tan sólo cuando aislamos el suceso personal o social de la historia completa del individuo o de la nación, y las cuadraturas, semicuadraturas y oposiciones del ciclo de relación planetaria, que estos sucesos y aspectos, considerados en sí mismos, parecen malignos y desafortunados.

Tal proceder destruye la integridad y el sentido del proceso vital. La vida y la personalidad se caracterizan por su capacidad de constante ajuste a las nuevas necesidades internas y situaciones externas. Decir que la cuadratura y la oposición son malos

aspectos es negar esta posibilidad de reajuste, porque el reajuste necesita de la acción rápida cuando se enfrenta con una cuadratura que supone una situación o posibilidad nueva, y momentos de pausa (oposición) en que la conciencia es capaz de evaluar, objetiva y desapasionadamente, el propósito y el sentido de la acción. Durante las fases de la relación representadas por las cuadraturas puede haber mucho roce en las maniobras y entre los dos polos de la relación puede generarse demasiada precipitación o miedo; pero exponer la posibilidad de tales resultados negativos no es describir el sentido esencial de la cuadratura, es mostrar *cómo un espíritu individual sin experiencia o un grupo social inmaduro pueden malinterpretary desaprovechar la oportunidad especial de crecimiento que representa la cuadratura.*

La imparcialidad me obliga a admitir que, siendo la mayoría de los individuos y de las naciones los torpes artífices de su propio destino, la cuadratura tiene, casi siempre, resultados negativos. Pero ¿se puede desechar la mecánica de un automóvil de la marca Chrysler simplemente porque un mal conductor haga chirriar toda la maquinaria a cada cambio de marchas? ¿Acaso se puede decir que está mal parar para consultar la dirección en un mapa, sólo porque algún conductor distraido se haya parado a mirar el mapa en mitad de una curva y haya provocado un accidente?

De todo lo anterior se deduce que cualquier aspecto planetario puede tomarse de dos formas. Desde el punto de vista del *tiempo,* es una fase del ciclo de relación entre dos planetas en movimiento, y para captar todo su sentido hay que tenerlo en cuenta en relación con el ciclo completo y, particularmente, con el comienzo del ciclo, la conjunción de los dos planetas. Es por esto que los astrólogos a menudo han dado mucha importancia al emplazamiento zodiacal de la Luna Nueva anterior al nacimiento; remitiendo la relación entre el Sol y la Luna en el momento del nacimiento (su aspecto), al comienzo del ciclo de lunación de que forma parte.

Desde el punto de vista del *espacio,* un aspecto entre dos planetas es tan sólo un ángulo del patrón planetario que aparece en el cielo en el nacimiento. Al igual que la forma de una nariz adquiere sentido estético según su contribución al carácter particular de una cara hermosa, aún cuando, como nariz, tiene por sí

misma un sentido propio; asimismo, el aspecto no puede comprenderse ni interpretarse correctamente a menos que se tome como una parte del cuadro que representa la carta.

En el primer caso, la distinción entre aspectos buenos y malos no tiene sentido, porque ambos son fases necesarias y normales del proceso de vida y crecimiento, fases que, gradual y periódicamente, se suceden unas a otras. En el segundo, se puede establecer una analogía con los espacios blancos y negros de una fotografía, con las luces y las sombras de una obra de Rembrandt. ¿Tendría sentido decir que los espacios negros son malos y los blancos son buenos? La forma es el resultado de la juxtaposición e interacción de ambos. Y sin forma no puede haber una relación ni un sentido.

PASO N.° 9

Establecer una actitud apropiada frente a las predicciones astrológicas

Una de las cosas más esenciales que hay que aprender cuando se estudia astrología es la naturaleza de la distinción entre las dos fases fundamentales de la técnica astrológica: la fase *espacial*, que trata del estudio de la carta natal (o de cualquier patrón celeste prefijado), y la fase de *duración*, que trata de los movimientos relacionados y periódicos de los cuerpos celestes a través del paso de los días, los meses y los años, movimientos que están recogidos en las tablas de las efemérides. Hemos estudiado el sentido de esta distinción principalmente en lo relativo a los aspectos planetarios y su clasificación tradicional en las categorías de buenos y malos. También he mencionado que lo que llamamos forma o estructura puede considerarse como un factor espacial o como un factor temporal. La estructura de una carta natal es un factor espacial, esto es, una combinación de formas, de relaciones o aspectos angulares. La carta en conjunto tiene una forma, como la tienen una pintura o una estatua. Por otra parte, las columnas de una efeméride revelan otra clase de

forma, similar a aquella definida en música bajo el nombre de «sonata», «fuga», etc., una forma producida por la secuencia y el desarrollo cíclico, por la repetición y los acentos rítmicos.

El astrólogo actual sigue generalmente tres procedimientos básicos. Primero, estudia la carta natal como combinación (o suma total) de las posiciones planetarias y de las cúspides dentro del contexto del zodíaco. Después pasa al ámbito de la permanencia y la secuencia temporal y estudia lo que se ha definido como «progresiones» o («direcciones») y «tránsitos». Algunos astrólogos hacen más hincapié en las primeras, otros en los segundos. En la mayoría de los casos ambos factores se calculan y se tienen en cuenta. Las indicaciones sobre el futuro de la persona cuya carta está sometida a estudio (el «nativo») se derivan generalmente del estudio de las progresiones y los tránsitos, pero se pueden hacer también muchas deducciones sobre futuros sucesos (o crisis generales de crecimiento) a partir de la propia carta natal como «bosquejo» inmutable del carácter de la persona y su destino.

En el siguiente capítulo veremos el significado preciso de los tránsitos y de las progresiones, y los campos de aplicación práctica. Pero antes de entrar en temas más específicos es preciso analizar las predicciones astrológicas y la actitud psicológica ante tales predicciones. Es particularmente importante para el futuro astrólogo comprender que en el momento en que accede al ámbito de la duración y de los procesos de crecimiento -el ámbito de los factores dinámicos y en evolución de la experiencia actual- se enfrenta a problemas que difieren básicamente de los que pueda encontrar al interpretar el patrón natal fijo. Los filósofos dirían que este último representa el factor de «ser» y el anterior el de «llegar a ser», términos metafísicos que pueden servir más de confusión que de ayuda.

Sería mejor decir que la carta natal (factor espacial) trata del *carácter abstracto* de ser, mientras que los tránsitos y las progresiones (factores temporales) tratan de *la progresiva realización* del ser. Estudiar una carta natal es estudiar la «anatomía» de la personalidad, es decir, a un nivel físico, el lugar que los huesos, los músculos y los órganos ocupan en la relación de unos con otros y dentro de los límites del conjunto orgánico, el cuerpo. Por su parte, las progresiones expresan lo relativo a la «fisiología» y

«patología» de la personalidad, es decir, al funcionamiento de los órganos, a las series de modificaciones producidas por el proceso vital y de crecimiento personal sobre las funciones del organismo completo de la personalidad.

La anatomía de una persona determina las *potencialidades* físicas (e incluso psicológicas) de la vida y el carácter de dicha persona. Pero lo que se determina es sólo una suma total de «potencialidades», no factores o sucesos concretos. Un cuerpo débil o defectuoso puede llegar a ser el fundamento estructural de un individuo brillante y próspero o la maldición de una personalidad deplorable. Los complejos psicológicos pueden conducir a la meta de la propia realización o la estéril neurosis.

Cuando el astrólogo interpreta la carta natal de su cliente y le transmite los resultados, lo que hace -o puede hacer- es cambiar en cierto aspecto la *orientación* del cliente hacia las posibilidades y fundamentos básicos de su vida. Tal cambio de orientación puede tener unos efectos de gran alcance. En algunos casos puede ser tan efectivo como si se pusiera ala persona en repentino contacto con una nueva visión religiosa o social, que, al ser aceptada ávidamente, transforma la calidad de su relación con los otros hombres y con Dios. Cuando el individuo aprende a ver las partes componentes de su propia personalidad bajo una nueva luz, cuando hace un nuevo planteamiento de sus obvias y dolorosas debilidades, de sus turbadores conflictos y sus poco claras esperanzas, considerándolas en su relación recíproca, su actitud hacia los fallos, los aciertos, los talentos y las aspiraciones, que considera suyos, está obligada a cambiar. Este cambio de actitud u orientación será un paso adelante hacia una integración más efectiva o hacia una mayor integración.

En otras palabras, cuando el astrólogo habla con su cliente, éste ve ante sí un complejo cuadro. Este cuadro actuará sobre su conciencia en una forma similar a como actúa la visión del Salvador crucificado muriendo para redimir los pecados del hombre, sobre un «pagano» a punto de convertirse al cristianismo. Es un símbolo poderoso y actúa como tal. Actúa sobre la imaginación de la persona, más que sobre sus facultades racionales analíticas. Establece una nueva lealtad, una nueva polarización de la voluntad -la cual sirve siempre a la imaginación- quizás una nueva fe, o por el contrario, un nuevo miedo y un

sentimiento de desesperanza, o una indulgencia optimista.

El astrólogo que interpreta la carta del cliente tiene la responsabilidad de ayudarle a establecer una nueva relación entre su ego consciente y las potencialidades inherentes *en su naturaleza completa*. Es, o al menos puede ser, una gran responsabilidad que no termina tras una breve lectura astrológica. Por el contrario, esta fase de la interpretación astrológica -la descripción de las potencialidades individuales inherentes según aparecen en la carta natal- trae consigo una responsabilidad espiritual muy diferente de la que el astrólogo tiene cuando hace pronósticos mediante el estudio de las progresiones y los tránsitos.

En el primer caso, la carta natal, si se presenta sabiamente, tiene que enfrentarse a lo que el cliente conoce de sí mismo. Este puede, si es un hombre maduro, refutarla basándose en su propia experiencia. Si algunos detalles a lo largo de la interpretación provocan en él un reconocimiento, si «encajan», esto indica que estaba preparado para recibir estos conocimientos, estas revelaciones. De lo contrario desechará las averiguaciones del astrólogo tachándolas de tonterías como prueba de la falta de competencia del intérprete. Puede negarse a creer la autenticidad del cuadro que le presentan; de hecho, la persona media a menudo cierra su mente ante tal cuadro, lo olvida rápidamente o lo tergiversa acomodándolo a su idea de sí mismo. Por todo .esto. la probabilidad de que el cuadro tenga un efecto desintegrador y negativo es relativamente pequeña, siempre que al astrólogo no le falten los más rudimentarios conocimientos de psicología y de la naturaleza humana; y siempre que el cliente no sea un neurótico dispuesto a creer cualquier cosa simplemente porque sea astrológica, especialmente en lo que se refiere a los aspectos negativos de su personalidad.

En la mayoría de los casos la situación es diferente ya que el individuo no puede recurrir a nada para librarse del impacto de las predicciones. Se encuentra casi totalmente desprotegido ante los posibles efectos negativos. Incluso aunque se prepare para que los pronósticos no le afecten conscientemente, su *memoria subconsciente* no olvida. Y menos aún si el acontecimiento o el rumbo profetizado es desafortunado e induce a temer las posibles consecuencias, lo cual ocurre en nueve casos de cada diez. Aunque también pueden darse unos efectos psicológicos negati

vos cuando la predicción es afortunada, ya que puede conducir a una tranquila espera anulando el esfuerzo del individuo.

Cuando el astrólogo «avanza» en la vida del cliente (o en la suya propia, obviamente) ya no va a encontrarse con unos patrones celestes que han sido fijados para un nacimiento y son inmutables. Ahora se mueve en una región donde hay fuerzas en movimiento, un eterno fluido de relaciones; un área en que, en primer lugar, puede ocurrir cualquier cosa porque no hay forma de limitar el abanico de posibles influencias; yen segundo lugar, donde lo que el individuo *espera* del futuro, es un poderoso factor para determinar lo que verdaderamente va a suceder. El hombre no vive solo. Es parte de una familia, de un grupo, de una nación, de la humanidad y, en último término, del universo. El influye con sus acciones en aquello de lo cual forma parte, pero, a su vez, es influenciado, con mayor efectividad aún, por los diferentes conjuntos en los que está integrado. ¿Cómo puede, entonces, el astrólogo representar con validez y coherencia todas estas influencias e impactos mentales interrelacionados que asaltan a un individuo cualquiera, especialmente en nuestra amplia y caótica sociedad del siglo XX? Además, el futuro no es algo que tiene lugar por sí mismo, fuera del contexto del individuo. La actitud de éste hacia el futuro ayuda a crearlo, y esto no sólo hace imposible el determinar unos sucesos futuros precisos, sino que además hace recaer sobre el astrólogo la gran responsabilidad de condicionar la actitud de su cliente hacia el futuro.

Pero no queremos decir que los pronósticos sean por ello ilusorios e inciertos. No sólo se puede probar estadísticamente que las predicciones hechas por astrólogos eficientes, sabios, e imparciales alcanzan un alto porcentaje de exactitud, sino que además podemos ver *cómo* puede lograrse que las predicciones astrológicas sean correctas y *en qué forma y dentro de qué limites* se puede esperar que sean fidedignas. El factor básico a tener en cuenta es que cualquier cosa que le ocurra a un organismo (un cuerpo o una personalidad) puede ocurrir sólo dentro de los límites de su capacidad de respuesta. Nada puede provenir de una persona que no esté ya en potencia dentro de ella.

Traducido al lenguaje de la técnica astrológica, esto quiere decir que cualquiera que sea el impacto de las configuraciones e influencias planetarias después del nacimiento, este impacto

seguirá las líneas de respuesta funcional que aparecen en la carta. Cualquiera que sea la enfermedad o el inusual sentimiento de elevación que pueda experimentar un hombre, lo experimentará con su cuerpo y su mente, es decir, dentro de los límites de la «anatomía» de su organismo físico y psicológico. La estructura de una personalidad individual es la «ley» y la «verdad» de dicha personalidad y todo lo que le acontezca al individuo está condicionado por esta ley y esta verdad.

He dicho condicionado; no he dicho predestinado. Los sucesos de la vida interna o externa pueden ser una *compensación* por los defectos o debilidades inherentes. Una pequeña abertura en el tejido de la personalidad puede convertirse, bajo la presión de sucesos sociales o cósmicos, en una brecha por la que pueden entrar las fuerzas del mal. Si esto ocurriese, se debería, por supuesto, a la existencia de algún punto débil en el armazón de la personalidad. Los puntos débiles aparecen en la carta natal y, si esta intrusión de fuerzas destructivas ocurriese, el astrólogo debería ser capaz de averiguar (por medio de los diversos métodos para comprobar los procesos de la vida humana) cómo y bajo qué circunstancias ha tenido lugar esta intrusión. Puede que conocer todo esto no sea de gran utilidad para la persona afectada, pero el astrólogo puede descubrir, además, el marco de referencia concreto en el que ha ocurrido, y así, esencialmente, el *por qué* ha ocurrido.

Imaginemos que un judío residente en Alemania es perseguido y torturado durante el régimen nazi. Sus reacciones ante las horribles experiencias están condicionadas por lo que él es como individuo humano, es decir, por las potencialidades de su carta natal. Quizás sobreviva a las desgracias conservando su personalidad intacta, o quizás pierda la razón, o muera. El tipo de pruebas, las condiciones en que sucedieron y la época deben estar representados en la carta por algún factor o grupo de factores astrológicos. Pero el estudiante de astrología debe comprender que puede haber *un número indefinido de factores* que hagan alusión a estos trágicos sucesos. Los indicadores astrológicos pueden ser tránsitos importantes, una concentración de aspectos progresados, eclipses, etc. Nadie podría decir *a priori* cuáles iban a ser los símbolos fatales y menos aún si los nazis estarían en esa época gobernando en Alemania.

Puede ser muy significativo, a nivel psicológico y espiritual, que el judío perseguido ha podido sufrir por dos razones distintas: porque era un individuo con predisposición a cierto tipo de tragedias personales, o porque era un judío residente en Alemania. Es de una gran importancia *espiritual* que el individuo sepa esto, ya que así puede determinar el «marco de referencia» de su tragedia y la repercusión de su respuesta sobre la humanidad y el universo y, como resultado, la extensión de su responsabilidad (su capacidad de respuesta).

El psicólogo moderno, que pertenezca a la escuela de pensamiento de Carl Jung, comprenderá rápidamente la importancia de las anteriores afirmaciones, al estar acostumbrado a diferenciar entre el inconsciente «personal» y el «colectivo», y a relacionar las indicaciones derivadas de los sueños y de otros factores psicológicos con uno u otro campo. El astrólogo debe desarrollar alguna técnica similar si desea que sus interpretaciones y sus pronósticos sirvan de valiosa ayuda para su cliente. Sobre todo debería comprender que el valor de la astrología -psicológicamente hablando, al menos- no reside en su habilidad para decir *lo que es probable* que pase (realmente no puede decir más) sino para ayudar a su cliente a entender plenamente y con todo su ser lo que está ocurriendo o ha ocurrido en el pasado.

Nadie sabe en realidad lo que es su «propio ser». La mayoría de la gente vive desde una pequeña porción de su naturaleza, responde tan sólo desde la periferia de su ser, y nunca usa más que una pequeña fracción de sus células cerebrales y, en general, de sus potencialidades inherentes. La carta natal es un símbolo tan abstracto (que trata sólo de un reducido número de funciones básicas) que es imposible para el astrólogo deducir de ella todo lo que el cliente quisiera saber sobre sus potencialidades.

Aquí es donde entra el uso de las progresiones y los tránsitos, ya que, a través de su estudio, el astrólogo puede delimitar *cuáles* de estas potencialidades se verán acentuadas a lo largo del proceso de la vida, cuáles atraerán la atención del nativo o despertarán su interés por influencia de sus relaciones personales o sociales. También podrá establecer aproximadamente *cuándo* tendrá lugar esto y bajo qué circunstancias. Estos conocimientos, si se usan adecuadamente pueden contribuir a la formación de una personalidad más completa.

Nos ocurre lo que nos tiene que ocurrir. Al avanzar en nuestra vida y nuestra experiencia, nos relacionamos con los hombres, con colectividades, con un universo dinámico e impersonal. Nos encontramos con mareas históricas, con flujos y reflujos. Se mueven de acuerdo con unos vastos ritmos sociales y cósmicos. De igual forma que una radio puede sintonizar una longitud de onda u otra, nosotros experimentamos estas ondas históricas según nuestra propia capacidad de reacción frente a ellas -nuestra selectividad-. Los «aspectos progresados» de nuestros planetas indican cambios de sintonización y de nuestra capacidad de respuesta. Pero, a través de nuestros aparatos receptores, sólo nos llega *lo que ya existe ahi fuera.* Podemos sintonizar una onda de rebelión uraniana contraria a las relaciones que atan. El astrólogo nos puede decir cuándo recibiremos esta onda, pero no puede decirnos qué va a traer esta onda uraniana a nuestra conciencia. Puede que sea una lucha política, o una oportunidad de demostrar nuestra capacidad de iniciativa. Puede suponer un gran transtorno a nivel planetario en general.

El primer caso podría llevarnos a actuar de forma tal que alcanzáramos poder y prestigio local, al ser el marco de referencia de lo local algo que podemos abarcar y tratar adecuada y constructivamente. Pero también podríamos ser un judío alemán en los años de persecución nacional y mundial; y en este caso, nuestra rebelde respuesta uraniana nos enfrentaría a situaciones y fuerzas colectivas que somos incapaces de solventar por nosotros mismos de una forma constructiva. En este punto nos encontramos desbordados por los acontecimientos y en inferioridad de condiciones; la crisis uraniana ha resultado destructiva, pero nadie hubiera podido predecir la esencia y las circunstancias sociales de tal tragedia. Lo único que se podía predecir era que en esa determinada época sintonizaríamos una onda histórica con sello uraniano. La mayoría de nosotros puede afrontar los procesos históricos de una ciudad, pero muy pocos pueden verse envueltos en la historia mundial y conservar su integridad o su salud.

Como veremos más adelante, las progresiones tratan teóricamente de la forma en que sintonizamos las diferentes longitudes de onda de las experiencias y creamos nuestras oportunidades, mientras que los tránsitos nos hablan del impacto que ejerce

sobre nosotros el mundo externo, o sea, de las realizaciones a que nos fuerza nuestra participación (voluntaria u obligada) en los diversos grupos privados o públicos. Aunque, en la práctica, ambos factores astrológicos aparecen continuamente entrelazados, no podemos separar sus efectos, como no podemos separar el hecho de que actuamos como personas íntegras, según el ritmo individual de crecimiento o desintegración, del hecho de que también actuamos como parte de grupos y colectividades que, a su vez, nos mueven y nos moldean, seamos conscientes de ello o no.

Tampoco deberíamos olvidar que obedecemos a un ritmo definido de desarrollo orgánico, dentro de una limitada parcela de la vida, simplemente porque pertenecemos a la especie humana, al género *horno sapiens.* Así, las progresiones y los tránsitos planetarios deben interpretarse en referencia a las posibilidades humanas definidas por la *edad* del individuo.

Después de considerar todo esto, debemos llegar a la siguiente conclusión: la determinación de la naturaleza abstracta de nuestra individualidad (el patrón espacial de nuestra carta natal) es algo teóricamente simple (aunque puede volverse muy complejo si se intenta traducir las indicaciones abstractas en rasgos de temperamento y carácter); en cambio, determinar la manera en que esta individualidad va a revelarse y a realizarse a través de los intrincados ciclos de la vida, resulta muy difícil. Es realmente imposible, si por «determinar» entendemos el describir una serie de sucesos concretos predestinados.

Un ser humano representa un pequeño ciclo dentro de una serie inacabable de ciclos mayores, concéntricos y excéntricos; todos estos ciclos mantienen una interacción y una penetración recíproca. Nada queda aislado. Ningún organismo crece en el vacío, del nacimiento a la muerte, de semilla a semilla. Todo lo que el astrólogo puede revelar, tras estudiar el caso de un individuo, es el momento en que va a modificarse el ritmo del ciclo personal, ya sea por cambios orgánicos inherentes o como resultado de la apertura a ciertas energías provenientes de los conjuntos orgánicos de los que forma parte -apertura que puede producirse consciente o inconscientemente, por propia voluntad o en contra de ésta.

Nadie puede adelantar cuáles serán estos resultados. Una vez

abierta la puerta, una vez que se ha establecido (o se ha roto) la relación, puede ocurrir *casi cualquier cosa*. Esta tiene lugar, esencialmente, en una dirección particular, o justo en la dirección opuesta, pero la naturaleza exacta y, en especial, la extensión y las implicaciones del suceso, quedan fuera de nuestro alcance. No pueden conocerse, simplemente, porque no podemos saber qué relaciones unirán en esa época al organismo que sigue en la secuencia con otros organismos aún más amplios. Abrimos el dique que comunica al arroyo con el río, que a su vez conecta con el mar. Esperamos unos cuantos metros cúbicos de agua, pero nos podemos ver frente a una gigantesca ola. Esperamos una trucha y aparece un tiburón devorador de hombres. La astrología, tal como la conocemos hoy, no puede determinar cuál de las dos posibilidades se hará realidad. Sólo puede informarnos de que desearemos abrir el dique en un preciso momento, y lo más probable es que lo abramos. A partir de ahí el riesgo corre de nuestra cuenta.

La predicción es de la misma naturaleza que el pronóstico del astrónomo al anunciarla llegada de la primavera con el equinoccio. Sí, la primavera llegará: esta es una afirmación general y abstracta. Pero las manifestaciones o resultados concretos de la primavera -temperatura templada, hojas verdes, flores y un feliz sentimiento de renacer- pueden llegar a últimos de febrero o en abril, porque el paso del sol por el ecuador, aunque fundamental, no es el único factor implicado en el cambio de clima y el crecimiento de las plantas. La primavera vendrá, pero ¿qué clase de primavera? ¿Cómo afectará a los seres humanos? El astrónomo tampoco puede responder a esto.

El astrólogo puede ver que Júpiter y Saturno formarán una cuadratura en un número definido de días o años después del nacimiento del sujeto. A partir de éste y de otros factores puede deducir que el desarrollo del individuo se verá afectado por una crisis en un año determinado, o un poco antes o un poco después. Puede estimar con bastante aproximación el carácter de la crisis, o la faceta humana sobre la que se centrará, o la clase de actividades o circunstancias generales que estarán implicadas en la crisis. Pero no puede predecir los acontecimientos que provocará, ni cómo va a responder el individuo ante las demandas que toda crisis implica.

Toda crisis es un desafio. Cada aspecto progresado y cada tránsito es una oportunidad para una mayor transformación, expansión o purificación. Es una puerta que se abre sobre el inmenso océano de la vida y del inconsciente, colectivo y universal. La principal tarea de la astrología consiste en ayudarnos a recibir lo que llega hasta nosotros a través del umbral; y no en especular sobre la remota apertura de unas puertas que ni siquiera podemos distinguir desde aquí. Cada paso hacia delante, cada crisis de crecimiento, es una pérdida del equilibrio contrarrestada inmediatamente por un esfuerzo por restablecerlo. Si intentamos dar dos pasos a la vez, nos caemos.

El hombre sabio lo sabe. No se preocupa de los problemas que aún no se han manifestado. Pero, desde su comprensión de la actividad cíclica de la naturaleza, puede tener una amplia e impersonal perspectiva de las cosas. Estudiando la naturaleza y sus ciclos, se prepara para afrontar todo aquello que le aguarde a él o a cualquier otra persona con la que esté relacionado. Aprende las leyes del cambio, rehusa apegarse a las formas y no teme el desafío de lo nuevo. También evita la preocupación por lo que aún no ha acontecido. Es sabio, porque está tan libre del futuro como lo está del pasado.

Tal sabiduría es tan difícil como extraordinaria. Pero sin ella, la predicción astrológica no sirve a propósito psicológico alguno.

PASON°10

El estudio de los tránsitos y los ciclos naturales

Los tránsitos v la carta natal

Durante miles de años, el gran esfuerzo espiritual de la humanidad ha sido comprender el pleno y auténtico significado de dos ideas fundamentales. La primera, que el mundo de los cambios no debía considerarse (ni temerse) como un caos de energías que se forman y se disipan sin sentido, sino como un ámbito ordenado de actividad universal en donde el movimiento es periódico o cíclico -incluso cuando no lo capten así nuestros superficiales sentidos y nuestras inquietas y temerosas emo ciones-. El segundo concepto básico es que, si supiéramos delimitar los ciclos apropiadamente, veríamos que se puede considerar a cada ciclo como la esfera donde se desarrolla un tipo determinado de entidad que conserva sus características específicas, biológicas, psicológicas y espirituales, durante el ciclo completo.

Los milenarios esfuerzos de los líderes espirituales de la humanidad han ido progresando sobre la base de este segundo concepto, para lograr que el hombre pueda verse a sí mismo como una *identidad permanente,* es decir, que permanece duran te todo un ciclo. Vemos cómo se desarrolla este concepto en la

antigua Asia y Caldea, creándose la imagen de dioses cíclicos, que operaban desde el comienzo hasta el fin de extensas edades cósmicas y habiéndose dividido el tiempo en períodos de manifestaciones divinas y períodos en los que los dioses dormían, volviendo a despertar con el nuevo amanecer cósmico.

No obstante, después de miles de años de desarrollo mental, algunos hombres comenzaron a pensar en un Ser Supremo *que no dormía* durante los períodos de disolución o descanso universal; que no sólo mantenía la integridad de su ser a través de todas las fases concebibles en el tiempo, sino que además permanecía activo de manera misteriosa y transcendente. Hace aproximadamente unos cinco mil años, los filósofos y yoguis hindúes alcanzaron a comprender que la misteriosa y trascendente condición de ser, podía llegar a conocerse. Predicaron que el hombre participa de la misma esencia que el Ser Supremo y que, por lo tanto, no tiene por qué ser esclavo del sueño o de la muerte. El hombre podía conservar su ser más allá del ciclo vital en que logró emerger como individuo. Podía dominar los ciclos y *conocer a Dios dentro de su propio ser,* si estaba dispuesto y era capaz de someterse a rigurosas disciplinas de conducta y pensamiento.

La astrología jugó un papel trascendental en esta evolución de la conciencia espiritual del hombre. En primer lugar, demostró que el primero de los dos conceptos anteriormente mencionados era correcto, o sea, proporcionó una prueba de que el tiempo era cíclico y que los cambios eran secuencias periódicas de transformaciones o metamorfosis. Más tarde, la astrología estableció una representación simbólica del segundo concepto, el cual indica que cada hombre es un individuo en potencia, es decir, que en su interior existe, más allá de los cambios superficiales de humor, temperamento y carácter, *una estructura permanente de ser individual.* Esta estructura permanente es condición indispensable para la existencia de la «inmortalidad individual». Es la identidad inmutable, el «arquetipo» del individuo en el núcleo mismo de todos los cambios biopsicológicos. Es la carta natal.

La carta natal no cambia, pero el mundo continúa adelante y los cuerpos celestes prosiguen sus movimientos cíclicos como si nada hubiese ocurrido. Sin embargo ha ocurrido algo formidable; ha nacido un hombre con la capacidad, en potencia, de

detener el tiempo en sí mismo e inmortalizar la estructura de su propia conciencia, la estructura -patrón que aparece en el cielo en el momento de su primer aliento-. Si llega a realizarlo, se convertirá, como persona humana viva, en su propio cielo -esto es, la proyección divina sobre la tierra de una parte de Ser universal-. La inmortalidad es, por esto, el triunfo sobre el hado que nos destina a un cambio constante, mediante algo que se resiste a cambiar -o hablando de una forma abstracta, el triunfo del espacio sobre el tiempo-. Ello implica también el triunfo del «ser» sobre la «naturaleza», porque el «ser» es la identidad inmutable del individuo, el «yo»; y el «yo» es, fundamentalmente, la estructura estable de ser con la que se deberán relacionar cada uno de los factores mutables, para que pueda haber *conciencia.*

Si el «yo» y su representación celeste (la carta natal) no están sujetos al cambio, la naturaleza, por su parte, es cambio perpetuo. Es la expresión de la interacción de fuerzas y energías en eterno flujo y reflujo, configurándose como los cuerpos que podemos percibir (desde moléculas hasta planetas), para más tarde desintegrarse y dejar que los componentes materiales se disipen. Gracias a la astrología (y a las ciencias que partieron de ella) sabemos que la naturaleza tiene un orden; sus manifestaciones son cíclicas y pueden estimarse según los movimientos regulares de los cuerpos celestes. Una vez que sabemos esto, no tenemos necesidad de temer estos cambios naturales (entre ellos la vejez y la muerte física) y debemos comprender que conservar (o inmortalizar) nuestra conciencia individual del ser significa *triunfar* sobre la naturaleza, sus incesantes transformaciones y su tendencia universal que la arrastra a un punto muerto («entropía»).

Astrológicamente hablando, esto quiere decir que debemos mantener la integridad de nuestra carta natal frente a la presión ejercida por el universo del cambio (la naturaleza) y frente a los impactos o influencias de los cuerpos celestes que siguen adelante y alteran sus posiciones después de nuestro nacimiento. Estos impactos constantes son lo que los astrólogos llaman «tránsitos». *Un tránsito es la manifestación de la incesante presión ejercida por la naturaleza sobre la estructura natal y arquetípica de nuestra propia conciencia de ser.* Incita al poder universal del cambio -y

de los factores colectivos o sociales de la experiencia individual que constituyen la «naturaleza humana»- en contra de la integridad del individuo; enfrenta a las efemérides con la carta natal.

Todos los tránsitos (excepto el paso de los planetas por los lugares que ocupaban en la carta natal) tienden a distorsionar y desfigurar el esquema básico de nuestro ser, a desequilibrarlo. Son, por lo tanto, desafíos. Si nos enfrentamos a ellos y permanecemos fieles a nuestra «verdad» arquetípica (que puede leerse en la carta natal), habremos ganado mucho en conciencia y poder. Al triunfar sobre el cambio o la oposición, aprendemos más sobre nuestra cualidad de «ser inmutable». Podemos vivir una vida más plena, plasmar un poco más de nuestro ser en la vida terrestre, expresar nuestro carácter más apropiadamente y *convertirnos realmente en lo que ya somos en potencia* -lo cual es el fundamento de la «inmortalidad personal».

Las técnicas de los tránsitos

Las afirmaciones anteriores resultan más evidentes y útiles cuando consideramos la técnica que el astrólogo utiliza para estudiar estos tránsitos. Una vez que ha calculado la carta natal para el momento exacto del primer aliento (el primer momento de existencia independiente como individuo), el astrólogo abre las efemérides. Si desea determinar los tránsitos que afectan a la carta en una época precisa, busca en las efemérides ese año y ese día específicos y anota las posiciones zodiacales de todos los planetas. Luego los encuadra dentro del «marco de referencia» de la carta natal y ve en qué casas recaen. También calcula las relaciones angulares que forman estas nuevas posiciones planetarias y las posiciones que los planetas ocupan en la carta natal.

Imaginemos que en la carta Neptuno estaba en 19° 48'Cáncer (1 de agosto de 1910). El día 5 de mayo de 1946, de acuerdo con las efemérides, Saturno se encuentra en el mismo grado zodia-

cal, 19° 48'Cáncer. Júpiter se encuentra 90° más allá en 19° 48'Li bra en oposición a Mercurio que está en 20° Aries. El astrólogo dirá que Saturno está transitando sobre el Neptuno natal; que Júpiter y Mercurio forman, por tránsito, cuadraturas con este Neptuno natal. En la misma fecha Marte entra en conjunción, por tránsito, con el Sol natal (a 7° Leo).

El astrólogo considerará los diversos tránsitos para determinar el significado de cada uno de ellos; una vez hecho esto, tratará de coordinar las indicaciones obtenidas para formar un cuadro coherente de lo que el' nativo puede esperar para el día 5 de mayo de 1946 o fechas aproximadas. Afirmará que el poder de Saturno en tránsito, superponiéndose al de Neptuno natal, afecta rá a la significación de Neptuno en la carta natal -su conciencia social, su sentido de los valores espirituales o su subconsciente-. Si la posición del Neptuno natal en Cáncer indica una predisposición a la enfermedad, es muy probable que Saturno la acentúe o consolide; pero si Neptuno en Cáncer indica una actitud difusa y voluble hacia las responsabilidades del hogar, Saturno, al pasar por el Neptuno natal, puede empujar al nativo a asumir una actitud más estable, quizás en condiciones dolorosas y algo opresoras.

El tránsito de Marte sobre el Sol natal en Leo se interpretaría, por otra parte, como una indicación vehemente y un estímulo emocional; mientras que Júpiter y Mercurio en cuadratura por tránsito al Neptuno natal, tenderían a incrementar las presiones sociales y mentales sobre el nativo. En otras palabras, la relación entre cada «planeta en tránsito» y cada «planeta natal» se interpretará según las indicaciones que aparecen en los libros de texto, tradicionales o actuales.

Aparte de este método estrictamente analítico hay otras aproximaciones al estudio de los tránsitos. El que ha demostrado mayor validez está basado en la relación cíclica entre los planetas en tránsito y todos los planetas natales, y estudia el significado de los períodos de la vida determinados por la estancia de los planetas en tránsito en cada una de las doce casas y en cada uno de los cuatro cuadrantes de la carta natal.

En el ejemplo antes mencionado, Saturno natal estaba en 6° 18'Tauro. Este planeta completa su recorrido zodiacal en una media de 29 años y 9 meses, por lo que volverá al lugar que

ocupaba en el nacimiento aproximadamente unos 30 años después. Como su movimiento se observa desde el marco de referencia de la carta, cuando el astrólogo vaya pasando las páginas de las efemérides, mes tras mes, ano tras ano, podrá ver que este Saturno en movimiento entrará en conjunción con cada uno de los planetas de la carta y cruzará sucesivamente todas las casas. Por ello, si trazamos un esquema del ciclo completo de 30 años alrededor de la carta natal, descubriremos los «períodos críticos», esto es, los años y los meses en que Saturno hace fuertes aspectos sobre los planetas natales y su paso de una casa a otra y especialmente de un cuadrante a otro (los cuadrantes están marcados por los cuatro «ángulos» de la carta).

En otras palabras, la función que Saturno representa en la carta, en su expresión individualizada, puede verse *evolucionar* durante un período de 30 años en la vida del individuo, como resultado de las relaciones que va a mantener con las otras funciones planetarias dentro de la personalidad. Cada planeta tiene su propio ciclo y se puede seguir el mismo procedimiento con cada uno de ellos. Así, mientras que la carta natal indica el *punto de partida* de estas actividades funcionales (el factor hereditario, básicamente) los tránsitos indican su *evolución continuada* desde el nacimiento a la muerte.

Esta interpretación del significado de los tránsitos es válida, y tiene sentido. Pero olvida que la carta natal es *el arquetipo inmutable de la conciencia individual* y no sólo el *punto* de partida para la vida de una persona. La carta natal, al ser dicho arquetipo, marca una ruta. Sin embargo, esta meta se verá constantemente ensombrecida y ocultada por las interacciones de las energías inconscientes y primarias de la naturaleza; a menos que el individuo logre ampliar y reforzar su comprensión de esta meta divina enfrentándose con éxito a los desafíos de la naturaleza y de las transformaciones.

Los sucesos que forman, o formarán en el futuro parte de una vida humana, dependen del resultado diario de la contienda o el conflicto entre el ser y la naturaleza, entre el proceso de individualización que parte desde dentro del ser humano y la presión que ejercen las fuerzas colectivas y cósmicas, *entre la carta natal en su conjunto y el cielo, según aparece en las efemérides para los años siguientes al nacimiento.*

Estudiar los tránsitos planetarios es comparar la carta natal con la «manifestación de los cielos» para un momento dado; en esto todos los astrólogos están básicamente de acuerdo. Donde difieren de alguna manera es en la interpretación que dan a la relación entre ambos. En mi opinión los tránsitos planetarios después del nacimiento no representan directamente una *evolución,* de las funciones y su carácter particular, que ya vienen indicados por las posiciones y los aspectos natales de estos planetas, sino más bien un *desafío* a las estructuras de la carta natal, considerada como up arquetipo inmutable de la conciencia individual.

Consideremos por ejemplo, una carta natal en la que Júpiter está sextil a Saturno. Desde mi punto de vista, el movimiento de Júpiter, después del nacimiento revelado por las efemérides, distorsionará la relación natal de Júpiter y Saturno y, por lo tanto, la forma y la meta arquetípicas de las funciones sociales o religiosas del individuo, su orientación hacia los intercambios comunitarios, su sentido de la estabilidad y la seguridad social y personal, todo ello conectado con esta relación Júpiter-Saturno. La carta natal define el carácter y el propósito de la relación como «sextil». Pero la vida, día a día, tiende a alterar esta definición, transformando la relación, tornándola una cuadratura, una oposición, etc. ¿Significa esto una «evolución» de la relación? Yo afirmo que, significa por el contrario un reto al individuo considerado como un todo de cuyo carácter espiritual permanente, el sextil Júpiter-Saturno era una parte integrante.

El cambio gradual en las posiciones de Júpiter y Saturno supondrá una consolidación de la individualidad natal cuando los planetas vuelvan a sus posiciones natales y también, cuando el aspecto entre Júpiter y Saturno en el cielo vuelva a ser, un sextil, dos casos enteramente distintos. Una prueba o desafío, por su parte, puede traer consigo -como ya vimos- un incremento de la conciencia, si se afronta apropiadamente, o una distorsión del patrón espiritual básico de la conciencia y el carácter individual. Es casi imposible determinar con acierto cuál de estas dos alternativas se manifestará en la realidad; imposibilidad que apunta hacia la libertad espiritual del individuo. Lo que sí podemos determinar con bastante precisión es la naturaleza del desafío y el tipo general de circunstancias en que éste tendrá lugar.

Cuando en agosto de 1921, Franklin D. Rooselvet contrajo la parálisis infantil, los funestos poderes de las fuerzas naturales del clima y de los virus le colocaron ante un aterrador desafío, ¿qué encontramos? Una conjunción de Marte y Neptuno en tránsito por Leo en la casa 11ª, en oposición al Sol y a la parte de la Fortuna natales; esta conjunción forma a su vez, una cuadratura con Saturno, Neptuno y Júpiter natales, agrupados en la casa 8ª; una conjunción del Sol y Mercurio en tránsito por 29° 49'Leo al principio de la casa 12ª, en oposición a su Mercurio natal (regente de la carta) y en cuadratura a Marte natal en la casa 1 P; Júpiter y Saturno en tránsito de conjunción con el ascendente (todo ello según la hora de nacimiento que aparece en el diario de su padre).

Siguiendo el método de estimación, de los tránsitos, el astrólogo los tomará uno por uno y evaluará su fuerza y su sentido. Por ejemplo, la oposición de Neptuno al Sol natal imparte vitalidad, y los signos de Leo y Acuario sugieren problemas en la espina dorsal y el corazón, así como lesiones en las piernas. Además de la conjunción Marte-Neptuno podemos deducir un suceso imprevisto y pernicioso que, debido a la cuadratura de Saturno, Neptuno y Júpiter afectará posiblemente a su posición social y a su fuerza.

La conjunción de Júpiter y Saturno sobre el Ascendente natal es un tránsito del que podemos hacer muchas deducciones, silo estudiamos por separado. Podría indicar una nueva responsabilidad, un paralelismo o unión entre el destino personal y nacional; implica ciertamente un desafío. Pero ¿qué clase de desafío, del individuo? Los nuevos métodos de análisis de tránsitos nos ayudarán a responder estas preguntas.

Podemos tomar el ciclo del tránsito de Saturno *y* decir que la llegada de éste al Ascendente libera, una especie de semilla de futuro que no podrá germinar y crecer hasta que Saturno alcance el Nadir o Fondo del Cielo de la carta natal y comience a subir hacia el Descendente y el Medio Cielo. De esta forma el tránsito de Saturno aparece como una fase crítica del ciclo saturniano de 30 años y, en forma similar, el tránsito de Júpiter sobre el Ascendente aparece como una fase crítica de un ciclo de 12 años.

Podemos ir más lejos. Júpiter y Saturno estaban conjuntos en la carta natal de Roosevelt. Dicha conjunción se vuelve a

producir cada 20 años, aproximadamente, teniendo en cuenta el movimiento retrógrado de los planetas. Si volvemos a lo que se dijo antes, la conjunción de 1921 podría tomarse como una consolidación del «individual» de Roosevelt porque aquí la Naturaleza repite el patrón que encontramos en la estructura de su «ser» permanente (la carta natal). De forma parecida, la conjunción Júpiter-Saturno de 1940-41 restableció el prestigio social de Roosevelt, que fue reelegido para un tercer mandato sin precedentes en la historia. El fortalecimiento de 1921 se interpretó basándose en su relación can el Ascendente; la conjunción alentó la voluntad original del espíritu individualizado que F.D. Roosevelt era. Pero en 1940-41 el fortalecimiento fue social y estaba basado en los frutos de sus asociaciones con sus compañeros de trabajo, porque la conjunción se produjo en la casa 8ª (goces y beneficios de las relaciones) yen conjunción con Neptuno; la conjunción Júpiter-Saturno ocurrió en el mismo punto en que aparece la carta natal, acentuando el fortalecimiento.

Este tipo de análisis puede aplicarse a la mencionada conjunción de Marte y Neptuno que tuvo lugar cuando Roosevelt contrajo la parálisis. En su carta natal, Marte retrógrado en la casa 10a formaba una *semicuadratura* con Neptuno en la 8ª; pero en agosto de 1921 Marte y Neptuno estaban conjuntos en 15° Leo en la casa 1 1a natal (aspiraciones sociales, esperanzas, deseos, etc.). Al ser la semicuadratura el signo de la movilización y el despertar, la tarea de Roosevelt era de acuerdo con sus patrones arquetípicos de conciencia y propósito, movilizar su iniciativa profesional y su poder de penetración mental (Marte en Géminis en la casa 10a) por una necesidad de regeneración (Neptuno en casa 8a) para llegar a un «nuevo acuerdo» en la organización social (conjunción Júpiter-Neptuno-Saturno).

En agosto de 1921 el ciclo natural empujó a la semicuadratura natal de Marte y Neptuno a convertirse en conjunción y, con ello, a alterar y distorsionar la individualidad y el propósito espiritual de Roosevelt avivando de forma subrepticia (Neptuno) los propios cimientos de sus esperanzas de alcanzar el liderazgo marciano (Marte-Neptuno en la casa 119. La naturaleza desafiaba al ser. Esta prueba en agosto de 1921 le llevó a una mayor conciencia del poder espiritual, después de asimilarlo e individualizar en sí mismo la necesidad de una nueva sociedad (el

Ascendente natal «absorbió» la fuerza de Júpiter y Saturno).

Podría añadirse aún mucho más para mostrar las posibles aplicaciones prácticas de los conceptos que he intentado definir aquí brevemente, pero confío en que el principio general haya quedado claro. Los tránsitos y el patrón geocéntrico del sistema solar revelan, día tras día, la constante presión que ejercen todos los factores colectivos e inconscientes, los cuales desafían sin cesar la estabilidad del carácter, el propósito y la conciencia social del individuo. A pesar de todo, hay una cierta magia en la presión de la naturaleza sobre las fronteras del ser individual, similar a la presión del mar sobre los organismos que en él existen. Al resistir esta presión, el hombre puede llegar a ser consciente de su ser y de su propósito particular, señalado por Dios. En la confrontación con el impacto de una naturaleza que no se detiene, impasible y misteriosa, arropada en perpetuo vaivén de los ciclos de nacimiento y muerte, el hombre se ve apremiado a escoger entre hacerse inmortal o desintegrarse, junto con todo lo que le rodea.

Naturaleza, cambio, tiempo, son sólo diferentes nombres para este apremio, al que los hindúes denominan *«maya»*, ilusión. Pero *maya* es también María, la madre universal, el mar; a los cuales hay que trascender y sobrepasar para que el ser humano haga suya la «semejanza de Dios» latente en cada hombre, y la incorpore a su personalidad, que será entonces, inmortal. La astrología de los tránsitos nos traza en las páginas de las efemérides el camino hacia nuestra inmortalidad, señalando aquello que deberemos sobrepasar y asimilar. Si detalla con precisión unos sucesos concretos es porque lo que llamamos «sucesos» es el resultado del encuentro entre nuestra conciencia individual y las innumerables olas, flujos y reflujos de la naturaleza. La naturaleza no provoca acontecimientos por sí misma. Es nuestro contacto con ella, ya sea conflictivo o armonioso, el que hace que los sucesos ocurran. El hado, lo negativo, es tan sólo uno de nuestros dos compañeros en la vida; el otro es nuestro núcleo individual, la Idea divina. Cada suceso marca la victoria o la derrota de nuestro Dios - hasta que se celebre un nuevo torneo.

Algunos de los desafíos representados por los tránsitos tienen un objetivo de largo alcance. Los cambios que pueden producir en nuestra personalidad se manifiestan con gran lentitud. Los resultados finales nos sobrepasan, están más allá de nuestra posibilidad de experimentarlos totalmente en este corto lapso de vida. Pero podemos contemplar su desarrollo -ya se encaminen a la desintegración de nuestro cuerpo, o a la inmortalización de nuestra personalidad- incluso aunque no podamos o no nos atrevamos a ver el final de estos procesos. Me estoy refiriendo aquí a los procesos expresados por los ciclos siderales de Urano, Neptuno y Plutón.

Urano recorre su camino alrededor del Sol en 84 años. Neptuno lo hace en casi el doble de tiempo (unos 165 años, aproximadamente); Plutón es un poco menos de tres veces ese mismo tiempo (248 años). La relación entre estos ciclos (3-2-1) es realmente singular y debe indicar algún factor de suprema importancia. La tradición mitológica nos cuenta que el Dios creador dio «tres pasos» en el comienzo de los mundos; pero se refieren al proceso de conversión de los principios universales en particulares. En términos de evolución individual, los tres planetas transaturnales simbolizan las tres fases de un proceso de universalización que -si llega a completarse- libera a la conciencia de las limitaciones impuestas por la saturniana rigidez del ego.

He mencionado anteriormente que el movimiento continuo de los planetas después del nacimiento representa a la «naturaleza» en sus incesantes cambios, en contraposición a la «conciencia individual de ser» expresada en la carta natal. Pero, según todas las enseñanzas religiosas y ocultas, el hombre es ese ser en cuyo interior se establece un contacto entre dos naturalezas distintas que deberán ser integradas, teniendo como centro de dicha integración al ego saturniano. Podemos llamar a estas dos naturalezas «celestial» y «terrestre» respectivamente, o asignarles cualquier otro nombre, pero en esencia tratan de los dos polos de la conciencia, el universal y el particular. Los movimientos cíclicos de los planetas transaturnales simbolizan la presión de la «naturaleza universal» sobre nuestro limitado ego. Mientras que los restantes planetas (desde Saturno al Sol) simbolizan la presión ejercida por nuestra naturaleza humana orgánica y terrestre. Los tránsitos de Urano, Neptuno y Plutón nos incitan a ser *más que un hombre;* los otros tránsitos a ser *un hombre mejor.* La diferencia es muy significativa.

El ciclo de Urano es el que se relaciona con el proceso anterior (el ser «más que un hombre»), porque puede abarcar una vida humana normal. Este ciclo se divide en períodos de 12 y 7 años; los doce períodos de 7 años tratan del desarrollo de los rasgos del carácter. Los siete períodos de doce años, señalan los cambios en nuestras perspectivas sociales y económicas (el ciclo de 12 años es en esencia un ciclo Jupiteriano). Estos períodos se relacionan con los aspectos que hace Urano sobre su propia posición en la carta natal. El tránsito de oposición se produce a los 42 años, señalando la crisis de los cuarenta cuando tiene lugar un «cambio de vida» psicológico, e incluso biológico, en hombres y mujeres. Las cuadraturas por tránsito ocurren sobre los 21 años (la «edad adulta»), sobre los 63 (la «edad de la filosofía», cuando se recolectan todas las energías biológicas para dar lugar a una «semilla» espiritual -o su cristalización en el estado senil).

Estos períodos vitales son prueba de la metamorfosis, del impulso para llegar a ser como individuo más de lo que el hombre es actualmente dentro de la colectividad, es decir, trascender la norma de la humanidad actual (incluso el promedio de inteligencia y educación). Estos impulsos o desafíos actúan en general, liberando unos estímulos mentales o psíquicos que nos hacen estar insatisfechos con lo que somos y nos mueven a ir más lejos o, como escribió Nietzsche, «a saltar más allá de nuestra sombra». El salto puede conllevar que nos rompamos el cuello, pero nos conduce a nuevos planos de conciencia.

Estos períodos, marcados por los tránsitos, se extienden a todos los hombres y son por lo tanto, «genéricos». Los aspectos de Urano, sobre los otros planetas de la carta natal, tratan de las oportunidades «individuales» de crecimiento, o de una pérdida parcial de la integridad personal, si la presión no se usa de forma constructiva. El paso de Urano sobre los demás planetas de la carta natal tratan de las oportunidades «individuales» de creci-

miento, o de una pérdida parcial de la integridad personal, si la presión no se usa de forma constructiva. Siempre que Urano en tránsito afecta a un planeta, la función que este planeta representa tiende a ser estimulada o contrariada; el desafío de la «Naturaleza Superior» hace que esta función actúe a un nivel *más universal.* Todas las revoluciones uranianas tienen esta meta trascendental. Si no se llega a alcanzar esta meta, la revolución queda en un mero cambio externo que no cambia nada en realidad, o en una contrariedad sin sentido.

El paso de Urano en tránsito por los cuatro cuadrantes de la carta natal -y por cada casa- nos ofrece unas indicaciones básicas, ya que establece un ritmo de desarrollo espiritual y añade sentido ala posición de Urano en la correspondiente carta natal.

Neptuno verifica todo aquello que Urano activa ya sea la disolución de las limitaciones saturnianas sacudidas por Urano, o la gestación de la semilla trascendental que Urano proyecta. Siempre que Urano transita en aspecto a Neptuno puede ocurrir dicha fecundación uraniana, lo cual no significa que ocurra obligatoriamente, teniendo en cuenta la desidia humana. En la mayoría de los casos Neptuno no alcanza el punto de oposición a su lugar natal por tránsito. En otras palabras, *durante una vida sólo tiene lugar la mitad* del proceso de desafío neptuniano contra el ego de Saturno; la otra mitad trata de las condiciones que el ego afrontará después de la muerte y que le incitarán a una clase de crecimiento (o disolución) de la que ciertamente conocemos muy poco.

El tránsito de Plutón sólo se realiza en una tercera parte, incluso en el caso de una vida larga. Mientras que Urano actúa como un fuerte empuje hacia adelante, la acción de Neptuno es bidimensional, extendiéndose como el aceite, y el poder de Plutón actúa como un torbellino, de succión espiral. Plutón exige del hombre un poder de estructuración poco corriente. Se deben recoger energías explosivas dentro de un poderoso «motor» y controlar su uso; o el individuo debe ser firme y resistir sin ahogarse en una especie de remolino. Cuando Plutón cruza por tránsito un ángulo de la carta natal, el individuo y la naturaleza de su propósito esencial se enfrentan a fuertes demandas. Donde Plutón se encuentra, ahí está la clave para *la mayor contribución del hombre a la sociedad* y al universo.

Estos dos planetas definen el lugar y la participación del individuo en la sociedad, o en cualquier conjunto superior en que el individuo actúa como parte funcional. El ciclo de sus tránsitos establece las oportunidades para la participación racial, así como los cambios en el lugar que uno ocupa en la sociedad o en cualquier otra organización colectiva permanente (una religión, un partido político tradicional, etc.).

Saturno establece el «lugar» que le corresponde al individuo en la colectividad y también el sentido subjetivo del «yo» que resulta de dicho emplazamiento dentro de un conjunto superior. El ciclo de Saturno de 29 años y medio puede repetirse tres veces durante un período de vida normal correspondiendo a un período uraniano completo. Aquí volvemos a encontrar los «tres pasos» antes mencionados. Estos tres ciclos de Saturno representan *teóricamente* las tres polarizaciones sucesivas del ego humano en los tres niveles básicos de conciencia -biológico, psicomental y espiritual-. En el primer nivel Saturno es el padre físico; en el segundo (29 *112* a 59 años), el ego individual; en el tercero, la paternidad divina (59 a 88 años) -expresado de otra forma, Saturno es *la clase de seguridad (y* la conciencia del «lugar») que le corresponde a nuestra confianza en (1) el padre físico, (2) el propio ego individual, (3) Dios Padre-. Estas tres categorías se pueden sentir en cualquier momento, pero normalmente son enfatizadas (en mayor o menor grado) durante el ciclo vital correspondiente.

La conciencia del lugar que nos corresponde en la familia, en el organismo colectivo de la sociedad o en el universo espiritual, se va desarrollando durante el ciclo del tránsito saturniano. El patrón de los tránsitos se puede estudiar en la misma forma que describí para los tránsitos de Urano. Cuando Saturno pasa de un cuadrante a otro, tiene lugar un cambio en nuestra aproximación subjetiva a las raíces del ser individual y en nuestra relación con la sociedad. Cuando Saturno está en el primer cuadrante se nos

presentan las mejores oportunidades para realizar una revisión de la polaridad interna; la «naturaleza» o la sociedad exigen del hombre una reconsideración de su actitud hacia el «ser». En el segundo cuadrante le incitan a mejorar o renovar sus técnicas de expresión; en el tercero, a extender o profundizar su base de operaciones; en el cuarto, a imprimir su imagen y sus ideales sobre la sociedad (o sea, a asumir responsabilidades públicas) o a recoger cosecha de su evolución pasada y prepararse para el futuro crecimiento.

El cielo de los tránsitos jupiterianos cubre un período de menos de 12 años. Simboliza *la tendencia del hombrea participar en la sociedad,* la seguridad que muestra en su participación (que le trae expansión y éxito) o sus dudas y vacilaciones (que le acarrean fracasos y frustraciones). El período de 12 años se ha utilizado para establecer las fluctuaciones sociales y económicas del individuo. Cada período comienza cuando Júpiter transita de nuevo por su posición natal y se considera a cada ciclo de 12 años como una «mansión» de Júpiter con características similares a las de las doce casas. El análisis y la interpretación de los tránsitos sobre los cuatro cuadrantes de la carta natal resulta ser tan significativa como en el caso de los demás planetas.

Júpiter y Saturno son polos opuestos. Son los factores básicos que controlan el crecimiento de los grupos sociales y las naciones dentro de la esfera de su existencia orgánica particular, porque tratan de la recíproca dependencia social de los individuos en su participación en un organismo colectivo. Cada 20 años Júpiter y Saturno entran en conjunción y a este ciclo de 20 años se le ha considerado en épocas anteriores como básico en lo que respecta a los destinos de naciones y reyes. Aún tiene alguna relación con las fluctuaciones de la conciencia y el éxito social del hombre, pero, en un mundo dominado cada vez más por los valores universales y los factores internacionales, encontrarnos indicaciones más valiosas en los ciclos de Urano, Neptuno y Plutón. No obstante, los puntos de la carta natal donde recaen las conjunciones de Júpiter y Saturno (con intervalos de 20 años) se convierten en *focos de destino social* altamente significativos, especialmente en las vidas de aquellos individuos que buscan y que asumen alguna responsabilidad pública.

Los ciclos menores

Los tránsitos de Marte y Venus duran unos dos años. Incluyen un lapso de varias semanas en que estos planetas tienen movimiento retrógrado. La casa, o casas, por las que el planeta transita hacia delante y hacia atrás en su retrogradación reciben un especial énfasis. El desafío de la naturaleza se concentra ahí. Representa principalmente una oportunidad para que el individuo reoriente su deseo y su fe (Marte) y su sentido de expresión creativa y valoración, de atracción y repulsión (Venus) -especialmente cuando el planeta cruza tres veces la posición natal.

Mercurio tiene un ciclo de tránsito muy similar al del Sol, por no alejarse de éste más de 28°. Durante su ciclo anual, Mercurio experimenta tres períodos de retrogradación que determinan tres áreas de énfasis en el esquema natal de la conciencia individual. Cuando se reconoce y se comprende el carácter de estos énfasis, el individuo puede aprender mucho sobre sus necesidades mentales; y al ser unas necesidades subjetivas, nadie puede conocer su significado exacto, excepto el individuo mismo. Sin embargo, las casas donde se produce el período de retrogradación nos aportan ciertos indicios. Cuando Mercurio transita sobre un «ángulo» natal con movimiento retrógrado, es grande la oportunidad que se nos da para desarrollar la función que este ángulo representa, pero tendrá que hacerse *bajo una fuerte presión psicológica,* inmersos en unas difíciles condiciones ambientales o de salud. Estas indicaciones se aplican también a los tránsitos retrógrados de Marte y Venus, que a menudo traen consigo la necesidad de regeneración o de reconsiderar ciertas actitudes. Estos períodos no suelen ser favorables para emprender nada nuevo, pero suponen una oportunidad para hacer ciertas correcciones en aquello que empezó de forma equivocada o inadecuada, siempre bajo presión y a riesgo de empeorar las cosas.

El Sol y la Luna realizan sus tránsitos alrededor de la carta natal en un año y un mes lunar (27 días y medio) respectivamente. A menudo es posible establecer una conexión entre el paso

del Sol y de la Luna por los cuatro cuadrantes de la carta y un determinado ritmo de las fuerzas solares y lunares en la naturaleza de una persona. El momento en que el Sol cruza cada año los ángulos natales suponen un desafío a las funciones psicológicas que estos ángulos simbolizan -provocando así cierto tipo de acontecimientos-. La fecha de cumpleaños -y el día en que, cada mes, la Luna retorna a su posición natal- pueden considerarse como momentos en que las características solares y lunares innatas se encuentran realzadas. De hecho últimamente se ha dado mucha importancia a las cartas de «retorno solar» y «retorno lunar» y bastantes astrólogos proclaman que estas cartas proporcionan los medios más exactos para predecir acontecimientos a un nivel personal.

Tales cartas se calculan para el momento exacto en que el Sol y la Luna vuelven a sus posiciones natales, pero es preciso que se conozca con exactitud la hora de nacimiento, ya que los acontecimientos del año solar (o el mes lunar) se producen cuando los planetas cruzan los ángulos de la carta, generalmente, las cartas solares o lunares se levantan para el lugar donde el sujeto se encuentra en tales fechas, pero no creo que siempre sea este el mejor método; parece ser que calculándolos para la localidad de nacimiento se obtienen mejores resultados.

Personalmente he visto que resulta igualmente acertado colocar los planetas en tránsito en la fecha del retorno solar en la parte exterior de la carta natal y así evaluar su relación con las casas y planetas natales. Pero si se conoce la hora exacta de nacimiento conviene calcular los ángulos de la carta del retorno solar y ver en qué casa natal recaen. También nos pueden ser de utilidad otras muchas técnicas, siempre que tengan una base lógica y las utilice un astrólogo competente que acepte y comprenda su validez. Por ejemplo, el ciclo de los elipses puede aportar interesantes indicaciones en un gran número de casos. Este es un ciclo de los antiguos caldeos que establece el retorno de los elipses a un mismo punto del zodíaco (o de la carta) tras un período de 18 años y 11 días. Los eclipses resultan por la alineación exacta del Sol, la Luna y la Tierra. Durante un eclipse *solar*, la Tierra recibe toda la fuerza de la conjunción del Sol y la Luna. Constituye un fuerte impulso para comenzar algo nuevo y descartar lo viejo. Puede provocar una revolución o una evolución,

dependiendo de la fuerza de la estructura de la personalidad, esto es, de la habilidad del individuo para no ser apartado violentamente de su propio centro.

Los eclipses *lunares*, por otra parte influyen sobre la integración personal. La Tierra se encuentra bajo el influjo de las fuerzas del Sol y de la Luna que van en direcciones opuestas. Esto puede suponer una desintegración o, según la Luna resurge de su fantasmal apariencia que le da el eclipse, un nuevo ajuste, una nueva integración del ser en el ambiente que le rodea.

PASO N.° 11

El estudio de las progresiones

A lo largo de este libro he repetido que la astrología es esencialmente un estudio de los ciclos vitales, es decir, un estudio del orden que se destaca en la secuencia temporal de los acontecimientos que tienen lugar en las vidas de los individuos y de las naciones. Los conceptos de «ciclos», de «apariciones cíclicas de fenómenos» y de «fases periódicas en el crecimiento de organismos vivos» no se habrían formado en la mente humana si no se hubiera percibido la existencia de una serie de sucesos que (después de cierto tiempo), se volvían a repetir en el mismo orden. Percibir tales series de sucesos es una cosa, y poder determinar el patrón de su reaparición es otra. Toda medida del tiempo implica el uso de relojes, de igual forma que la medida del espacio requiere el uso de una vara o de un metro.

Hasta hace pocos años el reloj que se usaba para toda clase de medidas del tiempo era el cielo. Las manecillas de ese reloj eran el Sol y la Luna. Cuando se requería una mayor precisión, se tenía en cuenta el paso de las estrellas por el Zenit. El tiempo se medía por el movimiento cíclico de algún cuerpo celeste, así como el espacio se medía por comparación con las dimensiones

de nuestro globo terráqueo; se tomaba como unidad de medida aquello que era común experiencia para todos los seres humanos. La astrología es válida porque los ciclos que toma *como unidad de medida para los muchos y variados procesos de desarrollo vital* forman parte de la experiencia humana común. Es válida en su sentido más profundo porque estos ciclos han quedado impresos sobre la conciencia ancestral y colectiva de la humanidad. Son factores -raíces en la mente del hombre.

¿Cuáles son estos ciclos? El día, el año, el mes lunar y, el más reciente, el ciclo de precesión de los equinoccios, esto es, el ciclo de la relación variable entre el comienzo de las estaciones y el lugar que ocupa el Sol entre las estrellas.

El ciclo del día es el más básico por tratarse de los períodos alternos de luz (o actividad) y de oscuridad (o descanso). Estaba determinado por la salida y la puesta del Sol. El ciclo anual recoge los cambios estacionales y se establecía por ej cambio de posición de la puesta (o la salida) del Sol, al sur o al norte de un punto medio denominado oeste (o este). Los cálculos zodiacales aparecieron después, por lo que originalmente era esta oscilación de la puesta del sol en el horizonte occidental lo que servía de medida para el ciclo anual. El mes lunar estaba definido por las fases de la luna; por el intervalo entre dos lunas llenas, factores más fácilmente observables.

En el capítulo precedente he resaltado la oposición fundamental que existe entre la carta natal como factor permanente y el patrón del sistema solar, en constante cambio a lo largo de la vida de una persona. También he indicado que debe interpretarse como una oposición entre la conciencia permanente de este individuo y la siempre cambiante naturaleza, entre la identidad personal y las numerosas fuerzas que afectan a esta integridad. De todas formas no deberíamos pasar por alto el hecho de que la identidad del hombre es tan sólo un arquetipo, un plan abstracto, una *constante* con la que se debe relacionar todo aquello sujeto a cambio, para que pueda darse la conciencia y el desarrollo integrado de la personalidad.

Hay un antiguo refrán que dice: «un templo no se construye en un día». La construcción del templo es un proceso; podemos decir que este proceso depende de dos factores principales, el plano o proyecto a seguir y el conjunto de actividades realizadas

por el equipo de trabajadores (afectados por diversas presiones, cambios de humor, opiniones conflictivas o deseos propios de expresión), pero hay que considerar un tercer factor. Sin las directrices del arquitecto, como constante marco de referencia, las actividades de los peones no tendrían cohesión ni propósito; pero sin un *plan de operaciones* y sin la inspección de un encargado o un maestro de obras, la construcción no se llevaría a cabo de forma eficiente y adecuada.

El hombre no nace con una personalidad estable y completa. La personalidad se desarrolla y se pueden distinguir aquí tres factores:

(1) El esquema individual que determina la disposición y el propósito del organismo humano desde que nace.

(2) La interacción entre esta estructura permanente del propio ser y las energías de la naturaleza humana, la presión de las tradiciones y las necesidades socioculturales, la influencia del clima y las condiciones terrestres, etc.

(3) Una especie de inteligencia superior cuya función es hacer que el segundo factor sirva constantemente al primero y procura transformar los *desafios* de la naturaleza variable en *oportunidades* para el crecimiento personal.

Esta inteligencia tiene un papel integrador. El contratista-maestro de obras se encarga de que las directrices se conviertan en un edificio terminado, cuidando los diversos elementos mediante los cuales se podrá realizar el proyecto, el trabajo de los peones, la cooperación de los departamentos socio-políticos, la necesaria provisión de materiales, y los reajustes necesarios durante la construcción (durante el desarrollo de la personalidad a lo largo de la vida). Estos reajustes implican contratos, convenios, consultas, coordinación, etc., y todo aquello cae bajo el dominio de la inteligencia.

La inteligencia es la capacidad de hacer los oportunos ajustes conforme al ambiente interno o externo en que el individuo se encuentre. La inteligencia recoge la experiencia humana y social, y la integra de manera que tenga sentido y sea de utilidad para el

ser, para el «yo». Dirige las actividades de la persona con ayuda de la voluntad. La inteligencia profunda realiza sus ajustes volviendo constantemente al plan o propósito original de la personalidad en desarrollo; mientras que la inteligencia superficial y oportunista actúa en medio de las fuerzas naturales y las presiones sociales, buscando soluciones temporales, calmando los sentimientos heridos, envolviéndose en toda una serie de compromisos y en un diplomático toma y daca.

Lo que el astrólogo llama «progresiones» es, esencialmente la actuación de estas dos clases de inteligencia. Puede decirse, procurando no tomarlo literalmente, que *las progresiones* revelan los medios a través de los cuales se pueden integrar los *tránsitos y la carta natal*, o, expresado de otra forma, el funcionamiento de aquellos mecanismos del individuo dedicados a incorporar los resultados de la experiencia (los tránsitos) dentro de la esfera del ser (la carta natal). Estos mecanismos «pertenecen» al ser, sirven (o deben servir) al propósito original cuya manifestación es el ser. Realizan la voluntad del ser en cada paso del desarrollo progresivo de la personalidad.

Podríamos decir que en el momento del primer aliento, Dios imprime sobre el organismo humano Su propósito para este organismo particular; esto es la carta natal. Pero a fin de que la integridad de este patrón (conciencia del ser) no sea destrozada rápidamente por el impacto de la experiencia humana (tránsitos), Dios mantiene una activa vigilancia sobre el recién nacido. Deja junto al niño, como ayuda y consuelo, al Espíritu Santo (el *Shekinah* hebreo) que es el «espíritu de la comprensión», o inteligencia.

La posición del Sol en el momento de la primera respiración es el «Hijo de Dios», el centro de la conciencia del hombre. Esta «semilla divina» se ha desarrollado durante nueve meses. Tres meses más y se habrá completado el ciclo zodiacal del Sol. Esta posición del Sol tres meses después del nacimiento es el «Sol progresado». Es la manifestación o revelación progresiva del Espíritu Santo de Dios en el hombre. Es la Inteligencia divina actuando dentro de la persona como un poder integrador: como el poder para asimilar las experiencias de la vida en la naturaleza yen la sociedad sin ser abrumados o desviados por sus impactos.

El «Sol progresado» es una revelación progresiva de la inteli-

gencia, lo cual es la esencia misma del proceso de integración de la personalidad. El Sol progresado es la actuación de la inteligencia y la integración en la vida de la creciente personalidad. Esta vida se mide por el ciclo de Urano (84 años) o, desde otra perspectiva, mediante un grado de movimiento precesional de los equinoccios (70 a 72 años). Después del nacimiento, el Sol tarda tres meses o 90 días en volver a la posición zodiacal que ocupaba *en el momento de la concepción.* Durante estos 90 días posteriores al nacimiento, el poder creativo de Dios actúa directamente y proyecta *las semillas de la inteligencia* liberando las energías del Espíritu Santo dentro de la personalidad en potencia.

Cada día que sigue al nacimiento se produce una liberación de tales potencialidades de inteligencia integradora. Puede decirse que la energía que se libera cada día va destinada a solventar los problemas que la asimilación de experiencias presente cada año. Estos poderes o facultades del Espíritu Santo dentro del hombre constituyen *el continuo flujo de creatividad divina tras el nacimiento.* Este flujo cesa cuando se completa el ciclo solar que comenzó en la concepción. En este punto, el hombre contiene *DENTRO DE SI MISMO* todo lo que necesita, como semilla divina o potencial. Todo lo que tiene que hacer es USARLO.

Si se llega a profundizar en el sentido de estas afirmaciones no será difícil relacionar entre sí los tres factores básicos de la astrología moderna -la carta natal, los tránsitos y las progresiones-. A NADIE debería sorprender el concepto, aparentemente arbitrario, por el que «un día de las efemérides corresponde a un año de vida», o por la idea abstracta sobre la equivalencia de los ciclos de movimiento que estudia la astrología. Esta equivalencia abstracta entre día y año, esto es, entre los períodos de rotación y de traslación de la tierra, es un concepto lógico; pero implica un cierto número de dificultades prácticas y, sobre todo, no da un sentido vital y espiritual a las «progresiones». Nadie que las considere como una unidad de medida para *sucesos* concretos podrá llegar a comprenderlas o usarlas adecuadamente. Si se producen o no ciertos acontecimientos para «encajar» los aspectos progresados, no es lo importante. Las progresiones, aplicadas a la evolución de la persona año tras año, revelan la demostración gradual de los poderes de comprensión y de integración inteligente en la vida.

El arquitecto establece las directrices. Luego cuenta con los servicios de un contratista; juntos examinan un detallado programa de las sucesivas fases de la construcción; entonces el contratista recibe el dinero (energía-poder) necesario para acometer el trabajo. El Sol progresado es el contratista, el guía, el supervisor. Su trabajo lo completa la Luna progresada, que le provee de la energía espiritual necesaria para afrontar los desafíos de las experiencias vitales. El Sol progresado es la inteligencia en acción; la Luna progresada es la energía requerida para la aplicación de esta inteligencia activa e integradora. *Ninguno de los dos representa unos sucesos específicos, sino la capacidad de acomodarse a tales sucesos.* Obviamente, si no hay sucesos no puede darse una acomodación a dichos sucesos. Por esto, los movimientos del Sol y la Luna progresados van generalmente acompañados de ciertos acontecimientos. No *indican* tales acontecimientos en sí mismos, sino la habilidad del individuo para enfrentarse con éxito al desafío de la experiencia.

El cálculo de las progresiones no presenta gran dificultad y viene explicado en muchos libros de astrología. Si una persona ha nacido el día 1 de enero de 1900, a mediodía, hora de Greenwich, el Sol y la Luna progresados (y los planetas) para el día 1 de enero de 1901 tendrán las posiciones zodiacales que aparecen indicados en las efemérides para el mediodía del 2 de enero de 1900. El movimiento del Sol progresado durante el primer año de vida cubre 1° 1'; la Luna progresada, unos 14° 34' (de Capricornio 9° 37' a 24° 13). Durante el segundo año de vida, el Sol y la Luna progresados ocuparán las posiciones señaladas para el día 3 de enero de 1900; durante el tercer añojas posiciones para el día 4, etc. Las posiciones progresadas para cualquier mes de estos años, se pueden calcular mediante una simple distribución proporcional de la distancia zodiacal que cubren el Sol y la Luna y los planetas en su recorrido desde las 12 horas de un día hasta las 12 horas del siguiente.

Las posiciones progresadas se anotan generalmente dentro de un círculo que se dibuja rodeando a la carta natal. La carta natal no cambia, por lo que se puede observar el avance anual del Sol, la Luna o los planetas progresados, cruzando las casas natales y los signos del zodíaco. Este avance puede interpretarse de dos formas:

(1) El paso de los cuerpos celestes progresados de una casa a otra, de un signo a otro, trae consigo nuevas disposiciones y situaciones que se interpretan según la naturaleza astrológica de las casas y los signos. Los símbolos de cada grado zodiacal nos pueden proporcionar valiosas indicaciones, especialmente en lo que respecta a la progresión del Sol.

(2) Al continuar su recorrido, los cuerpos celestes progresa-dos forman aspectos con los planetas natales (o «radicales»). También hacen aspectos entre sí, diferentes a los formados entre

los planetas natales. Ambas clases de aspectos son significativas y pueden interpretarse.

El estudio de las progresiones no alcanza a revelar las conclusiones más vitales que pueden deducirse de esta rama de la astrología si no se hace una clara distinción entre las progresiones del Sol, de la Luna y de los planetas y si además, no se los considera integrados dentro del ciclo de la «lunación progresado.

En esencia, todas las progresiones basadas en la equivalencia simbólica entre día y año, son solares, simplemente porque estos dos ciclos lo son. Las progresiones, son símbolos de la continuada revelación de la luz que representa el nacimiento. El impacto del «primer aliento» se extiende por todo el organismo, y se impresiona sobre cada célula en ondas concéntricas. La carta natal es la impresión misma, pero el efecto de esta impresión (o impregnación espiritual) se manifiesta poco a poco. La luz y el aire se filtran lentamente por todos los estratos de la naturaleza humana. Esta «luz» es solar y lunar. En este sentido, la lunar es energía liberada para realizar el propósito orgánico.

En la técnica de las progresiones, los planetas operan sólo como agentes modificadores. Unicamente resultan significativas las progresiones de los planetas cercanos a la tierra -Mercurio, Venus y Marte- debido a la rapidez de su avance. Júpiter y Saturno tan sólo pueden recorrer unos grados durante toda una vida y a menos que su avance tras el nacimiento les coloque en un aspecto exacto y de gran importancia sobre un punto vital de la carta, pueden ignorarse sus posiciones progresadas. Júpiter y Saturno tratan sobre los factores sociales y sobre la relación del individuo con el conjunto del que forma parte. Por ello, actúan principalmente por medio de presiones externas, y tránsitos. Los aspectos de Júpiter o Saturno progresados son indicaciones subjetivas de un cambio en la actitud social o religiosa que deben interpretarse en conexión con los tránsitos de estos mismos planetas.

Las progresiones son principalmente subjetivas, aunque estén estrechamente correlacionadas con sucesos objetivos. Las progresiones lunares son las que, por regla general, suelen señalar tales acontecimientos objetivos, pero, más que sucesos reales, denotan la activación de *una capacidad de respuesta individual dentro de una cierta línea*. La progresión de la Luna, progresada

mes a mes, indica dónde se encuentra el foco de atención de la persona durante ese tiempo. Obviamente, los sucesos tendrán lugar en el área particular de la casa, en que se está realizando el trabajo. El programa no incluye accidentes que se van a producir en esa zona, tan sólo revela la posibilidad de que se produzcan en ese lugar concreto, *si* se comete algún error. Las progresiones tratan del programa de operaciones, no de los errores.

La mejor forma de analizar las progresiones de los planetas es estudiarlos en relación con lo que he denominado el «ciclo progresado de las lunaciones»*. Este es el ciclo entre dos conjunciones del Sol y la Luna progresados (o sea, la progresión de dos lunas nuevas) y abarca unos 30 años -aproximadamente el mismo período que el ciclo progresado de las lunaciones es el ciclo del desarrollo de la personalidad, y refleja la relación entre el factor solar y el lunar

Los planetas progresados se incluyen en el marco de este ciclo de 30 años, modifican el flujo de la inteligencia solar y de la energía lunar sobre cuya base se realizan todos los ajustes personales. Tanto la inteligencia solar como la energía lunar están «a mano», pero puede que las «manos» no sepan coger apropiadamente lo que tienen ante sí; quizá se aferren a ello a causa del miedo o de la excitación, para soltarlo después, debido a la confusión y a la ignorancia. Los elementos emocionales que controlan estas reacciones están simbolizados por las progresiones Marte y Venus.

La progresión de Mercurio refleja los factores mentales, la memoria. Si la Luna progresada indica la parcela sobre la que el individuo enfoca su atención, Mercurio proporciona los instrumentos para dicho enfoque. Los años en que tiene lugar un cambio en la dirección de Mercurio (de directo a retrógrado, o viceversa) son particularmente importantes, pero este cambio sólo adquiere pleno sentido dentro del esquema que proporciona el ciclo progresado de las lunaciones.

Este esquema está determinado por la casa, signo y grado sobre las que recae la progresión de la Luna Nueva y de la Luna llena, y por los aspectos que forman el Sol y la Luna progresados

* Consúltese mi obra «El ciclo de las lunaciones».

sobre los planetas natales -y, de forma secundaria, sobre los planetas progresados-. Los aspectos entre el Sol progresado y los planetas natales, así como su paso de una casa a otra y de un signo a otro, son los factores más importantes, junto con el paso de la Luna progresada por los cuatro ángulos de la carta, especialmente por el Ascendente.

Se han perfeccionado diversos métodos de progresión, entre ellos están lo que se ha dado en llamar «direcciones primarias» y que estudia el desplazamiento del horizonte y del meridiano tras el nacimiento. Sin lugar a dudas, todo aquel que esté familiarizado con cualquiera de estos sistemas y que preste una constante atención a sus resultados puede alcanzar una gran precisión en sus pronósticos y en establecer «pruebas» de su validez. Esto es así porque vivimos en un mundo definido por la mente y las percepciones humanas, un mundo que responde a nuestra búsqueda de un orden, porque es, en esencia, una proyección del orden que existe dentro de la propia naturaleza humana. Dondequiera que miramos, sólo vemos lo que, como «humanos», somos en potencia. Las religiones dicen que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, lo cual es otra forma de decir que hay una básica identidad entre el universo *tal como nosotros lo experimentamos (no nos olvidemos de esto) y nuestra naturaleza genérica*.

Por este motivo, vivimos en un mundo simbólico y es también por este motivo, por lo que podemos afirmar que el hombre crea su propio destino y atrae hacia él los sucesos o experiencias que necesita para su desarrollo. Nosotros construimos la casa y los planos del edificio dirigen nuestros pasos. Si somos inteligentes, actuamos de acuerdo con los planos y con el programa de operaciones. Evitamos las huelgas y los accidentes. Los que no lo son siempre quieren levantar la chimenea cuando es el momento de cavar el pozo negro. La astrología de las progresiones trata de un mundo que es nuestro, por ser la continuación de lo que nosotros somos. Su importancia reside en que puede ayudarnos a vivir *una vida plena y sólida*, en términos de inteligencia solar, mediante el uso apropiado y oportuno de la energía que más pertenece por derecho de nacimiento.

PASO N.° 12

El uso de las técnicas horarias

Al analizar tanto los tránsitos como las progresiones, estamos considerando la relación del individuo con el patrón general de su experiencia y su desarrollo personal. Tratamos con generalidades y potencialidades, con categorías de sucesos y amplios esquemas de respuesta personal. Ni los tránsitos ni las progresiones tratan de particulares concretos. Tanto los planetas, como las casas o los signos pueden tener muchas y variadas interpretaciones, a diversos niveles. Las indicaciones que proporcionan nunca son precisas en sí mismas, ni se refieren a hechos concretos; sólo pueden ser precisas si antes se distingue y se establece bien el rumbo de la vida de la persona y la clase determinada de sucesos sobre la que vamos a enfocar la carta. Los tránsitos y las progresiones revelan, entonces qué puede esperarse dentro del apartado definido por ese rumbo y esas situaciones específicas. De lo contrario, el astrólogo sólo puede aventurar algunas posibilidades, cuya realización puede producirse dentro de cualquiera de los diversos apartados posibles. Por lo que el consejo del astrólogo debe centrarse sobre el individuo y su capacidad de respuesta, y no sobre acontecimientos específicos.

Sin embargo, existe una sección en astrología en que las situaciones particulares, los problemas y las crisis, no son meras

posibilidades deducidas del esquema general de la vida, sino que se consideran como factores primarios, tomándolos como punto de partida. Esta sección se llama «astrología horaria».

La astrología horaria trata directamente con casos particulares y situaciones definidas, y coloca a la persona que se enfrenta a estas situaciones en un lugar destacado. Esta persona da un paso adelante y entra en el ámbito de la vida consciente, es decir, manifiesta su buena voluntad para trabajar conscientemente en cualquiera que sea su problema en esos momentos. Establece su necesidad y disposición para afrontarlo en términos de un propósito universal, con aquella inteligencia que, aunque está *individualizada* a través de una mente individual, es esencialmente universal.

La vida del hombre medio está condicionada por impulsos o sentimientos biológicos, por respuestas egocéntricas a las diversas experiencias, por patrones de conducta tradicional y reacciones fijadas por la sociedad y por un anhelo confuso e inconstante de llegar a un estado superior de ser. Puede que el individuo piense en muchas cosas; incluso puede tener un brillante intelecto, rápido en la asociación de datos yen barajar las informaciones archivadas en su cerebro; y sin embargo, puede que no viva, según la conciencia de la verdadera inteligencia. Probablemente él sabe lo que quiere y su intelecto puede sopesar los pros y los contras de cada situación. Puede que demuestre la clase de inteligencia social que se refleja en los tests psicológicos, la facultad de poder adaptarse a las situaciones sociales y a las demandas de la vida colectiva. Pero nada de esto se relaciona con lo que yo llamo «vida consciente». Tan sólo hace referencia a la conducta biológica, egocéntrica o social.

«Vidá consciente» significa vivir como un individuo, diferenciado de la masa, consciente de su propósito y determinado a adaptar constantemente su vida (conducta, sentimientos y pensamiento) conforme a las exigencias de tal propósito. Si la persona se ve a sí misma como una entidad separada del mundo y si su propósito es egocéntrico y no se relaciona con nada superior sino que está totalmente enfocado en sí mismo, estamos ante una vida negativa, destructiva, sin propósito alguno } ,)or lo tanto, inconsciente. *La genuina consciencia implica una relación entre el individuo y el universo, sentida y reconocida profundamente.* Un

individuo desconectado del universo es tan sólo una ficción. Nadie vive en el vacío. Está relacionado con un grupo, con una sociedad, con la humanidad, con el universo. Si no reconoce plenamente esta conexión no se le puede considerar como «consciente», por muy brillantes que sean su intelecto, su sutileza social o sus éxitos. No vive de acuerdo con la verdadera inteligencia, ni con el espíritu.

La inteligencia es la concentración de la armonía universal en la mente del hombre al universo, de las acciones particulares al propósito universal, que *por sí solo* las impregna de espiritualidad. Vivir de acuerdo con la «conciencia» con la auténtica inteligencia, es vivir según el lugar, la función y el propósito propios, dentro del Todo universal. Es completar el propio destino; desarrollar paso a paso la totalidad de lo que uno *es* en potencia. Es realizar la Armonía universal en el lugar y el momento en que se nos llama a escena. Es llegar a ser, como personalidad definida sobre la tierra, el propio Cielo natal. Y hacerlo, no en una forma general, sino cada día, a cada momento, con la mayor eficiencia, precisión y pureza de motivación posible.

Pero ¿cómo podemos estar seguros de que vivimos de esa forma?, ¿qué escala de valores, qué marco de referencia podemos utilizar para comprobar la validez de nuestros actos *en el preciso momento* en que nos encontramos frente a una nueva prueba, una nueva crisis, o un nuevo problema? La astrología responde: «Mira al cielo. Consulta sus ordenados esquemas. Pide una respuesta a la Armonía universal. Así como la naturaleza tiene una cura para cada enfermedad, así también el cielo tiene un solución para cada problema. El espíritu satisface cada necesidad individual que se formule clara y conscientemente y que se mantenga con ferviente anhelo, si el individuo no cierra su puerta al influjo espiritual y al mensaje divino».

Tal como la he definido, la inteligencia es un factor universal. Es un potencial dentro de cada ser humano. Impregna el universo entero. Lo único que se necesita es que el individuo construya una «lente» capaz de concentrarlo y una mente capaz de recibir y contener sus emanaciones. Hay muchas clases de lentes y receptores mentales, pero la inteligencia es única y la misma en todas partes. De igual forma que aparece en el cielo, está en cada conjunto orgánico. Si podemos descifrarla más fácilmente en el

cielo, es porque en él su estructura aparece simplificada por la lejanía de los cuerpos celestes, por el hecho de que no podemos alterar los esquemas celestes en forma alguna; y también porque la experiencia del cielo y de sus luminarias es una de las experiencias más vitales y antiguas, común a todos los hombres.

Sin embargo, lo esencial es saber qué estamos buscando, nuestra actitud hacia la respuesta que recibimos. Resulta esencial comprender que podemos alcanzar esta inteligencia *directamente*, al concentrarse en nuestra mente cuando estamos preparados para ello, así como *indirectamente*, cuando se expresa a través de nuestra relación con el universo y, particularmente, con el sistema solar, que es el «espacio vital» de nuestro Sol, fuente de nuestra vitalidad. La inteligencia es la manifestación activa de la Armonía universal, por ello, dondequiera que falte esta armonía se debe hacer un esfuerzo para restablecerla. Esta es la ley de la compensación, a la que los ocultistas denominan *Karma*, y expresada por los psicólogos como el principio de «compensación psicológica» (C.G. Jung). Según esta ley, cada vacío debe llenarse y cada necesidad debe ser satisfecha, siempre que en el recipiente o en la persona no haya alguna obstrucción que impida el restablecimiento de la armonía.

Sobre estos principios se basa la verdadera astrología horaria. Cada carta horaria calculada para responder a una necesidad real formulada con claridad, debe considerarse como una expresión de la inteligencia universal que busca el restablecimiento de la armonía, destruida por la crisis o por el problema que afecta al individuo. La persona en cuestión podría encontrar una respuesta directa dentro de sí mismo si su mente estuviese abierta al influjo de la inteligencia, llámese ésta «intuición» o «la respuesta de Dios a su plegaria». Pero si la mente está demasiado confusa o angustiada para transformarse en una «lente» que concentre la inteligencia universal y así restablecer la armonía, se debe recurrir a la ayuda de un *intermediario* o de un *espejo* que produzca tal concentración y objetivación. El intermediario (o «mediador») puede ser un personaje espiritual (un gran Profeta o un Gurú) e incluso un psicólogo. Puede ser un astrólogo capaz de descifrar e interpretar los «signos del cielo» con ayuda de la técnica de la astrología horaria.

La técnica es sencilla, pero lo bastante dificil para aplicarla correctamente y con sabiduría. La astrología horaria es un arte.

Tiene que ser aplicada por individuos que hayan llegado a ser -consciente o inconscientemente, a veces- canales abiertos a la expresión de la inteligencia universal. Que hayan alcanzado un estado de «apertura» hacia el mundo y de tranquilidad interna, o de compasión hacia los seres humanos. Para que la práctica de la astrología horaria sea válida se necesita tener más conocimientos básicos de su técnica, pero también se requiere que el que la practique tenga un profundo sentido de los valores psicológicos y una profunda responsabilidad ante la humanidad y ante Dios, personificación de inteligencia universal.

La astrología horaria se basa en la erección de una carta para el momento exacto en que la persona se concentra sobre su problema o sobre la crisis que le afecta. La carta horaria se levanta como cualquier carta natal para el momento a considerar, pero su interpretación obedece a un cierto número de reglas que difieren notablemente de las usadas en astrología natal. Debido a que esta materia es demasiado extensa para analizarla aquí remitimos al lector interesado a la obra de Marc E. Jones titulada «Problem Solving by Horary Astrology» en donde se hace una detallada exposición de dichas reglas. Personalmente creo que ninguna interpretación horaria puede ser completa y espiritualmente válida a menos que el intérprete comprenda que la astrología horaria no es tan sólo un método, bastante extraño y misterioso, de resolver los problemas sin mucho esfuerzo, sino la expresión de una actitud profundamente espiritual hacia la vida. La astrología horaria es una técnica práctica basada en la filosofía de la relación con el universo y con esa inteligencia universal que la mayoría de los hombres consideran como la sustancia misma de Dios. Si al hacer la carta, la persona no es consciente de esa relación y de que cada carta horaria es una expresión concentrada de la inteligencia universal, entonces, aunque la respuesta horaria sea correcta, los resultados van a ser inadecuados y algunas veces hasta trágicos.

Ya mencioné anteriormente que cuando un individuo pide al cielo una respuesta para ese problema vital o esa crisis que le afecta, expresa, intencionadamente o no, su disposición para afrontar la situación en términos de «vida consciente». Pero debería aclarar que, en la mayoría de las personas que piden consejo a la astrología horaria, esta disposición es de *tipo negativo*. Puede que la consulta se realice porque todo lo demás ha fallado, porque no hay forma posible de averiguar intelectualmente cómo se van a desarrollar aquellos acontecimientos sobre los que no se tiene control alguno, porque es más sencillo que estudiar a fondo la cuestión, para evadir la responsabilidad personal o, peor aún, por pura curiosidad. Todas ellas actitudes negativas.

La actitud positiva se parece mucho a una plegaria. El individuo desea comprender la voluntad de la inteligencia universal respecto a la situación particular en la que se encuentra. No pretende evadir su responsabilidad, *sino por el contrario, incrementarla y hacerla lo más consciente posible*, adecuándola al propósito universal de la vida, o de Dios. Esto no conduce a una ciega aceptación de la respuesta revelada o sugerida por la carta horaria, sino a una nueva adaptación de los propios esfuerzos con vistas a ser consciente del propósito que se esconde tras la confrontación.

Una carta horaria no dice: ¡Haz esto! Presenta una imagen simbólica de todos los factores esenciales en cualquier situación crítica, que revela el propósito de dichos factores, si el astrólogo tiene la capacidad de ver emerger este propósito. Algunas veces el propósito es muy evidente. En la mayoría de los casos, no lo es. Descifrar la respuesta que proporciona una carta horaria puede requerir un esfuerzo de atención tan grande como lo pueda requerir la resolución del problema a través de los medios ordinarios. La astrología horaria no sirve para economizar los esfuerzos y la inteligencia; sirve para reorientar los esfuerzos y la inteligencia. No hace la vida más fácil, hace al hombre más consciente de las dificultades que implica la encrucijada ante la que tendrá que tomar una decisión. Aspira a que las decisiones posean una dimensión universal, en vez de estrictamente personal -una «cuarta dimensión» de la voluntad donde el tiempo es un factor determinante y donde es posible encuadrar incluso las más pequeñas acciones y decisiones en el tiempo sobre la base de los ciclos universales.

La acción puede ser pequeña, pero debe implicar una *necesidad vital* para que la carta horaria nos dé una *respuesta vital*. La persona que va a realizar la acción debe considerar su consulta como una promesa de actuar conscientemente, con una actitud

interna de apertura a la revelación de la inteligencia universal concentrada sobre él, y de asumir una más plena responsabilidad por sus acciones. La responsabilidad es mayor, en cuanto que la acción deja de estar condicionada por la decisión personal y se vuelve una expresión de esta inteligencia universal. No se puede culpar a quien no conoce el esquema completo por no encajar en él. Aquél que sí lo conoce y no actúa de acuerdo con sus conocimientos, rompe deliberadamente la armonía estructural de la vida universal.

Hasta este punto hemos supuesto que la persona que levanta la carta horaria y busca en ella la solución que el universo ofrece, es el propio individuo afectado por el problema o la crisis. Sin embargo, para el individuo es tan dificil interpretar la carta horaria calculada para solucionar su propia crisis, como lo es para el estudiante de psicología analítica la interpretación de sus propios sueños. En ambos casos estamos tratanto con la interpretación de unos símbolos y, si el intérprete, está subjetivamente implicado en la crisis, si es su propia crisis, es muy probable que no pueda ser lo suficientemente *objetivo* para interpretar los símbolos sin colorearlos con su propia confusión emocional o intelectual.

De ahí la necesidad, en la mayoría de los casos, de un intérprete que haga de «intermediario» entre la inteligencia universal y la confusa mente del consultante, un intermediario que sea capaz de recibir el mensaje de la inteligencia universal con desapego y una completa tranquilidad mental. Y de ahí también la importancia de los principios y reglas de interpretación como medios para guiar al intérprete, ya que cuanto más apoye éste sus juicios sobre los significados tradicionales enraizados en la experiencia común de aquéllos que le precedieron, tanto más claro resultará para su mente la expresión de la inteligencia universal, libre de predisposiciones individuales.

En la astrología horaria el individuo se encuentra frente a lo universal, la parte frente al conjunto. La astrología horaria funciona porque el conjunto actúa sobre la parte siempre que ésta manifieste una necesidad vital. Así como el cuerpo humano segrega antitoxinas y hormonas para ayudar a las células u órganos dañados, también Dios (como personificación de la inteligencia universal y la vitalidad espiritual) restablece la armonía y la

salud en cada individuo, cuando su vida sufre un desequilibrio. Este esfuerzo divino por restablecer la armonía en cada individuo confuso es la esencia de la «Gracia». Es el Todo que va en ayuda de cada una de sus partes. La astrología horaria es una representación dramática de la actuación de esta Gracia divina. Cada carta horaria, calculada con precisión, es una escenografía celeste mediante la cual el universo pretende transmitir un mensaje a cada hombre afectado por un estado de crisis o un problema vital.

La carta horaria debe calcularse para el momento exacto en que la persona se concentra sobre el problema y, prestándole toda su atención, formula su pregunta. La astrología horaria ofrece medios técnicos para comprobar si la pregunta se ha formulado en el momento adecuado. Estos medios son las tradicionales «consideraciones» anteriores a la interpretación y la correlación entre la carta horaria y la carta natal del consultante. Una carta horaria es «radical» si muestra una estrecha relación estructural con la situación que debe resolver y armonizar. El hecho de acudir a un astrólogo para pedir que levante la carta, ayuda a establecer correctamente la hora sobre la que basar los cálculos. El astrólogo va a centrar la interpretación y a canalizar la inteligencia universal en consejos y palabras comprensibles para el ser humano; va a servir de intermediario imparcial, y cuando enfoque su atención por primera vez sobre el problema o la situación de que se trata, se libera la «gracia» que ayudará a resolver el problema. Por ello, la carta debe calcularse para el preciso momento en que tiene lugar la consulta al astrólogo, el momento en que se le hace la pregunta.

La finalidad de la astrología horaria es establecer una relación entre la inteligencia universal o gracia divina y la persona afectada por las repolarizaciones cíclicas y las experiencias confrontantes. No es una mera adivinación del futuro para evadir la responsabilidad y el esfuerzo personal, y menos aún, para satisfacer la curiosidad. Es un signo de la unión consciente del hombre con el ritmo y el propósito del Todo universal, por la que reconoce su plena y deliberada participación. De este Todo, el individuo recibe la comprensión, la curación y la clave para sus múltiples problemas, en *proporción* a su voluntad de realizar con plena conciencia su función y su destino.

PASO N.º 13

Establecer marcos de referencia más amplios para las cartas individuales

Ningún individuo existe en el vacío. Está relacionado con otros individuos, con grupos de diversas clases, con grandes colet;tividades de hombres organizados en sociedades, naciones, agrupaciones culturales y religiosas. Es uno con la humanidad, está enraizado con ella. Es un átomo de conciencia en el vasto océano de la inteligencia, de donde nacen las irradiaciones de luz que se transforman en toda una grandiosa cohorte de estrellas, cuando las olas de este océano vienen a romper en las playas de nuestro mundo de espacio y tiempo. ¿Cómo podría estar el destino del individuo separado de la gran trama de los destinos universales? ¿Cómo podría el fugaz momento de su primer saludo al universo -su llanto al nacer- permanecer aislado de los ciclos universales que, sin tregua, se suceden en el tiempo? Al igual que cada fuerza y cada masa se interrelacionan con las otras fuerzas y las otras masas, así también la individualidad de un hombre se interrelaciona con las demás unidades individuales de conciencia. No puede haber separación, ni siquiera donde haya aislamiento temporal. Quizá contemplamos las formas coloreadas del tapiz del ser y admiramos los diminutos hilos rizados que componen estas formas, pero no somos capaces de

ver que estos hilos son unidades concretas entretejidas, enlazadas en la trama del universo.

El astrólogo de mente filosófica ha reconocido siempre estas verdades y muchos han buscado la manera de descubrir métodos para concretarlas en la práctica astrológica. En la actualidad se presta bastante atención a la comparación de cartas pertenecientes a personas de la misma familia o que pretenden unir sus vidas con fines privados o públicos. Se estudia la «herencia astrológica» para intentar demostrar cómo las cartas natales de hijos, padres y antecesores más lejanos presentan unos patrones similares, y el campo que se ha abierto con tales estudios es amplio y está aún casi sin explorar. Quizá sea posible de esta forma aislar ciertos factores que sirvan para definir las características típicas de una familia; especialmente en familias que presentan una constante histórica de marcada individualidad a través de varias generaciones de personalidades importantes. El estudio de familias reales o aristocráticas, en las que ciertos rasgos culturales se conservan durante un tiempo (por ejemplo, la familia Bach), revelaría, sin duda, un gran número de factores importantes. Nos preguntamos si los astrólogos chinos habrán realizado un estudio de este tipo con la familia de Confucio, descendientes por línea directa de aquél que aún permanece vivo tras más de setenta generaciones.

Otro campo de estudio abarca las correlaciones entre las cartas natales de personas que han sido socios o compañeros, o que se han sucedido el uno al otro en alguna empresa pública de gran envergadura. Se han analizado las cartas de aquellos que firmaron la Declaración de Independencia y de los presidentes americanos, obteniéndose algunos datos interesantes. Al estudiante de astrología le resulta más familiar y más práctica la comparación de cartas entre personas que van a contraer matrimonio o que van a asociarse de cara a negocios comunes. Todo astrólogo ha tenido que responder alguna vez a la pregunta de algún amigo o cliente sobre si tal y cuál persona harían una «buena pareja». Para ello no sólo se deben analizar ciertos elementos de la carta natal, sino también contar con la valiosa ayuda de una carta horaria y, a ser posible, de un estudio del patrón celeste para el día del primer encuentro o del primer contacto

personal significativo, siguiendo los pasos que ya vimos en el capítulo precedente.

Los factores a considerar ante el planteamiento de un matrimonio o una sociedad pueden reunirse en una pregunta al consultante: ¿Cuál es el propósito de su relación? Algunas veces es dificil contestar a esta pregunta, especialmente cuando se trata de amor y matrimonio. Pero la respuesta puede ser muy reveladora, si es sincera, ya que siempre es un *factor necesario* para el juicio astrológico.

Si el propósito del consultante fuera simplemente «ser feliz», se podría tomar a ciertas interrelaciones entre las dos cartas como índice de que el propósito puede lograrse fácilmente, siempre que las cartas natales de ambos, las progresiones, los tránsitos y las indicaciones horarias coincidan a su vez sobre este punto. Pero también puede que el consultante busque una unión de carácter más excitante, creativo o regenerativo. Quizás el mismo consultante lo establezca así; o quizá sea el astrólogo quien perciba que bajo unas afirmaciones o metas más convencionales, hay un propósito más profundo. En este caso se debe buscar otra clase de relación astrológica entre las dos cartas, una relación que no excluya el conflicto, la crisis o la oposición entre puntos de vista complementarios. Una relación personal fácil y tranquila puede ser sinónimo de adormecimiento espiritual, y si el individuo busca una más plena realización como alma y mente creativa, ¿no debería advertírsele de los posibles resultados de una relación en que aparecen ciertos elementos contrarios a su propósito, aunque favorecerían una unión de tipo más banal?

Con esto queremos indicar que la astrología debe siempre incluir el factor del *propósito individual, así* como la función dentro del conjunto total. Una carta natal es en esencia una «declaración de propósito», el propósito de Dios, podríamos decir, al crear las condiciones del nacimiento y al alma que va a encontrarse con ellas. También es la declaración de cuál *debería ser la* meta del individuo en la vida de acuerdo con la Idea creativa de la Mente universal. En el caso de la carta horaria, ésta es una declaración de la solución, expresada simbólicamente, que la inteligencia universal da como respuesta a la necesidad vital de un individuo, siempre en términos de su propósito esencial.

Cuando el astrólogo va a aconsejar a su cliente sobre una asociación de cualquier clase, basándose en una comparación de cartas natales, debe analizar en primer lugar cuál es el propósito del destino individual del cliente, o sea, su carta natal. Debería, además, averiguar hasta qué punto el cliente comprende su propósito básico, y cuáles son sus pretensiones conscientes en el caso particular de que se trate. Aconsejar astrológicamente, no significa mirar una o dos cartas y transmitir lo que uno ve, así sin más. Significa ayudar al cliente a comprender cómo puede alcanzar *el verdadero propósito de su destino.* Y la forma de hacerlo no es siempre a través de la felicidad convencional.

Hasta aquí he analizado la relación de unos individuos con otros, en asociaciones o grupos limitados. Pero no debemos olvidar que los seres humanos no nacen como individuos y que sólo alcanzan el estado de conciencia individual tras un largo proceso de evolución histórica. Primero existió el grupo tribal, un organismo de raíces biológicas compuesto por seres humanos inconscientes, unidos por el poder de los tabúes y la ley de un Gran Antepasado deificado. Gradualmente, las tribus evolucionaron y pasaron a ser reinos, gobernados por reyes y sacerdotes, que se expandían debido a las conquistas y se hacían cada vez más heterogéneos por las mezclas de sangre. Como resultado de los conflictos sociales, raciales, económicos y religiosos, los tipos de sociedad y de estado que encontramos en la era anterior al cristianismo se desarrollaron aproximadamente en la misma época en que nuestra astrología de tipo occidental alcanzaba su forma tradicional en Caldea y, más tarde, en Grecia y Alejandría.

La astrología arcaica no trataba sobre los individuos, simplemente porque en aquel tiempo no se consideraba a ningún ser humano como individuo, excluyendo al rey o al sumo sacerdote, e incluso esto se hacía tan sólo en una forma simbólica y bastatrte impersonal. La astrología tenía un propósito estrictamente colectivo. Buscaba establecer la actividad social y agrícola según el orden propugnado por los cielos. La astrología era enteramente «mundana», trataba sobre los asuntos de estado, las condiciones atmosféricas, la agricultura, el desenlace de las guerras y el destino de los imperios. El rey y el reino estaban totalmente identificados entre sí y las cartas levantadas para la subida al trono se tomaban como expresiones válidas de la naturaleza y

destino del reino durante ese reinado particular. El énfasis, sin embargo, no recaía sobre el rey como individuo, sino sobre la «función». No se consideraba al rey, al sumo sacerdote, o a quien ostentara el cargo, como un hombre individual, sino como una función tribal o de estado. Lo importante era la función, no la persona que la realizaba. El matrimonio de dos personas se concertaba tras estudiar sus carta natales, teniendo en cuenta la productividad biológica y socioeconómica de la futura pareja. También el matrimonio era una función social y nunca se consideró una relación entre individuos.

La astrología trabajaba con «funciones» colectivas o en la prevención de los fenómenos naturales perjudiciales (inundaciones, tormentas, sequías, etc.). Las cartas natales no se consideraron como indicadores del destino y el carácter de los individuos, como entidades aisladas, hasta la época grecorromana, especialmente en Roma y Alejandría. A partir de entonces, la astrología se dividió en dos ramas: *natal y mundana;* la primera estudiaba las «almas individuales»; la segunda, los «destinos colectivos», los cargos de estado y los fenómenos naturales. Los últimos diez siglos se han caracterizado, especialmente en el mundo occidental, por una extrema confusión en lo que respecta a la relación entre los factores colectivos e individuales y debido a ello no se ha establecido una clara distinción entre estas dos ramas de la astrología. Las técnicas «natal» y «mundana» han estado mezcladas y no se han desarrollado unos procedimientos astrológicos adecuados para integrar los nuevos elementos de la sociedad humana.

Las últimas décadas, en cambio, han presenciado ciertos intentos encaminados hacia la regeneración de la astrología mundana y el descubrimiento de técnicas que abarcasen las nuevas condiciones de interacción entre los grupos o naciones y el mundo moderno. Entre las más conocidas, citaré las siguientes:

1. *La erección de «cartas natales» para corporaciones y naciones.* Desde que el Derecho Romano reconoció la condición legal de «personalidad» para las organizaciones comerciales o grupos similares, quedó abierto el campo para la posterior consideración de las naciones como amplios colectivos de personas con caracteres individualizados, tales como la cultura, el lenguaje, el tempe-

ramento general, el destino y el propósito colectivo. Como colectivo de personas las naciones podían tener sus «cartas natales», regentes planetarios nacionales y todo aquello perteneciente al campo de la astrología natal, en forma similar a como se hace la carta natal de una corporación para el momento de su fundación. Asimismo, tan sólo se puede levantar una carta natal para dicha corporación nacional cuando haya tenido lugar algún Tratado o Acto colectivo específico: elección, firma de documentos, proclamación, etcétera.

En tal caso, todo el que nace como parte de la nación, participa del propósito nacional colectivo, sea o no consciente del hecho. Esta participación se convierte en una parte integrante de su propio propósito individual y debe reconocerse como tal. Esto no ocurría así en las sociedades antiguas, cuando el estado era la creación del rey, se ampliaba por el matrimonio del rey, etc. Había un «estado», pero no una «nación» -y no podía haber una carta natal nacional, sino tan sólo la carta de un «reinado» o de una «tradición ancestral» basada en ciertos tabúes; y la diferencia entre la coacción del tabú y la participación en un propósito colectivo resulta muy ostensible.

2. *Areas geográficas y regencias zodiacales.* En la astrología de Ptolomeo las regencias zodiacales se atribuían a regiones, sin delimitación precisa, del mundo entonces conocido, adjudicándosele un signo a cada región. Las regencias partían, de manera peculiar, del mar Mediterráneo, centro de la civilización de aquella época. Con el transcurso de los siglos, estas zonas se dividieron en numerosos países y, de esta forma, naciones bastante diferentes conservaban la regencia del mismo signo zodiacal (por ejemplo, Francia e Italia estaban regidas por Leo; Inglaterra, Dinamarca y Alemania, por Aries, etc.). Los astrólogos han cuestionado la validez de estas regencias y se han asignado nuevos regentes a ciudades, provincias, etc., causando todo ello bastante confusión.

Albert Ross Parsons, hace unas décadas, y Sepharial algo más tarde, quisieron establecer una correlación directa entre las franjas de longitud terrestre y los signos zodiacales o constelaciones, basándose en el principio de que se debería considerar al globo terráqueo como un microcosmos dentro del macrocosmos, la

esfera celeste. Suponiendo que sea posible tal correspondencia entre la esfera celeste y nuestro planeta, habría que resolver dos cuestiones: a) ¿La correspondencia sería con las constelaciones o con los signos del zodíaco? b) ¿Qué longitud terrestre correspondería a 0° Aries?

Según Parsons, cada continente o región geográfica corresponde o es afín a una particular constelación de estrellas fijas -siempre la misma-. Esta correspondencia es similar a aquella según la cual Aries «rige» la cabeza; Tauro, el cuello; Géminis, los hombros y los pulmones; etc. Se ve al hombre como un microcosmos y al universo como el macrocosmos; y la astrología natal aporta pruebas fehacientes sobre la autenticidad de la correspondencia entre ambos. Tenemos un diagrama simbólico en el que aparece un hombre encorvado hacia atrás, con los pies tocando la cabeza, rodeado por el zodíaco, Aries sobre la cabeza y Piscis sobre los pies.

En mi opinión, lo que debe hacerse corresponder con el cuerpo humano, no es el zodíaco de las constelaciones, sino el zodíaco de los signos. En otras palabras, lo que corresponde a la cabeza es el primer mes después del equinoccio de primavera, no un grupo de estrellas fijas; a su vez, los pies están conectados con la última de las doce divisiones del año solar, y no con la constelación de Piscis. Esta clase de equivalencia podría usarse sustituyendo el cuerpo humano por el globo terráqueo. En este caso, el problema es decidir qué sección longitudinal de la superficie terrestre, corresponde al signo de Aries, y por extensión, a la cabeza humana. Existe una tendencia a suponer, especialmente en Inglaterra, que el meridiano de Greenwich corresponde a 0° Aries, su posición que podemos poner en tela de juicio. El problema implica a lo que podríamos denominar «geografía oculta» y el campo es demasiado amplio y conduce a unas conclusiones demasiado profundas para exponerlas aquí.

Albert Ross Parsons propugnaba una correspondencia, según la cual se podía enfocar el mapa celeste de las constelaciones sobre el globo terráqueo y ciertas estrellas estarían conectadas con determinados lugares geográficos. Pero resulta evidente que habría que tener en cuenta el hecho de que las longitudes zodiacales de las estrellas cambian constantemente, debido al movimiento cíclico denominado «precesión de los equinoccios».

Si se proyecta la esfera celeste sobre la tierra, el ecuador y la ecliptica son dos círculos que se intersectan mutuamente y sus puntos de intersección (0° Aries y 0° Libra) se desplazan constantemente hacia el Oeste, completando el círculo en unos 25.868 años. Este desplazamiento se puede relacionar con lo que se ha dado en llamar la «marcha de los imperios hacia el oeste». De esto se deduce que la proyección de los esquemas estelares (constelaciones) sobre nuestro planeta también se desplazaría. Así tendríamos que la constelación supuestamente «regente» de Inglaterra en el año 1000 de nuestra era, rige en la actualidad la inmensidad del océano Atlántico, y volverá a regir lo que aún exista en las Islas Británicas alrededor del ano 27.000 de nuestra era.

Basándose en este tipo de razonamientos, Edward Johndro estableció, hace unos veinte años, su sistema de astrología geográfica y con ella quiso ayudar a cada individuo a descubrir el lugar en que su propia carta natal le era más favorable. Otro astrólogo, Paul Councel, prosiguió sus trabajos en una línea similar, pero sobre una base distinta, dando al fenómeno de la precesión de los equinoccios una interpretación que difiere fundamentalmente de la aceptada por los astrónomos modernos. En ambos casos, el problema práctico es cómo determinar la longitud geográfica sobre la que proyectar el equinoccio de primavera en cualquier momento determinado. Johndro emplazó el grado O de Aries a 30° de longitud oeste. Councel afirma que el equinoccio de primavera estaba en 1932 a 35° 50' de longitud oeste («Cosmic Causation in Geophysics», 1945). Ambos cálculos parecen no concordar exactamente con los acontecimientos históricos que nos sirven para determinar el desplazamiento del foco principal de la civilización humana durante los últimos mil años, a menos que se conceda a nuestra civilización europea una importancia bastante peculiar. De nuevo, todo depende de nuestra interpretación; y a menos que se pretenda encajar a la historia dentro de unos esquemas preconcebidos, los únicos criterios de que disponemos para determinar la correspondencia entre las longitudes y los signos o constelaciones zodiacales son la validez histórica y los indicios de un posible paralelismo.

No podemos extendernos más sobre el tema. Lo que pretendo mostrar es que, si la teoría de distribuir las regencias zodiaca-

les por regiones de longitud terrestre es correcta, cada hombre estará relacionado con una constelación y una estrella, en virtud de su lugar de nacimiento. Pero debido a que estas relaciones geocelestes se desplazan según el ciclo de 25.868 años, podemos deducir un significado más profundo: que la vida de cada hombre *ocupa un lugar específico en este gran ciclo precesional.* Este es el amplio «marco de referencia» en que está incluido y el lugar que le corresponde en él viene determinado *por la longitud de su lugar de nacimiento.* Una vez comprendido esto, se puede admitir que un hombre puede modificar su lugar y su función dentro de este «marco de referencia» *cambiando su lugar de residencia,* lo cual abre un interesante campo de investigación.

Además, el lugar y la función de un individuo dentro del amplio «marco de referencia» del ciclo de 25.868 años puede determinarse, no sólo por su *lugar* de nacimiento, sino también por la *generación ala* que pertenece. Si pudiéramos conocer con exactitud cuándo comenzó el ciclo precesional, se podría decir que cada generación pertenece a una fracción precisa (grado zodiacal) de dicho ciclo. Por ejemplo, si el equinoccio de primavera se encuentra emplazado en nuestros días (y desde 1916 aproximadamente) en el segundo grado de Piscis (lo cual significa que el paso a la Edad de Acuario tendrá lugar el próximo siglo), entonces, cada individuo que hubiera nacido entre 1844 y 1916 «pertenecería» al tercer grado de Piscis. Este grado fijaría su trayectoria «humana» y colectiva dentro del desarrollo de la civilización y de la humanidad en general *(evaluación en el tiempo). Y si* su lugar de nacimiento estaba regido por, digamos, el primer grado de la constelación de Tauro, ello establecería la naturaleza de su participación en el ciclo *(evaluación en el espacio).*

Para la persona media, que se ocupa casi exclusivamente de su ego y de su familia, un marco de referencia tan amplio no posee significado alguno. En el caso de que se encuentre atrapado en una crisis de la civilización, como, por ejemplo, nuestras guerras mundiales, se dejará arrastrar por las fuerzas de la colectividad, de las que no es consciente y sobre las que no ejerce ningún control. Tan sólo de aquél que ejerce con responsabilidad alguna función social, en cualquiera de los múltiples campos, puede decirse que afronta *conscientemente* los grandes acontecimientos que afectan a las naciones y a las civilizaciones.

La relación astrológica de este hombre con los sucesos colectivos presenta una doble vertiente: por una parte, su carta se puede comparar con la carta del grupo o nación en que participa activamente, y dicha comparación mostrará la relación entre el propósito individual de su vida y el propósito de su colectividad. Por otra parte, la hora y el lugar de su nacimiento establecen su doble *subordinación* a las fuerzas planetarias (o «divinas») que influyen sobre los procesos generales de la civilización, en lo relativo a su generación y a su país de nacimiento (y de forma secundaria, su país de residencia). Desafortunadamente, el carácter exacto de esta subordinación sólo podrá determinarse cuando los astrólogos consigan establecer los puntos de partida, en el tiempo y en el espacio, de este ciclo de precesión equinoccial que tiene una duración de 25.868 años.

La astrología mundana no trata sobre los individuos como tal, sino de su relación con acontecimientos colectivos a gran escala. A la hora de pronosticar el destino de las naciones, se concede demasiada atención a las cartas de presidentes o primeros ministros que parecen controlarlas durante un breve tiempo. En realidad, lo importante es la *relación* entre la carta de la nación y la del gobernante, o la de su acceso al poder. La astrología mundana, a nivel de la *acción consciente realizada por individuos conscientes,* es una cuestión de interrelación de cartas, de ahí su extrema complejidad. Y a nivel de la *subordinación inconsciente* el paso de las civilizaciones, la astrología mundana trata sobre unos ciclos que, al no estar plenamente determinados, proporcionan unos marcos de referencia inciertos, y de ahí, su falta de precisión.

En la antigüedad se daba mucha importancia al ciclo de las conjunciones de Júpiter y Saturno (a intervalos de 20 anos) y al ciclo de los eclipses. En la actualidad, Júpiter y Saturno son tan sólo indicadores secundarios de los cambios sociales, en un mundo en que los límites de la tribu ola nación no son obstáculo para el intercambio humano; y en lo que respecta a los grandes temas mundiales, sus ciclos han sido reemplazados por los de Urano, Neptuno y Plutón. Sin embargo, los casos en que algunos presidentes americanos, elegidos bajo una conjunción Júpiter-Saturno, han muerto durante su mandato, hacen patente la validez de este ciclo. Gracias a los trabajos de Charles E. Jayne, se

ha podido dar al ciclo de los eclipses un nuevo sentido, mediante el estudio de los senderos que la sombra del eclipse total traza sobre la geografía de la tierra. De todo ello podemos deducir que se están descubriendo ciclos más amplios.

El hecho de que los seres humanos puedan alejarse, cada vez por más tiempo, de la superficie de nuestro planeta e incluso del campo gravitatorio terrestre, plantea nuevos problemas teóricos al astrólogo. Quizás en el futuro tengamos que inventar una nueva «astrología del sistema solar»; y ya he expuesto varias veces lo que a mi juicio es la aproximación más cabal a la astrología «heliocéntrica». Los que abogan por un «zodíaco sideral de las constelaciones» que reemplace al convencional «zodíaco de signos» quizás estén preparando el camino para el estudio de la relación entre la tierra y la galaxia en su conjunto. Nuestro sol es únicamente una estrella menor en el gran conjunto de cuerpos celestes, la galaxia, que posiblemente sea la unidad más característica de organización cósmica, y quizás algún día se llegue a considerar el ciclo formado por el recorrido de este sol alrededor del centro de la galaxia -de unos 400 millones de años de duración-. Los descubrimientos del profesor Piccardi sugieren que el ángulo en continuo cambio que forman el plano de ecuador terrestre y el plano de la galaxia en forma de lente, está relacionado con unos ligeros pero importantes cambios, en las actividades de los organismos vivos; todo ello por mediación del agua que contienen los cuerpos, ya que el agua parece ser muy sensible al influjo de una fuerza galáctica aún no conocida.

En la actualidad se están abriendo nuevas perspectivas para la mente humana. ¿Demostrará nuestra ciencia oficial, fascinada por los problemas tecnológicos y contraria a cualquier concepto que no encaje en su riguroso método estrictamente intelectual, que es capaz de satisfacer para siempre la obstinada búsqueda humana de un sentido universal? Yo, personalmente, lo dudo. Se tendrán que idear nuevos sistemas e incorporar los métodos estrictamente científicos, pero también se deberá aceptar la dirección de unas facultades superiores a las meramente intelectuales.

El lugar que llegue a tener la astrología en la nueva civilización que emerge ante nuestros ojos no se puede predecir. Para alcanzar un lugar importante, debe abandonar primeramente las formas que le han impuesto ciertos intereses comerciales, apelando a la inseguridad y a la inquietud de hombres y mujeres. En cualquier caso, no debemos olvidar que la astrología simbolizó la búsqueda humana original de un orden y un sentido en la existencia individual y colectiva; y la búsqueda no termina jamás.

Esta búsqueda es muy diferente del deseo de controlar nuestro medio ambiente a través de la tecnología con el fin de proporcionar un cierto bienestar al mayor número posible de seres humanos. El futuro de la astrología no reside en llegar a ser una ciencia cuyos resultados se puedan demostrar estadísticamente; depende, más bien, de su capacidad para equilibrar y complementar al pensamiento científico y tecnológico, defendiendo la búsqueda de unos patrones de orden que conduzcan a una realización más profunda del significado y del ritmo de la existencia en el mundo, cada vez más amplio, de la experiencia humana.

INDICE

Paso n.° 1
Comprender la naturaleza y el propósito de lo que se va a estudiar 11

Paso n.° 2
Asumir responsabilidad personal por el uso de los propios conocimientos 19

Paso n.° 3
Establecer un procedimiento de trabajo 30

Paso n.° 4
Tener una clara comprensión del significado de los signos y las casas zodiacales 41

Paso n.° 5
Las luminarias 50

Paso n.° 6
El estudio del sistema planetario en su conjunto ... 59

Paso n.° 7
Adquirir el sentido de la Forma y la Acentuación .. 80

Paso n.° 8
Comprender los ciclos y aspectos planetarios 89

Paso n.° 9
Establecer una actitud apropiada frente a las predicciones astrológicas 99

Paso n.° 10
El estudio de los tránsitos y los ciclos naturales 110

Paso n.° 11
El estudio de las progresiones 128

Paso n.° 12
El uso de las técnicas horarias 138

Paso n.° 13
Establecer marcos de referencia más amplios para las cartas individuales 146

Otros libros ¡lirio

Cayetano Arroyo
DIALOGOS CON ABUL-BEKA

Cayetano Arroyo
YO SOY «TU MISMO»

Mouni Sadhu
EN DIAS DE GRAN PAZ

C. W. Leadbeater
A LOS QUE LLORAN LA MUERTE DE UN SER QUERIDO

J. C. Cooper
CUENTOS DE HADAS; ALEGORIAS DE LOS MUNDOS INTERNOS

H. P. Blavatsky
LA VOZ DEL SILENCIO

J. H. Reyner
GURDJIEFF EN ACCION

Gérard de Sede
LOS TEMPLARIOS ESTAN ENTRE NOSOTROS

editorial sirio, s. a. - málaga

La Astrología nació de la necesidad que el hombre tiene del orden. Los fenómenos celestes manifiestan un orden, que usado como medida puede satisfacer la sed de armonía que nos es innata.
Este libro, escrito de forma sencilla y comprensible, nos muestra cómo el ser humano puede sintonizarse con el orden y el ritmo del universo. Se contempla aquí la Astrología como una técnica para adquirir conocimiento mediante la comprensión del orden en la naturaleza humana y en todos los fenómenos.
Rudhyar enfatiza que la habilidad técnica del astrólogo debe ir siempre acompañada de un alto grado de entendimiento humano. Nos dice como la Astrología puede aumentar nuestro conocimiento en cada situación y como puede ayudarnos a vivir la vida con más plenitud.
Cada capítulo puntualiza un paso básico en el conocimiento astrológico. Para el recién llegado a la Astrología este libro le dará las más firmes bases para posteriores estudios. El lector familiarizado con los temas astrológicos, encontrará en estas páginas un reto a posteriores investigaciones y un estímulo para profundizar cada vez más en la búsqueda de los valores del hombre, usando las herramientas astrológicas.

editorial Sirio, s.a. - málaga